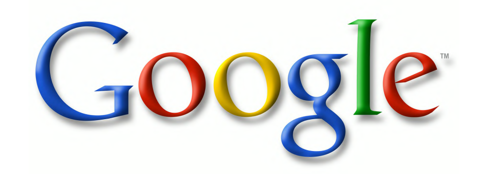
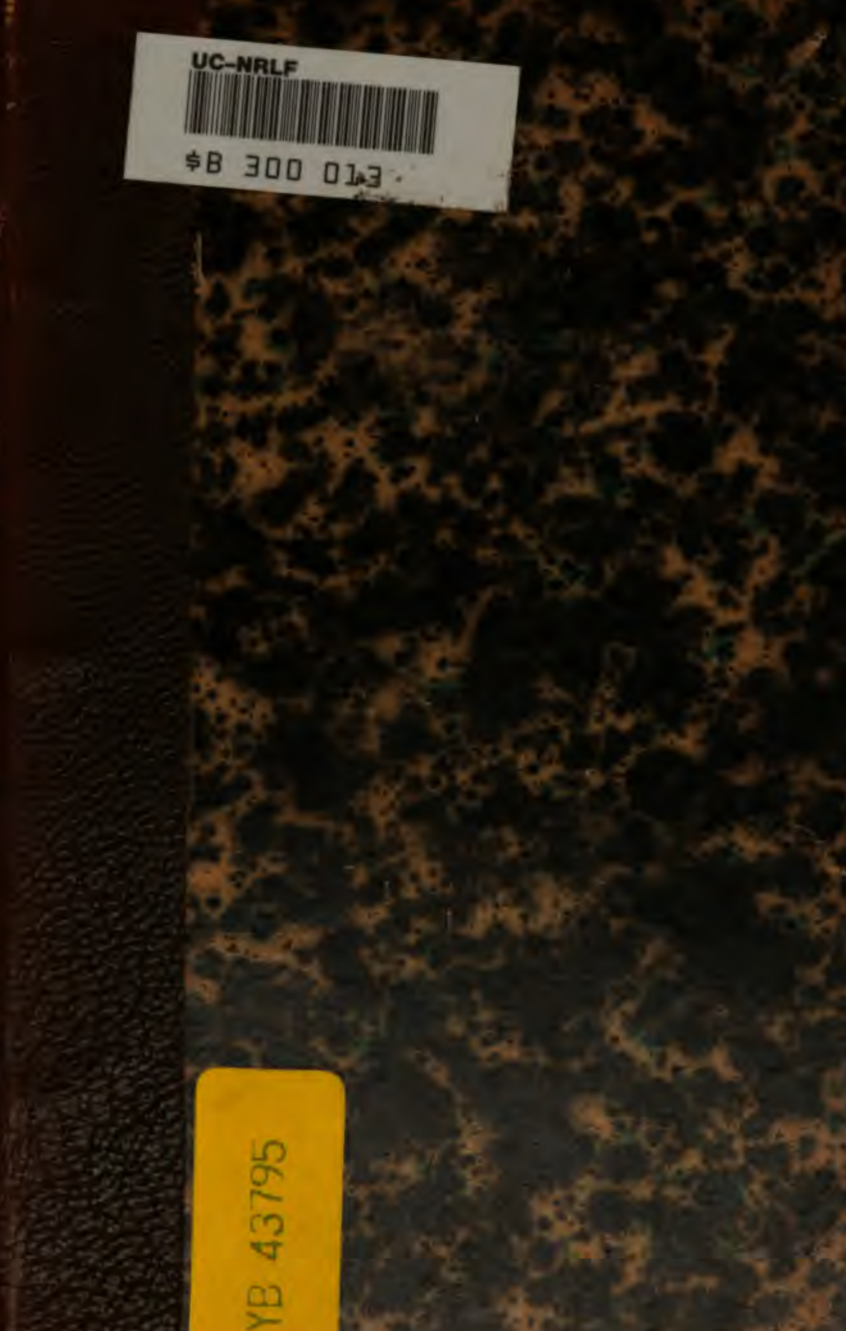
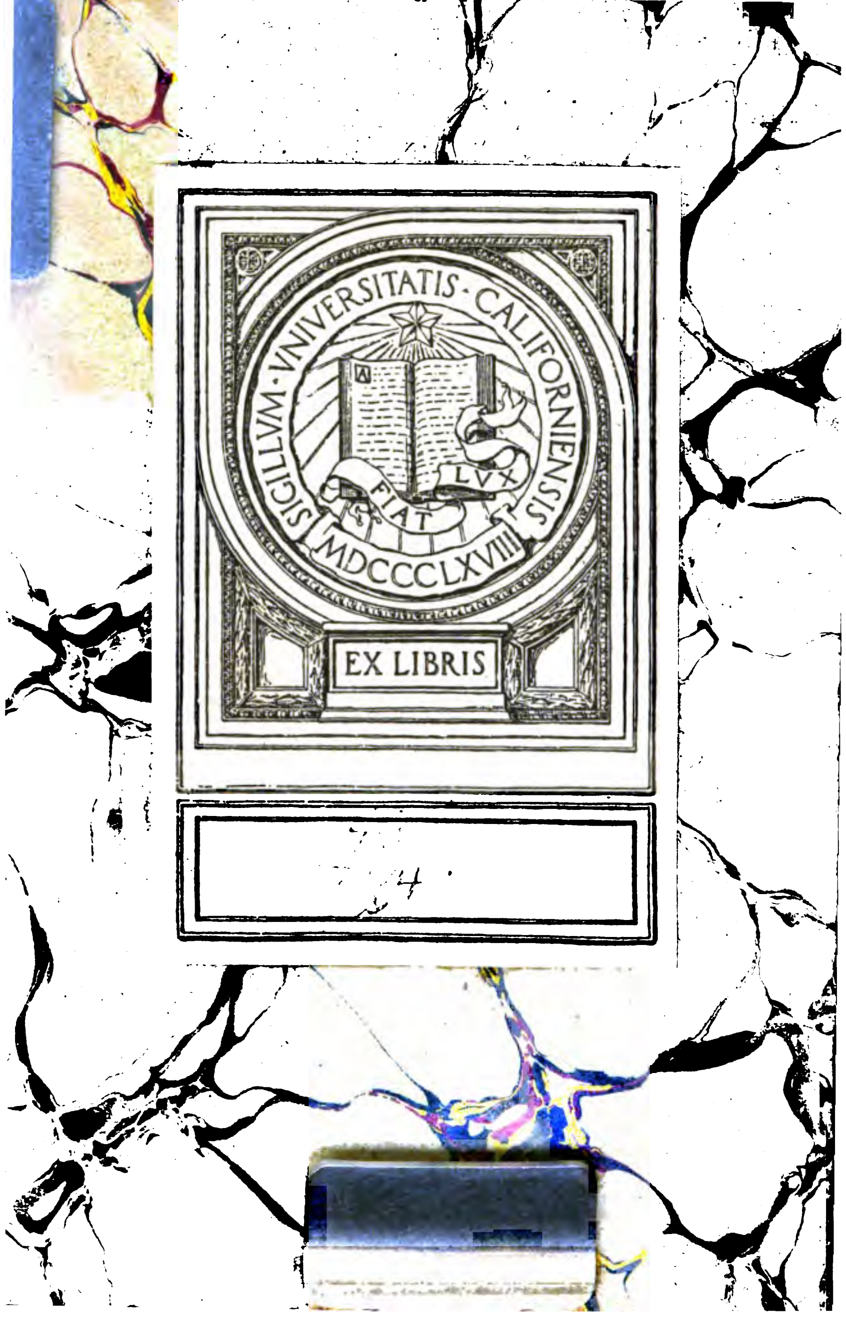
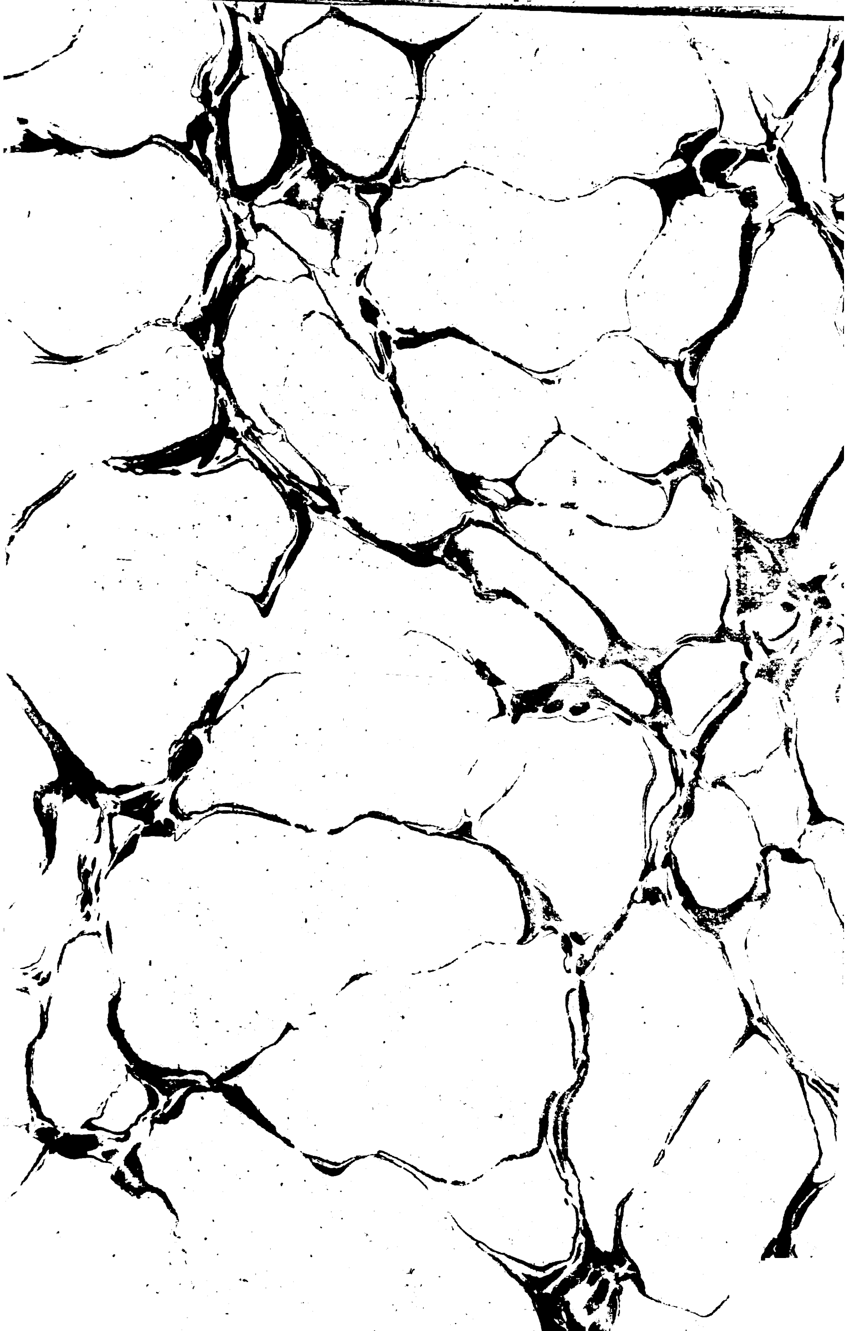



UC-NRLF
$B 300 013
YB 43795


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



SIGA LA FIESTA



Madrid en broma.

La vida cursi. (Segunda edición.)

EN PREPARACIÓN

Caricaturas.

LUIS TABOADA

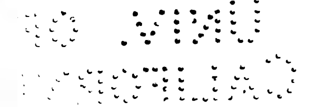
SIGA LA FIESTA

DIBUJOS DE ANGEL PONS



MADRID
Manuel F. Lasanta, Editor.
CALLE DEL MESÓN DE PAÑOS, 6, BAJO
1892

RUBIÑOS, IMPRESOR, PLAZA DE LA PAJA, 7, BIS





A GUISA DE PRÓLOGO

Yo ni combato ni apadrino las corridas de toros, porque tengo por línea invariable de conducta dejar que cada uno se divierta como pueda.

Lo que hago en esta obrilla es copiar escenas cómicas relacionadas con el arte del toreo, y sacar á luz algunos tipos pertenecientes al gremio de aficionados, sin meterme á emitir opiniones ni á cantar las excelencias de este ó del otro matador. Para mí todos son excelentes, con tal de que despachen al bicho de la primera estocada.

He tenido mi época de entusiasmo por el arte taurino, á pesar de mi oriundez gallega,

y hasta he llegado á creer que podría banderillear un becerro "en confianza„, para lo cual nos reunimos unos cuantos contertulios del café de la Luna y organizamos una corrida en la plaza de toros de los Campos Elíseos; pero ¡ay! nunca me hubiera yo metido en semejante jaleo, porque todavía me duelen los achuchones.

Verán ustedes lo que me sucedió.

Yo quise echarle un capote al primer becerro, y éste se vino hacia mí furioso. El director de la lidia, que era un boticario de la calle de las Velas, hombre muy inteligente, aunque obeso, comenzó á decirme:

—Ande usted con él, que estoy yo aquí.

Y yo, inocente, metí el capote en la cara del bicho.

— *¡Fuuuu!* hizo él, arrancándose como un rayo; y me dió con el testuz en la boca del estómago, obligándome á tomar el olivo de cabeza.

Aún me parece estar viendo los ojos del animal, que echaban chispas.

El público, aunque no había pagado sus asientos, se creyó con derecho á insultarme, y desde un tendido me tiraron dos naranjas y un sombrero de copa viejo; y una señorita picada de viruelas que estaba en un palco, me llamó "maleta", y "desaborío", y "pendón".

Después yo me metí en un burladero hasta que pasó el chubasco, y de allí fué á sacarme el director, diciéndome con malos modos:

—Tiene usted que poner banderillas.

—¡Que las ponga el Nuncio!

—Usted se ha comprometido á banderillear.

—Bueno, pues me *descomprometo*.

—No tiene usted delicadeza taurina.

—No, señor; no tengo ninguna.

—Cumpla usted con su deber... ¡so zapatilla!

Aquello me llegó al alma, y cogí los palos con arrojo.

El becerro me miraba de mala manera, como si quisiera decirme:

—¿Conque tú pretendes colgarme esos palitos? ¡Yo te daré á ti banderillas... esgalichao!

—Señor de becerro, le decía yo, mirándole con ternura. Déjese usted clavar estos adornos. ¡Hágame usted ese favor! ¡Si no duelen!... Considere usted que me están contemplando una porción de personas conocidas, y entre ellas mi novia y su mamá, que es una especie de moro irascible, capaz de negarme la mano de la chica si no salgo airoso.

Dicho esto, quise alegrar al bicho; pero se conoce que no tenía ganas de broma, antes bien seguía dirigiéndome miradas iracundas.

Entonces tomé una resolución heroica; recé el credo, di el último adiós á este mundo, y... ¡pum! le puse las dos banderillas al boticario en el cogote.

Éste lanzó un grito y comenzó á dar saltos espantosos, con lo cual vinimos á saber que era blando al hierro.

A todo esto el novillo, que no me quitaba ojo, se lanzó sobre ambos, y á este quiero á este no quiero, nos puso la epidermis que daba horror.

Al boticario le llevaron á su casa en un serón, entre el mancebo de su botica y un mono sabio, y á mí me metieron en la enfermería, donde comenzaron á frotarme el cuerpo con un cepillo mojado en vinagre.

¡Ay! ¡Qué dos horas pasé! Un médico opinaba que debían sangrarme, porque se me habían contraído los músculos y tenía los brazos como dos roscas. Otro médico decía que lo mejor era meterme en un saco de sal gorda para que se me *castraran* los chirlos.

Por último, me llevaron á mi domicilio envuelto en una colcha, y estuve mes y medio en un ¡ay! hasta que, á fuerza de unturas, conseguí que volvieran los músculos á su prístino estado.

Cuando salí á la calle, todo me producía

pavor: los guardias de orden público, las jamonas, los clérigos. En cuanto veía un bulto negro, ya estaba echando á correr, creyéndome perseguido por un torete.

Pero aún me faltaba lo más grave, y fué el recibimiento que me hizo mi futura suegra.

—¿Tiene usted todavía valor para presentarse delante de las personas decentes? me dijo aquella arpía echando fuego por los ojos. ¡Usted no es un hombre; usted es un panecillo de Viena sin sustancia y sin jugo!

—Pero, señora...

—Nunca consentiré que se case con mi niña un hombre que se deja revolcar delante de todo el mundo.

Y me dió dos puñetazos en este hombro (el derecho), que todavia me duelen.

Ya notarán los lectores que después de lo ocurrido, hay para perder la afición á las banderillas; pero eso no impide que me guste ver los toros desde la barrera.

Que es precisamente lo que pueden hacer ustedes si se toman la molestia de hojear el presente libro.





TAUROMANÍA

No haya miedo de que se acabe la afición. Antes al contrario, hay gente que se pasaba la vida vituperando el toreo, y hoy asiste á todas las corridas con la mente henchida de dulces ilusiones.

Algún caballero sensible, de esos que ven en el caballo un amigo cariñoso, decía á voz en cuello que la suerte de varas debía desaparecer, y que el Gobierno estaba en el caso de hacer una ley reglamentando la li-

dia, á fin de que el toro se dejase lidiar buenamente y no se le llevase la contraria.

—Ya ve usted—me decía un filántropo de éstos;—el toro es un animal como usted y como yo, mal comparado, y nadie tiene el derecho de mortificarle. ¿Que le capeen? Bien. ¿Que le corran y le burlen? Perfectamente. ¿Pero que le claven banderillas y le pinchen en el morrillo? ¡Eso es un abuso!

En fin, el número de anatematizadores taurinos era extraordinario; pero las cosas han cambiado esencialmente, y ahora hay padre de familia que deja á sus cuatro hijos en la cama con el sarampión, y se va á ver á *Lagartijo* y á echarle al Guerra cigarros de diez céntimos, acompañados de estas palabras:

—¡Olé tu *mare!*

No vayan ustedes los lunes á las oficinas del Gobierno, porque los empleados no despachan expedientes, ni los porteros contestan como Dios manda, ni los jefes escuchan las reclamaciones del público.

—Buenas tardes—dice usted humildemente desde la puerta. ¿Podría saber si está despachada una solicitud que presenté el año pasado por este tiempo?

—¡Pero, hombre!—contesta uno de los funcionarios.—¿Cree usted que esto es lo mismo que hacer buñuelos?

—Es que...

—Ya comprende usted que en doce meses no hay tiempo material para enterarse de las solicitudes. Ahora estamos despachando los asuntos del 79.

Y le dejan á usted con la palabra en la boca, para ponerse á hablar de la corrida del domingo.

–Desengáñese usted, don Serapio—dice uno.—El segundo toro era corniveleto.

—Era cornigacho.

—¡Si querrá usted saber más que *Sentimientos*, que estaba á mi lado y me lo dijo en confianza!...

—Yo me peleo con cualquiera en cuestión de toros, ¿sabe usted? Porque puede decirse que nací en la dehesa, y me pasé la niñez entre vacas, como quien dice, ¿sabe usted?

—Pues yo sostengo que no entiende usted una palabra de toros.

—¡Orden, caballeros!—dice otro de los empleados, que toma café en un rincón sin meterse con nadie.

—En Chiclana–sigue diciendo don Serapio—tengo yo una tía que es uña y carne del *Gordito*, y todos los años, por Navidad, le regala pelo. Yo he tratado al *Gordito* como les trato á ustedes ahora, y sé de toreo como el que más. Vamos á ver: las banderillas que puso el *Ostión* al tercer

toro, ¿han sido al relance ó de sobaquillo?

—¡Hombre! Eso lo sabe cualquiera: al relance.

—¡Protesto!

—Es usted un chancleta.

—Y usted un mal aficionado.

—Y usted un besugo.

—¡Orden, orden!—vuelve á decir el funcionario del rincón.

En esto entra otro infeliz contribuyente para saber si le han resuelto un asunto, y los empleados le reciben con cara de perro.

—Venía á saber...—balbucea el recién llegado.

—¿Qué?—pregunta uno de los taurófilos oficiales.

—Si el señor Ministro ha resuelto mi expediente.

—¿Qué expediente?

—El de las salinas de...

—¡Para salinas estamos!... Mire usted, don Serapio; las banderillas del *Ostión* han sido puestas al relance, porque el toro estaba tal como aquí, donde está este caballero...

—Muchas gracias por la comparación—murmura el aludido.

—Y el *Ostión* vino por este lado, y se las clavó así, al revuelo de un capote.

El funcionario, para hacer más clara la explicación, coge dos cuadradillos y se va

derecho al del expediente, que apela á la fuga, dándose á todos los demonios.

Pero no por eso termina la discusión. Don Serapio es testarudo, é insiste en que el *Ostión* ha banderilleado de sobaquillo. Enfurécese el otro oficial; sube de tono la dispu-



ta, y don Serapio acaba por coger un tomo de la *Gaceta* y tirárselo á la cara á su contrincante. Éste se ciega y coge el expediente de las salinas, para contestar á la agresión; intervienen los demás funcionarios, y, por último, se presenta el jefe echando chispas.

—¿Qué escándalo es éste?—pregunta furioso.

—Va usted á ser juez, don Cipriano—dice uno.

—¿De qué se trata? ¿Es así como respetan ustedes los centros oficiales?

—Figúrese usted—interrumpe don Serapio—que Fernández dice que las banderillas del *Ostión* han sido puestas al relance.

—¡Ah! ¿Hablaban ustedes de toros?—pregunta cariñosamente.

—Sí, señor.

—Creí que se trataba de otro asunto... Pues yo creo que el *Ostión* ha debido tomar al toro por la derecha... El toro se tapaba.

—Eso digo yo—interrumpe el portero que había acudido á las voces.

—Lo que quería aquel toro era que le echaran un capote—añade un chico escribiente.

—Oiga usted—contesta el jefe con aire de superioridad.—El toro estaba resentido del cuarto trasero, y además era un animal muy susceptible: de modo que no han debido abusar del capote.

—Eso, eso - dice don Serapio.

Y la discusión continúa hasta que llega la hora de comer. Los expedientes, entretanto, duermen el sueño de los justos, y el portero dice en confianza á los que van á preguntar por sus asuntos:

—Mire usted; hoy no podrán darle razón

de nada, porque ayer hubo toros y están *descutiendo*. Vuelva usted el sábado de la semana que viene, á ver si se ha *aclarao* eso del *Ostión*; pero si es usted de fuera de Madrid y tiene ganas de volver á ver á la familia, vale más que vuelva usted el invierno próximo, por que durante la temporada no nos ocupamos de los expedientes.





EL AFICIONADO MADRILEÑO

No se acaba la afición á los cuernos.

Al contrario, de día en día aumenta el número de taurómacos, y hay quien se ha pasado los mejores años de su vida haciendo pitillos en casa, ó leyéndole á su esposa *El cura de aldea*, de Pérez Escrich, y ahora ve á *Frascuelo* en la calle y se va hacia él, como poseído del vértigo, y le pide permiso para tocarle la coleta.

Los niños nacen ya con tendencias á la

lidia, y en cuanto logran tenerse en pie' quieren embestir al ama, y se entretienen en tirar derrotes á las sillas, como si fuesen becerros naturales.

Los que antes gastaban su dinero en comprar piezas de madapolán para sábanas, y cifraban su ventura en tener repletos de ropa blanca los cajones de la cómoda, hoy dedican sus economías á adquirir billetes para los toros, dando lugar á que les reconvengan sus esposas respectivas, en estos términos:

—Fermín, tu afición nos tiene á todos en cueros vivos. ¡Mira cómo está tu familia!

—¿Qué le pasa?

—Manolito no tiene camisas, y al pobrecito lo he envuelto en una elástica tuya para que no coja un dolor. Yo ando por casa con este vestido, que me ha prestado la lavandera...

Nada de esto conmueve al verdadero aficionado á toros. Para él no existe sobre la tierra obligación más importante que la de renovar el abono y poder decir después que "el arte está perdido," y que ya "no hay toros, ni toreros, ni picadores, ni monos sabios, ni altramuceros."

El verdadero aficionado abre los ojos el día de la corrida, y lo primero que hace es preguntar á la criada:

—¿Cómo está el cielo? ¿Hace sol? ¿Notas alguna novedad?

—No, señor; ayer me dolía un poco el vientre; pero hoy, á Dios gracias, se me ha puesto natural.

—No pregunto eso. Quiero saber si tendremos buena tarde.

—Parece que va á llover.

—¿A llover? grita el aficionado saltando del lecho en paños menores, aun á riesgo de escandalizar á la doméstica, que se tapa la cara con una palmatoria.

Y desde aquel punto el pobre hombre no tiene instante tranquilo. El chocolate le sabe á aceite de hígado de bacalao; quiere beber agua, y la devuelve; quiere afeitarse, y se corta; quiere lavarse los pies, y los mete, por equivocación, en la alacena de la mesa de noche; después la cierra violentamente, sin hacerse cargo, y lanza un grito.

—¿Qué te pasa? le pregunta su esposa acudiendo solícita.

—Nada, nada. Déjame en paz. Di á los niños que no metan bulla, porque estoy muy nervioso y soy capaz de ir y descabellarlos con el cuchillo de la cocina.

—Pero...

—¡Retírate, ó no respondo de mí!

Aquel día, el aficionado no almuerza, ni

cuida de su aseo personal, ni del de la familia.

A cada instante abre el balcón, examina las nubes, hace un gesto de rabia, y después descarga seis puñetazos sobre la mesa del comedor, y otros seis ó siete sobre la cómoda, murmurando:

– ¡Si cogiera en este momento á San Pedro! ¡Buena anda la corte celestial! ¡Buena! Después dicen que hay justicia. ¡Qué ha de haber!

Y se va á la calle echando demonios.



Un amigo le cierra el paso, diciéndole:

— Creo que se ha suspendido la corrida.

– ¿Suspendida? ¡Ya no hay vergüenza torera! En mis tiempos no se suspendían nunca las corridas, aunque cayesen besugos de bronce.

—¡Pero si está diluviando!

—Esto no es di-

luviar ni es nada. Yo he visto á Cúchares matando un toro mientras descargaba una tempestad que duró cinco días con seis noches. El agua le llegaba á la cintura, y, sin embargo, dió un volapié en la cruz hasta mojarse los dedos.

—Los matadores han estado esta mañana reconociendo el redondel, y dicen que no pueden torear.

—¿Qué saben ellos de eso? replica iracundo el aficionado.

—Y hace un momento que he visto á *Lagartijo* en la esquina de la calle del Gato, hablando con uno.

—¿Y qué?

—Que no torea hoy, porque de otro modo, como es natural, ya estaría en su casa vistiéndose.

—¡Maldita sea mi suerte! La culpa la tenemos nosotros, que nos abonamos, y no nos convencemos de que ya no hay quien toree, ni quien se moje, ni quien tenga *dinidaz*.

Y el aficionado deja á su amigo con la palabra en la boca, y se va al café á buscar quien le haga coro y se desate en improperios contra la Empresa, que suspende la corrida, y contra los toreros, que no quieran arrostrar las iras de las nubes.

Pero el aficionado *pur sang* busca la

amistad de los diestros, y sólo es feliz cuando se presenta en los sitios públicos acompañando á un espada de cartel, y, orondo y satisfecho, puede tutearle delante de la gente.

—Mira tú, Antonio; á ti lo que te tiene cuenta es que me hagas caso á mí... ¡Y *ná* más! Porque tú te *atracas* de toro *tan* y *mientras* que otros se tiran desde lejos y escurren el bulto. ¿Te has *enterao?*

¡Qué dichoso se considera el aficionado cuando el matador oye sus razones y contesta, verbigracia!

—Ya sé que usted me estima, don Lorenzo, y usted sabe ver toros y conoce las *cercunstancias* de los hombres... ¿Qué va usted á tomar, don Lorenzo?

—Pues tomaré una copa de marrasquino, por no despreciarte.

El aficionado toma siempre, y hasta parece que le saben mejor las cosas cuando las paga un matador, ó un banderillero de coraje, ó un simple mulillero.

En el café luce sus conocimientos, emite opiniones y otorga títulos ó los niega, según el caso.

Después sale de allí, y dice en la oficina, ó en el teatro, ó donde tiene público que le admire:

—Pues esta tarde he estado tomando

unas copas con *Lagartijo*, y ya le aconsejé lo que venía al caso, porque él á mí me quiere como un hijo.

—¡Ah! ¿Es usted amigo de Rafael? suele preguntar, con admiración suprema, algún infeliz.

—Antes de que usted naciera, responde el aficionado, ya le había yo dicho á Rafael cómo había de meter el capote; y eso del paso atrás se lo enseñé yo una tarde en el café de las Columnas.

El que oiga hablar á uno de estos sujetos que dan lecciones de toreo en el café y cuentan hazañas estupendas, creerá, de seguro, que todos son unos valientes consumados, y que si ellos bajaran al redondel, harían prodigios.

Pero nosotros hemos tenido ocasión de conocer de cerca á muchos de ellos, y estamos convencidos de todo lo contrario.

Ninguno de éstos es capaz de darle un quiebro á su suegra, aunque se le arranque, y casi todos ellos se dejan revolcar, sin oponer la menor resistencia.

Anda uno por ahí que hace gala de su valor y de su destreza taurina, y en cuanto se ve frente á frente de un guardia de seguridad, ó de una señora gruesa, aprieta el paso y se refugia en el portal más próximo.

Porque tiene tal horror á los cuernos, que hasta las jamonas de luto le parecen toros de seis años.





EL PÚBLICO

EN EL PALCO

La *marquesa.* ¡Qué bien pasa ese chico!

La baronesa. —Es muy guapo.

El marqués.—¡Y cómo se arrima!

La marquesa. - Eso es lo principal.

La baronesa.—A mí deme usted toreros que se arrimen.

Un gomoso.—Sí, calamba; pelo es peligloso.

La marquesa.—El hombre debe ser duro.

La baronesa.—¡Ay! ¡Todo lo contrario de mi marido!

El marqués.—¿Cómo sigue?

La baronesa.—Mal. ¡Pobrecito!... Cuando salí de casa quedaba metido en un baño de brea y flor de romero.

El marqués.—¡Pobre barón!

El gomoso.—¡Qué cuelnos tiene más afilados!

La marquesa. -¿Quién?

El gomoso.—El tolo.

La marquesa.—¡Ah! ¡Como estaba hablando del barón!...

El marqués.—¡Buena estocada!

La marquesa. — ¡Qué chico tan simpático!

La baronesa. — ¡Y cómo se atraca de toro!

La marquesa.—Eso es lo principal; que se atraque.

El gomoso.—¡Olé! ¡Viva tu madle!

La marquesa. — Sea usted prudente, Pepito.

El gomoso.—No me puedo contenel.

La baronesa.—Comprendo esos entusiasmos. Yo no grito por no llamar la atención, que lo demás...

El marqués.- ¿Y puede salir á la calle?

La baronesa.—¿Quién? *¿Guerrita?*

El marqués.—Su marido de usted.

La marquesa. — ¡Ay, no; pobrecillo!... ¿Pero va á dar otra estocada?

La marquesa.—Sí.

La baronesa.—¡Qué manera de pasar tiene ese hombre! Vamos, me entusiasma. ¡Y eso que tengo estos días una pena profunda!

El marqués. — Es natural. El pobre barón...

La baronesa.—No es eso solo. A *Tisbe* la tengo muy malita.

El marqués.—¿*Tisbe?*

La marquesa.—Sí, una perra monísima y con sentimientos tan delicados como cualquiera persona... ¡Angel mío! Hace cuatro días que no juega, ni toma más que unas cucharaditas de azahar.

El gomoso.—¡Blavo! ¡Blavo! ¡Eso es matal tolos con finura!... ¡Olé! ¡Viva el *Guelita!*

La baronesa.—¡Qué torero!

La marquesa. ¡Y qué elegancia!

La baronesa.—¡Y qué carnes tan blancas!

El marqués.—Es un torero de porvenir.

La marquesa. — ¿Cuándo me lo presentas?

La baronesa.—Hombre, sí; preséntenosle usted. ¡Y eso que tengo un humor!... ¡Ay! ¡Cuánto estará sufriendo mi *Tisbe!*

EN LA GRADA

La mamá.—Pero, hija, no te emociones de esta manera, que no parece sino que los caballos son parientes nuestros.



La niña.—No lo puedo remediar. ¡Pobrecitos!... ¿Qué han hecho ellos para que se les trate así?

El novio de la niña.—No quiero verte emocionada, cielito. ¿Me quieres?

La niña.—Ya lo sabes, Eulogio.

Un caballero respetable.—¿Me hace usted el favor de no meterme el pie por la rabadilla?

El novio.—¿Habla usted conmigo?

El caballero.—Con usted.

La mamá (á Eulogio).—Hay personas muy intransigentes. El que quiera comodidades, que se quede en su casa. ¡El demonio del hombre!..

La niña.—¡Ay!...

El novio.—¿Qué tienes, vida mía?

La niña.—No te alarmes, son los nervios. Cada vez que veo á uno de esos chicos con las banderillas en la mano, me entra una excitación horrible...

Uno del tabloncillo.—Caballero, me ha dado usted dos veces con la cabeza en la boca del estómago. ¿Quiere usted estarse quieto?

El novio.—¿No se puede uno mover?

El del tabloncillo.—Muévase usted, pero con decoro.

La niña.—Yo no vuelvo á la Plaza... ¡Qué gente tan grosera!

Un caballero con cara de pocos amigos.—Ya no hay toreros, ni toros, ni vergüenza, ni público... ¡Vaya un modo de poner banderillas!...

Otro.—¿Qué tiene usted que decir de ese par?

El caballero — Digo lo que me da la gana.

El otro.—Usted no ha visto toros en su vida.

El caballero.—Más que usted.

La mamá.— ¡Por Dios! ¡Que me están ustedes estropeando la manteleta!... Niña, recógete el *fichú*, que te lo van á destrozar estos caballeros.

El novio.—Cielito, no dejes que te destrocen nada.

Un entusiasta —¡Olé! ¡Bien por los banderilleros de vergüenza!

Un indiferente. — Entusiásmese usted, pero no se eche encima de nadie.

El caballero con cara de pocos amigos. — Ya no hay toreros, ni toros, ni vergüenza, ni afición, ni agua.. ¡Aguador!

La niña.—¡Ay, pobrecito toro!... ¿Qué ha hecho él para que le martiricen así esos infames?

El novio.—No te alteres, monísima. Cuando te veo así, sufro horrorosamente.

Uno.—¡Vaya unos banderilleros *de camama!*

La mamá.—Hay que desengañarse. Las personas decentes no podemos venir á la grada. ¡Se oyen unas palabrotas!... Niña, no te fijes en las expresiones del público.

EN EL TENDIDO

Un lagartijista —¡Eso es matar toros!

Un frascuelista.—¿Se quiere usted callar?

El lagartijista —No me da la gana.

El frascuelista.—Aquí no hay más mataor que el negro.

Varios.—¡Que se calle ése!

El frascuelista.—Yo lo que hago es darme dos puñalás con cualisquiera.

Uno.—¡Dában!

El frascuelista.—¿Lo quié usté ver?

Una naranja, chocando contra el sombrero del frascuelista.—¡Chaf!

Una voz.—¡Duro ahí!

Varios bastones, agitándose en el espacio —Tris .. tras...

Los del orden. ¡A ver! .. ¡Sálganse ustedes inmediatamente!

Muchas voces .—¡Que se vayan! ¡Que se vayan!

Los del orden —No falten ustedes á la *autoridaz.*

Varias voces.—¡Sentarse!

Otras.—¡A callar!

El frascuelista (mordiéndose el dedo gordo con desesperación).—¡Si no fuera

porque uno tiene que mirar las cosas antes de hacerlas!

Los del orden se retiran, el frascuelista se sienta, el lagartijista rompe á aplaudir, y la calma se restablece, merced á unos cuantos tragos de vino.

Uno de provincias (hablando para sí).—La corrida me parece bien; hay animación y alegría; pero.... ¡caramba! ¡Le dan á uno cada estacazo por equivocación!...

EN UN BURLADERO

Un municipal.—No hay como ser endeviduo urbano. Ve uno los toros, se ilustra uno, y todo el mundo le respeta á uno... ¡Me dan una lástima todos esos panolis que han pagado su *localidaz!*...



LA PREDESTINACION

¡Pero, don Aquilino! ¿Es posible que no quiera usted ver la corrida de mañana?

- No, señor; yo he venido á la fiesta de Pozuelo para asistir á la función de iglesia y pasar el día con ustedes; ¡pero que no me hablen de toros! Mañana pienso ir á comer al vecino pueblo de Aravaca con mi cuñado el sangrador para librarme de la odiosa corrida.

—Pero...

—Ya he dicho á ustedes que detesto el espectáculo, porque tengo razones poderosas. ¡Ay! Si yo les contase á ustedes...

- Cuente usted, don Aquilino.

—Hace un año vine aquí, como vengo ahora, dispuesto á divertirme y á asistir á las fiestas, porque á este pueblo le tengo mucho cariño desde que enfermó en él mi suegra, que en paz descanse.

—¿Enfermó?

—Sí, señor; y pasó á mejor vida á consecuencia de un cólico de melón. No la podía aguantar, y creo que si no llega á venir á Pozuelo, aún la tenemos en casa dándonos una jaqueca todos los días. ¡Dios la haya perdonado! Pues, como iba diciendo, estuve aquí el año anterior y me quedé á la corrida de toros; pero ¡ay de mí! media hora antes de la función uno de los cornúpetos pudo romper la valla del corral y salió disparado por estas calles. Yo estaba de conversación con el sacristán frente al estanco, cuando de pronto...

—¿Le enganchó á usted el toro?

—Me enganchó y me volteó, y me puso que no había por dónde cogerme. En fin; unos vecinos generosos me metieron en un cesto, y pensaban arrojarme á la basura creyéndome en completa descomposición, y gracias al sacristán no realizaron su intento; pero estuve en la cama cerca de dos meses, envuelto en unos trapos, y tenían que darme de comer con un embudo.

—¡Pobre don Aquilino!

—No saben ustedes cuánto sufrí entonces. No tienen ustedes más que ver cómo me ha quedado esta pierna.

Y don Aquilino se remangó el pantalón, mostrando á sus asombrados interlocutores un bulto en la rodilla, tamaño como una bizcochada.

—Desde entonces, siguió diciendo, en cuanto oigo hablar de toros aprieto á correr, y basta que haya corrida aquí mañana para que yo me traslade á otro pueblo. Cuando haya pasado la diversión y fallezca todo el ganado, volveré.

—¡Hombre! ¿Nos va usted á abandonar?

—Nada, nada. Al amanecer pienso tomar el carro de Aravaca.

Aquel año había en Pozuelo grandes fiestas para celebrar el día de la Virgen, milagrosa imagen digna de aprecio, y los vecinos de la localidad se disponían á divertirse en la plaza pública toreando ocho magníficos moruchos, dos de los cuales serían estoqueados por *el Besugo*, primer espada procedente de *Madriz* y uno de los primeros *chancletas* de la provincia.

Pero don Aquilino renunció á tanta felicidad, y no bien había asomado el sol por las ventanas de Oriente, tomó el camino de Aravaca.

—¡Cualquier día me expongo yo á que me

vuelva á coger un torito! iba murmurando. Dentro de dos horas se hará el encierro, y yo estaré entonces en casa de mi primo el sangrador, libre de peligros y sinsabores. ¡Los toritos! ¡Los tengo una rabia! Cada vez que me acuerdo del achuchón con que me obsequió aquel pedazo de animal frente al estanco, se me pone la carne de gallina. Parece que me estoy viendo en las astas, y creo sentir todavía el bufido de la fiera... ¡María Santísima, qué día aquel!

Y andando, andando, llegó á Aravaca una hora después de haber abandonado la villa de Pozuelo, donde los mozos se disponían á emular la gloria de *el Cirineo, el Hurón* y tantas otros dignos representantes del toreo clásico con gotas.

—¡Aquilino! dijo el sangrador arrojándose en brazos de su pariente.

—¡Serapio!

—¿De dónde vienes?

—De Pozuelo. He querido asistir á la fiesta de la Virgen; pero esta tarde se celebra allí una gran corrida de toros, y ya sabes el horror que me inspiran esos animalitos.

—Pero, hombre...

—Nada, nada; hasta que no maten el último toro, no pienso regresar.

Los dos primos se entregaron á las expansiones propias de la familia. El sangra-

dor era capaz de beberse dos azumbres sin levantarse del banco, y obsequió á su primo con unas cuantas copas antes de almorzar para que fuera preparando el estómago.

—¡Ay! decía la esposa del sangrador. Yo me muero por los toros, pero Serapio no ha querido llevarme á Pozuelo.

—Te diré, contestó el esposo. Esta es muy bruta, ¿sabes? y en cuanto se ve en un pueblo extraño comienza á ponerle faltas á todo, lo cual que en Las Rozas el año pasado la pegaron con una cabezada en los riñones y tuve un disgusto. Por eso no quiero llevarla á ninguna parte. Además abusa del comestible, y luego quien lo paga siempre soy yo...

El día se pasó perfectamente, y don Aquilino exclamaba á cada paso:

—¡Qué bien se está aquí! ¡Y pensar que en Pozuelo á estas horas andarán los toros haciendo de las suyas!

—¿Quieres que demos un paseíto por la carretera? le preguntó el primo Serapio.

—Bueno, dijo don Aquilino.

Y salieron juntos.

—¡Mira qué prado tan hermoso! exclamó Serapio, sentándose sobre la hierba.

—Da gana de ponerse á pastar, contestó don Aquilino.

Y se sentó también.

—¡El toro, el toro! se oyó decir en aquel momento.

Don Aquilino se puso de pie de un salto y quiso huir; pero ya era tarde.



Un toro enorme se presentó ante su vista, y, acercándosele sin consideraciones de ningún género... ¡pum! le introdujo el asta por entre el chaleco y la camisa, suspendiéndole en el aire.

—¡Socorro!... gritó el infeliz don Aquilino.

Por toda respuesta, el toro le arrojó al suelo, volvió á cogerle, le zarandeó durante algunos segundos, y le dejó caer sobre un montón de cardos silvestres.

Cuando, libre ya de todo riesgo, Serapio fué á auxiliar á su primo, éste le preguntó con acento de amargura:

—¿Pero de dónde ha salido ese toro?

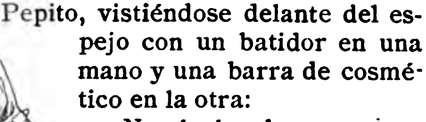
—De Pozuelo, le contestaron.

—¡Gran Dios! exclamó don Aquilino. ¡No se puede negar que hay predestinaciones!



UNA TARDE DE TOROS

I



Pepito, vistiéndose delante del espejo con un batidor en una mano y una barra de cosmético en la otra:

—No sé cómo hay personas enemigas de los toros. ¡Qué brutos! (va á sujetarse la corbata con un anfiler, y se pincha.) ¡Ay! ¡Demontre! Me lo he metido todo ..¡Ea, valor!... Lo que más prisa corre es ir á buscar á Tulita y á su mamá para llegar á la plaza cuanto antes y poder colocarnos en el tabloncillo, sin que haya mirones de esos que andan siempre escudriñando pantorrillas. Los muy tunos se colocan de espalda al redondel mirando hacia lo alto, y, naturalmente, por mucho que ellas quieran ocultar... La idea sola de que los bajos de Tulita

pueden ser examinados por la multitud' me subleva la sangre... ¡Qué mona es! ¡Y qué sensible! En cuanto ve caer un caballo ya se está sujetando el corazón con lo primero que encuentra, porque se le quiere salir; pero la afición la domina. Ya su papá era así: tauromaco completo, aunque asturiano... ¡Caramba! Las dos... ¿Me pondré el pantalón nuevo? Claro que sí; hay que estrenarlo, porque á Tulita le gusta que los chicos variemos de colores, y aun el otro día me dijo: "Pepe, tú eres muy perseverante en tus prendas exteriores; siempre te veo con el mismo pantalón.„ Y es bonito; color de rata joven con pintas azuladas... ¡Ajajá! Ahora el chaleco; yo creo que con catorce reales que lleve tendremos bastante; porque nueve reales de coche á la ida y un par de vasos de agua que nos bebamos allí... Bien que doña Zenona, la mamá de Tulita, siempre está pidiendo cosas. En la corrida de Beneficencia del año pasado se comió dos reales y medio de altramuces... A mí el pelo rizado me está muy bien, y eso que con la humedad no se sostiene... ¡Ay, Tulita, Tulita! ¡Pensar que voy á tenerte á mi lado toda la tarde!... Corro en su busca. (Baja las escaleras precipitadamente.)

—Vaya usted con Dios, don Pepito, le dice la portera.

—Hasta luego, Jesusa.

—¿Va usted de paseo?

—¡Quiá!... Voy de toros... ¡de toros! (Pepito, en su aturdimiento, tropieza con el aguador y derriba á una criada, que se pone á gritar, mientras él, tratando de disculparse, mete un pie dentro del farol que está limpiando la portera, y lo hace cisco.)

II

¡Caramba! Parece que hoy me he levantado con mala sombra, va diciendo Pepito al dirigirse á casa de su novia.

Ella está en el balcón esperándole impaciente, y en cuanto le divisa comienza á hacer gestos y á insultarle con los ojos. Doña Zenona aparece por detrás de su hija y lanza una mirada de odio; después bajan las escaleras y se presentan delante de Pepito con la misma decisión que si fueran á comérsele crudo.

—¿Te parece bien? le dice Tulita. ¡Hacernos esperar dos horas!

—Verás... contesta el joven.

Pero doña Zenona le interrumpe diciéndole:

—Pepito, es usted un títere, y... no me haga usted hablar.

—Pero...

—Vamos, vamos. Tome usted un coche.

—Sí, sí; un coche. ¡Dios lo dé! Todos tienen doblada la tablilla.

—Cochero... á la plaza.

—Voy á *remudar*.

—¡Por vida del... ¡Eh! ¡Pare usted, cochero!...

—Está alquilado.

Doña Zenona.—Verá usted, verá usted cómo no vemos poner los primeros pares de banderillas... ¡Ay, qué Pepito éste! ¡Ay qué pedazo de bruto!

Tulita.—Tiene razón mamá. Eres un ser inútil, un hombre sin energía y sin miramientos.

Pepito.—Mira, Tulita, no me reconvengas, porque soy capaz de cualquier cosa.



Por fin el joven y las dos señoras consiguen meterse en un simón arrastrado por un caballo que parece de barro cocido.

El cochero, que ha hecho ya dos viajes, no quiere fatigar al infortunado animalito y le deja que se detenga á contemplar los edificios y á rascarse tranquilamente la tripa con las patas traseras.

Cuando llegan á la plaza, ya el matador ha despachado su primer toro. El público de la grada tiene que levantarse para dejar subir á los recién llegados, y uno protesta, otro se resiste á moverse, y dice una chula:

- Oye, Juana, deja pasar á estos señoritos, que vienen *retrasaos*.

—Tenemos tabloncillo, ¿sabe usted? grita Pepito. —Y nos asiste el derecho de sentarnos: ¿sabe usted?

—Bueno, hombre. No hay que sofocarse. *Siéntensen* ustés aunque sea encima del presidente.

—¡Que bailen! dice uno.

—¡Que se quiten el sombrero! grita otro.

—¡Mal educados! grita Pepito, poniendo un pie por equivocación sobre una bota de vino que yace silenciosa encima del asiento.

—¡Hija de mi corazón! exclama el dueño de la bota estrechándola contra su seno. ¿Te han pisado á ti?

Doña Zenona, Tulita y Pepito consiguen

al fin sentarse, y dos minutos después el corazón del joven palpita tranquilamente.

¡Qué placer! Verse en los toros, libre ya de chacotas y sátiras, al lado de la mujer adorada...

Cuanto á los bichos ¡oh dolor! ninguno da juego; los picadores ponen las varas en todas partes menos en el morrillo; á los banderilleros se les va la mano y clavan en el suelo; los matadores pinchan en el espacio, en la barrera, en los capotes de alrededor, y hasta en los chulos...

—¡Qué corrida! dicen los inteligentes.

—¡Esto es un herradero!

—¡Al corral!

Pepito se aburre porque los toros son monas, y Tulita está de monos. Doña Zenona no hace más que insultarle en voz baja, y el dueño de la bota, que no puede estarse quieto, le mete á cada paso el pitorro por entre el cuello de la americana, diciéndole:

—Beba usted, señorito, y que lo prueben las señoras.

- Gracias, no lo gasto, contesta él.

El de la bota, que ha tenido unas palabras con un espectador intransigente, acaba por soltarle á éste un lapo, y de rebote recibe Pepito una bofetada que le parecen cuatro ó cinco.

Ármase la gorda. Tulita se desmaya; do-

ña Zenona quiere arañar á todo el mundo, y la bota cae pesadamente sobre el pantalón del joven, poniéndolo hecho una lástima...

—¡La culpa la tiene usted, so títere! exclama doña Zenona, queriendo meterle á Pepito los dedos por los ojos.

—Tiene razón mamá, añade Tulita.

—¡Que se siente ese mico! grita un espectador.

Y Pepito cae desplomado sobre su asiento, como si acabaran de darle la puntilla.

Después se limpia el sudor que baña su frente, y murmura:

—¡Dios mío! ¡Qué buena tarde de toros estoy pasando! ¡Y todavía hay quien dice que ésta es la fiesta más hermosa del mundo!...



TAURÓMACOS NOCIVOS

Hay quien no tiene ropa, ni tabaco, ni dinero para comprar una medicina que le ha recetado el doctor; pero no le falta nunca un duro para ir á los toros todos los domingos.

Nadie sabe cómo se las compone para no faltar á las corridas. El caso es que él anda pidiendo pitillos durante la semana á todas las personas conocidas que encuentra al paso.

—Hombre, ¿me da usted un cigarrillo?

—Sí, señor.

—Tantas gracias. Yo voy á ver si me quito el vicio del tabaco, ¿sabe usted? y por eso no lo compro; pero á lo mejor no me puedo contener y abuso de los amigos. Por otra parte, tampoco está uno en disposición

de gastar, porque no sé si sabrá usted que me he quedado sin nada.

—¡Demonio!

—Sí señor; lo poco que tenía me lo fueron consumiendo entre mi mujer y mi cuñada; de manera que hoy, si he decir á usted la verdad, no he comido aún, y ayer me pasé el día con una pera... Diga usted: ¿se sabe quién va á matar en la corrida de Beneficencia?

—*Lagartijó* y Angel Pastor.

—¡Caramba! ¡Quién tuviera dinero para ir! ¿Habrán puesto muy caros los billetes, verdad, usted? El caso es que tengo un niño con la tos ferina, y me han mandado que le dé un baño de azufre y sal molida; pero no puedo meterme en gastos. Lo que quisiera era ver si encontraba un billetito económico para la corrida de Beneficencia.

Todos los días tropezamos en el mundo con seres así, que llevan al descubierto la uña del dedo gordo y van enseñando la epidermis de los tobillos, y usan, en vez de hongo, un higo de Fraga; y sin embargo, asisten á las corridas de toros llenos de júbilo, como si vivieran en el Paraíso.

Hay sujeto que tiene á su esposa en cueros vivos, tanto, que la infeliz se presenta en visita, arrebujada en un gabán de su esposo, so pretexto de que está con las ter-

cianas y no se puede desabrigar: Los niños andan por aquella casa hechos unos indios bravos, con las carnes al descubierto, llenos de chafarrinones y el pelo alborotado, como si les hubieran metido la cabeza en el molinillo del café. Y mientras sufre los rigores de la miseria y el abandono, el jefe de la casa bebe manzanilla en la "Sanluqueña,„ y luce en el dedo pequeño una sortija de similor, con un brillante de vidrio, que lo menos le ha costado treinta reales. Su dinero está siempre á la disposición de la gente de coleta, y no hay función taurina á que él no acuda. Más de una vez le hemos visto comiendo pescadillas y langostinos en unión de varios banderilleros famosos.

A aquella misma hora, su esposa é hijos acallaban los gritos del estómago devorando silenciosamente en el hogar una cazuela de judías. El más hambrón de los niños, después de apurar su ración, había entrado en la cocina, y chupaba con entusiasmo el tapón de la botella del aceite.

Estos hombres así no tienen más que una idea fija: los toros. Los hay que comen en su casa bacalao frito y beben agua *sola*, y duermen sobre un felpudo, como los perros distinguidos; pero después se presentan en público con aire de ricos, y comienzan á

echar por tierra el vino de Arganda, para ensalzar el amontillado.

—No sé cómo hay quien bebe el vino tinto, dicen con aire de importancia.

—¿A usted no le gusta?

—No hay vino como el andaluz. Créame usted á mí, que soy inteligente. Yo en casa no bebo más que vino de Montilla ó de Tres palos cortados, ó Solera fino.

Y bien sabe Dios que en su casa no se usa más que el agua del botijo; pero, eso sí, está muy fresca, porque la esposa le pone un paño mojado alrededor y da gusto beber en aquella casa.

Convengamos en que la afición á los toros trae en muchas ocasiones serios disgustos. Si todo el que asiste á las corridas tuviese el dinero necesario para comprar el billete y no desatender sus deberes domésticos, no habría para qué combatir la exagerada afición de ciertos caballeros; pero cuando hay quien compra una barrera con perjuicio de los estómagos de su esposa é hijos, nos entran intenciones de pedir que se haga una ley especial contra esos taurómacos nocivos, que se gastan un duro en un asiento de grada y le niegan á su esposa cuatro míseros reales para comprar una botella de agua de Carabaña.

—Manolo, necesito una peseta.

—¿Para qué?

—Para purgar á los niños. A Manolín se le ha puesto la tripa como un sombrero de copa.

—¿Y qué?

—Que quiero darle el agua de Carabaña

—¿No te sería lo mismo purgarle con agua de jabón? ¡Una peseta! ¿Sabes tú lo que me cuesta ganar una peseta?

Y se va al despacho, para comprar su billete, no sin decir con acento de profunda convicción:

—Lo que conviene es que nos echen buen ganado y que los espadas sean todos de cartel, aunque se aumente el precio de las localidades. Porque yo no tengo inconveniente en pagar una peseta más, con tal de divertirme.



EL GRAN PRESIDENTE

¡Qué afortunado era el vizconde del Calcañar!

A los treinta años le habían concedido un bastón de teniente alcalde, y daba gusto verle por ahí, parándose delante de las carnicerías á ver si el dueño tenía buenas carnes, ó conferenciando con los carboneros sobre la necesidad de suprimir el cisco, ó regañando á los simones porque no tenían bastante amabilidad con los caballos.

El Vizconde era soltero, elegante, hermoso y andaluz. Decía él que se había criado entre toros, y que leía mejor en los ojos de las reses que en cualquier libro de texto.

—¡Qué inteligente es este hombre! exclamaban todos los individuos del Ayuntamiento cuando el Vizconde emitía una opinión acerca de la manera de pensar de las

vacas ó de las tendencias demoledoras de los becerros erales.

—¡Yo veo mucho! contestaba él, abriendo el ojo derecho con el dedo índice.

—¡Tengo unas ganas de que lleguen las corridas de toros para verle á usted presidir! decía el primer alcalde.

El Vizconde, lisonjeado por todas estas frases encomiásticas, se retorcía el bigote.

Y llegó la temporada taurina.

En la sesión del Municipio no se discutió aquel día, ni se leyó proposición alguna, ni se votó ninguna pensión en favor de un paniaguado cualquiera; lo único que se hizo fué hablar de los espadas contratados y de las condiciones del *Buñolero*, como rubio y como introductor de reses.

—¡Ah! decía el Vizconde. No hay cosa más importante que la presidencia. Un presidente poco hábil puede dar ocasión á que se estropee una corrida. ¡Yo veo mucho!

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre! volvió á decir el primer alcalde en voz baja.

—No hay más que verle el testuz; parece un toro reformado, añadió un concejal.

—Puesto que se han discutido ya los interesantes asuntos que nos habían congregado aquí, pasemos á designar el presidente para la corrida de mañana, dijo el alcalde.

—¡El Vizconde! ¡El Vizconde! gritan todos al unísono.

—Señores, contestó el aludido; la honra que me dispensáis es tan grande, como mi deseo de dar esplendor al espectáculo taurino. Nada valgo como Vizconde ni cómo aficionado...

—Sí, sí, vale usted mucho, dijeron todos los ediles.

—Pero estoy dispuesto á enaltecer el arte por medio de una presidencia acertada y digna. Mañana podré dar una prueba de mis cortos merecimientos tauromacos.

La mano del Vizconde fué estrechada con efusión, y un concejal le dijo con entusiasmo:

—¡Quién fuera toro!

—¿Para qué?

- Para que me mandase usted á banderillas.

—Gracias, gracias, contestó el Vizconde.

—

Al día siguiente el vizconde del Calcañar fué á ver á su prometida, la condesita del Vientrecillo.

- ¿Es cierto lo que acabo de saber? preguntóle ella con amorosa ansiedad.

—¿Qué? dijo él.

—¿Vas á presidir la corrida de esta tarde?

—Sí, cielo mío. Aquí traigo un palco inmediato al de la presidencia. Quiero verte cerquita, muy cerquita de mí.



—¡Qué bueno eres, Belarmino!

Desde el palacio de su amada el Vizconde se dirigió al circo taurino para presenciar el apartado.

¡Daba gusto verle en el corral! ¡Qué aire de superioridad el suyo! ¡Qué modo de dar órdenes! ¡Qué circunspección en la manera de conferenciar con los veterinarios!

—¿Me responden ustedes con sus cabezas de que los toros no tienen ninguna afección física? ¿No han notado que aquel berrendo se lame el hocico con cierta intranquilidad sospechosa? Yo creo que ese toro sufre.

—Respondemos de que no tiene novedad física. Hay toros que padecen, porque nadie está libre de una contrariedad; pero los de hoy son felices en lo que cabe.

—Fío en la palabra científica de ustedes.

—Vaya V. S. descuidado.

Momentos antes de empezar la corrida, el Vizconde fué felicitado por sus amigos, que le decían:

—Ahora vamos á ver tus dotes pre si den ciales.

—Ya era tiempo de que hubiese personas inteligentes en la silla *curul*.

—Vizconde, engrandécete esta tarde.

—¡Y cuidado con las silbas! añadió riendo uno de los amigos del presidente.

—¡Silbar! ¡Silbar! gritó fuera de sí. No habrá motivo para ello. Pero... ¡desgraciado del pueblo si se atreviese á tanto!

—¿Qué harías?

—Mandar desalojar la Plaza y reducir á prisión á los alborotadores. Ante todo, el respeto á la autoridad. Soy descendiente de los godos, y uua tía mía estuvo casada en segundas nupcias con un primo de Wamba.

La condesita del Vientrecillo estaba en su palco cuando el presidente sacó el pañuelo. No hizo más que ver al Vizconde, y le saludó con la manita. Él la dirigió una mirada amorosa, que quería decir:

—Ya verás, ángel mío, quién es esta personilla. Voy á hacerme objeto de la ovación del pueblo para que te enorgullezcas. Estoy muy guapo, ¿verdad?

Cada vez que el Vizconde sacaba el pañuelo, la Condesita clavaba en él sus lindos ojos y sonreía dulcemente.

—¡Qué bien preside! exclamaba al oído de su mamá, que era una señora lo mismo que un saco de noche.

El segundo toro pisó el redondel.

—¡Buena estampa! dijeron en el palco de la presidencia.

—Pero blando, añadió el presidente.

—¿Blando? añadieron algunos.

—Blando, muy blando. No hay quien me enseñe á distinguir... A ese toro le mando yo á banderillas inmediatamente.

Y así fué: el animal se arrimó á los caballos con coraje; el público, entusiasmado, jaleaba á los picadores; todo era animación y movimiento en los tendidos, porque el toro pegaba de verdad. Pero en aquel momento el presidente sacó el trapo blanco, y sonaron los clarines para banderillas.

¡Qué horror! Los aficionados se pusieron en pie, increpando al Presidente. Dos mil pañuelos se agitaron en señal de protesta

El Vizconde buscaba ojos amigos que le mirasen con consideracion; pero permane-

cieron fijos en el público, que seguía gritando furioso.

—Ella me apoyará, dijo el Vizconde, dirigiendo una mirada tierna al palco de la Condesita.

Pero ya no estaba allí. No había querido presenciar la derrota de su infeliz amante.

En aquel momento el público á coro gritaba:

—¡Burrooo! ¡Burrooo!

El presidente no pudo resistir aquel nuevo golpe, y hundió la frente en la mano, diciendo para sí:

—¡Oh! ¡Si los godos mis antepasados levantaran la cabeza!

—

Todo esto quiere decir que aquí, cuando nos ponemos á silbar, no nos paramos en Vizcondes.

¡Y que á Dios le arde el pelo!





POR SU TÍA

El pobre *Boliche* había nacido con mala sombra.

No hizo más que llegar á este mundo, y ya le sucedieron una porción de aventuras.

Una comadre que habia asistido á su nacimiento, le puso por equivocación encima de un baúl; llegó un sacerdote amigo de la casa, y se sentó encima. Cuando se notó la desgracia, el pobre *Boliche* tenía la nariz lo mismo que un albaricoque maduro.

Para que le bajase la inflamación, le dieron un baño con agua de vegeto, y el chico, que venía al mundo con una sed horrorosa, se puso á chupar la toalla y pescó una irritación de todos los demonios, hasta el punto de inspirar serios temores al médico.

A consecuencia de lo de la inflamación de la nariz, le quedó un bultito en la punta;

y de ahí que se le conociera en el barrio con el sobrenombre de *Boliche,* porque, efectivamente, aquello no era nariz, era el remate de una cama de hierro,

¿Por qué se dedicó *Boliche* á la torería?

Porque se había criado con un becerro de un tío suyo, y su mayor placer consistía en meterse en el establo, y allí se pasaba las horas muertas al lado del choto, como si ambos hubiesen nacido de la misma vaca.

Las aficiones taurinas de *Boliche* fueron en aumento, y cuando tuvo fuerzas para sostener la vara salió á picar en una corrida de aficionados, pero con poca fortuna; un becerro le dió siete cornadas en mala parte, y *Boliche* estuvo en el lecho del dolor cerca de cuatro meses, alimentándose con engrudo y agua de adormideras, porque decía el médico que no podia comer otra cosa.

Al hombre se le fueron acabando los recursos, y cuando vió que no le quedaba más que un refajo que había sido de su madre y una bandurria de su difunto padre, pudo conseguir una plaza de banderillero en la cuadrilla del *Salmonete*, famoso matador de toros de Vitigudino. Allí hizo sus primeras armas el *Boliche* como banderillero, y allí mató algunos toros como segundo espada

Es decir, él decía que los había matado pero casi todos salían vivos del redondel y algunas veces tuvo que pedir auxilio á la Guardia civil, que se encargaba de despachar los bichos á balazos desde la barrera.

Boliche se vió sin contrata, sin ropa y sin salud, porque, á consecuencia de los porrazos recibidos, tenía un bulto en el estómago, tamaño como una libreta, y además cojeaba del pie derecho, que se le había quedado encogido y parecía un salchichón.

Su mala fortuna le llevó á Sevilla, donde esperaba que le contrataría algún primer espada de nota; pero sólo consiguió que le admitiesen en un café de cante flamenco para fregar la loza.

Al cabo de muchas meditaciones y muchos disgustos, *Boliche* resolvió ir á ver á un famoso espada que por entonces era el ídolo de los sevillanos.

—Señor Juan, le dijo; yo mato toros: yo me he criado con un becerro, y conozco el ganado como si le hubiese tenido en mis entrañas durante nueve meses. ¿Por qué no me lleva usted de segundo espada?

—Porque no me da la gana, contestó el otro.

—¡Se lo pido á usted por el alma de su madre!

—Es inútil.

Y el matador le dió con la puerta en las narices.



Boliche llegó al café mustio y cariacontecido.

—¿Qué tienes? le preguntó uno.

—¿Qué he de tener? Que el señor Juan no quiere llevarme, contestó *Boliche*.

—¿Se lo has pedido con el corazón?

– Con el corazón y con todo.

—Pues es extraño, porque él es hombre de buenos sentimientos. Ha tenido una tía

que le crió y le hizo hombre, y á quien quería más que á las niñas de sus ojos.

—¿Y dónde está esa tía?

—Se murió el año pasado.

—Lo siento.

—El recuerdo de su tía es cosa sagrada para el señor Juan. Lo que debes hacer es volver á su casa y pedirle que te contrate... por la memoria de su tía.

Boliche no dejó que acabase de hablar su amigo, y corrió á casa del matador famoso.

—¿Estás aquí otra vez? dijo éste al verle entrar con el rostro compungido.

—Vengo á pedirle á usted con fatigas que me contrate.

—No puede ser.

—Se lo pido á usted por su maresita.

—Es inútil.

—Por su tía, que en paz descanse.

El matador se incorporó en su asiento; después se llevó una mano á los ojos como si fuera á enjugarse una lágrima, y dijo conmovido:

—Me has recordado á una persona á quien no puedo faltar de ninguna manera. El lunes saldrás conmigo como segundo espada. Pero... ¡mucho ojo! ¡Si quedas mal, te reviento!

—Pierda usted cuidado.

Y llegó el lunes.

Boliche sacó un traje color de guardia civil desteñido, con alamares negros, procedente de una casa de préstamos en liquidación.

—A ver cómo te portas, le dijo el señor Juan.

—No tenga usted cuidado, repitió *Boliche*, atándose la faja,

El toro que debía matar *Boliche* era un berrendo en colorao, corniveleto y boyante·

—¡Dios mío de mi alma! exclamó el pobre hombre cuando le vió aparecer por la puerta del toril.

—¡Ea, no me dejes en un compromiso! murmuró el señor Juan, acercándose al segundo espada.

Éste cogió los trastos, y después del brindis se dirigió al toro con paso vacilante.

Pero se quedó en mitad del camino, no sin dirigir miradas suplicantes al señor Juan, como si le pidiera auxilio.

—¡Vaya usted al toro! gritó un espectador.

—Vamos allá, dijo el maestro. No me comprometas, muchacho. Me has pedido salir á torear por el alma de mi tía, y, ó matas el toro, ó te reviento.

Boliche, con la muleta plegada, no hacía más que humedecerse los labios con la punta de la lengua, y mirar al toro con espanto, sin osar moverse.

El toro escarbaba la arena como pidiendo bronca; el público silbaba, y el señor Juan, fuera de sí, decía con bronco acento:

- ¡Vaya usted al toro, so morral!

Entonces *Boliche* adoptó una resolución extrema; cerró los ojos, lió la muleta, empuñó la espada, y dijo al matador con acento de suprema angustia:

—Señor Juan, ¿quiere usted algo para su tía?

Después se dejó caer sobre las astas del toro, que lo enganchó por la faja, y acabó por dejarse conducir á la enfermería más muerto que vivo.

Desde aquel instante no hay quien se atreva á hablar al señor Juan de su tía difunta, porque se expone á que le tire algo á la cabeza.



EL MATADOR

El matador desciende del carruaje á la puerta de la Plaza, con la majestad propia de los Césares y de los espadas de cartel.

Los amigos salen á su encuentro y le estrechan la mano con efusión: él sonríe, saluda á todos y contesta á las lisonjas que se le dirigen con frases que no acusan una modestia excesiva, porque al pobrecillo le han vuelto loco á fuerza de alabanzas.

—Hoy vamos á ver la verdad, le dicen con entusiasmo sus devotos fervientes.

—Gracias, señores, contesta él pavoneándose.

—Es necesario que le quites los moños á alguno. Porque tú eres el primero aquí y en todo el mapamundi.

—Ahora se va á ver, replica el matador.

La hora se acerca; amigos y admiradores estrechan la mano del héroe y van á ocupar sus localidades. Las cuadrillas hacen el paseo.

He aquí el monólogo del matador desde el momento en que pisa el redondel:

—¡Olé! ¡Viva mi gracia! ¡Cuántas mujeres bonitas estarán en estos momentos contemplando mis hechuras y mis andares!

Así, así; el brazo izquierdo sujetando el capote; el derecho en forma de arco para que se vean bien los alamares de la chaquetilla. Ahora á saludar al Presidente con toda la gracia y todo el aquel de mi tierra. Buenas tardes, caballeros. ¿A quién le daría yo este capote?... ¡Ah, sí! Allí veo al vizconde de la Talega. Cuanto más elevada sea la persona, mejor. ¡Eh! ¡Allá va el capote! Ya me está dando gracias con la cabeza. No se cambiaría ahora ese chico por todos los reyes del mundo. ¡Qué honra para él! *(Suena el clarín, y aparece en la arena el primer toro.)* ¡Cáscaras, qué puntas tiene! ¡Vaya unos pies! Coloquémonos cerca del caballo á ver si puedo hacer un quite de lucimiento... ¡Ea, valor! "Dios te salve, Reina y Madre...„

Embiste, grandísimo tonto, que me quiero lucir. ¡Nada! No quiere tomar varas. Da un pasito más... ¡María Santísima! ¡Qué ca-

beza tiene! ¡Olé ya! *(Aplausos.)* ¡Bendita sea mi madre, y mi persona, y mi gracia torera!

Aquí no mete el capote nadie más que yo, porque el torito es de mazapán, y hay que lucirse á su costa. Oye tú, *Conejo,* si vuelves á soltar el trapo, te arrimo dos *bofetás* delante de todo el mundo.



¡Otra vara! ¡Bravo! Aquí estoy yo para llevarme el toro. ¡Y no me aplauden! ¡Qué brutos! "Creo en Dios Padre Todopoderoso...„ el toro me persigue y viene oliéndome la taleguilla... ¡Al callejón de cabeza!... ¡Ay! Creí que me cogía. ¡De buena me he escapado! ¿Por qué silba el público? ¿Pues qué querían ustedes? ¿Que me dejase enganchar? No he visto gente más poco considerada. Vamos al redondel otra vez, á ver si puedo hacer

otro quite con gracia. ¡Por vida de mi abuelo! ¿Pues no le aplauden al segundo espada? ¿Qué ha hecho? ¿Sacar al toro con un recorte? ¡Qué público éste! No, pues me vais á aplaudir á mí también... ¡Brrr! ¡Toro! Ya lo tengo. Ya se arranca. *(Aplausos.)* ¿No decía yo? ¡Si no hay quien pueda competir conmigo en los quites!

¿Han tocado á banderillas? Vamos á coger los avíos. Creo que el toro no está bastante castigado. Ese maldito *Besugo* se empeña en picar en los rubios, y eso que le tengo encargado que pique en la paletilla, para quitarle al toro pies y coraje. Cuando me toca un toro completamente desencuadernado, me luzco siempre. ¡Ya se ve! Lo principal es que no pueda embestir ni menearse. Parece que se tapa en banderillas. ¡Demonio! ¿Si llegará á hacerse de cuidado? ¡Buen par! Y de castigo: eso es lo que yo quiero, que me lo dejen hecho una babosa... ¡Bendita sea tu capa, saleroso! Le has dado un recorte bueno; con otro que le des así, no le va á quedar al bicho un solo riñón sano. ¡Anda con él! Recórtale otro poquito, criatura. ¿Ves? ¿Ves cómo ya se resiente del cuarto trasero? *(Suena el clarín.)* Ea, vamos á matar. ¡Ay, Virgen de las Angustias! Cada vez que tengo que coger la muleta, me entran unos sudores...

Pero hay que sonreir para engañar á los aficionados. Vaya una cara serena que llevo. ¡Si pudieran verme por dentro!...

"Brindo por uzía y por toa la gente aficioná y por er coraje de los hombres de vergüenza, y ¡olé! vamos á matá er toro."

No hay quien tire la montera con esta gracia. *(Aplausos.)* Ya he entusiasmado al público... "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros..."

¡Dios mío! ¡Qué cuernos! ¡Y cómo me mira! Vamos á tentarle con un telonazo. ¡Zape! Por poco se me cuela. Ahora un pase por alto. ¡Ajajá! Este ha salido bien; otro de pecho; ¡bravo! ¿Por qué no me aplaudirán? ¡Si se cuadrara! Pues no se cuadra. ¡A ver si dándole un pase en redondo!... Toma, maldito, toma, para que te canses y humilles y me dejes meter el brazo... ¡Socorro! *(Silba.)* Me silban porque he tomado el olivo. ¡Pero si el toro se venía encima! ¿Me había de dejar coger? ¡Qué cosas tiene el público!

¿Adónde habrá ido á parar la espada? ¡Ah! Ya me la trae el *Conejo*...

Vamos allá otra vez. Anda, torito, por la memoria de tu madre, déjate matar. ¡Si esto no vale nada! Ya verás qué pronto despacho, y cómo me tocan las palmas.



Voy á darte un pasecito de pitón á pitón; embiste, pero no me busques el bulto, que me puedes lastimar. Perfectamente; ahora necesito que levantes la cabeza. ¿Sabes? Un poquito más; así, basta... Estate quieto, que te voy á meter el estoque. ¡Ay, Virgen de las Angustias! ¡Qué vela te voy á regalar si me proteges!... Ea, á tirarse. ¡Uf! He dado en hueso: torito, ven acá. Mira que tengo familia. *(Aplausos.)* ¡Viva mi mérito y mi arte!... Así, así, aplaudid, que eso es lo que

me da la *guita*. ¡Si supierais el canguelo que tengo en la parte interior! Ya está cuadrado otra vez. Sea lo que Dios quiera. "Santa María, Madre de Dios...„ ¡Pum!

No sé dónde la he metido, ni cómo, ni cuándo. *(Aplausos.)* Debe de ser una gran estocada, porque la aplauden. Yo juraría que le sale la punta por el lado contrario. ¿A ver? No; ha resultado buena por casualidad. Pues me daré tono; miraré á los tendidos con aire de triunfo.

¡Viva yo, y mi madre, y mi novia, y toda mi familia!

Mañana le pido al empresario mil pesetas más por corrida. Estoy deseando verme en el café, para recibir las felicitaciones de los aficionados. Hay hombre que si pudiera, me elevaba una estatua en la Puerta del Sol. ¿Y las mujeres? ¡Cuántas estarán en este momento suspirando por este cuerpo valeroso! *(Continúan los aplausos.)* Así, así; aplaudid, infelices, que esto es lo que me conviene. ¡Si supierais cuántas fatigas he pasado para matar este toro!

El público aplaude entusiasmado; caen al redondel sombreros y puros; un taurómaco vehemente arroja la chaqueta y las botas, y quiere arrojar también la camisa, pero no le dejan.

Y entretanto el jóven matador saluda

al público con el estoque, y dice para sus adentros:

—Así, así; aplaudid, brutos. Muchos aplausos y muchos sombreros, aunque las estocadas resulten por casualidad... Todo esto es *guita*.





UN BUEN PAR

I

—Jacobo, tú nunca serás nada en el mundo, decía doña Aquilina á su yerno infeliz. Tú eres de buena familia, tienes ropa decente, sabes sostener una conversación como el primero, y, sin embargo, no alternas con personas de viso.

—¡Pero, mamá! contestaba Jacobo; ¡yo no puedo hacer más de lo que hago! ¿No voy á

la Cervecería Inglesa, donde casi todos los días hay algún *título* tomando café ó comiendo *bisteques?*

—Debes cultivar el trato de los personajes. Ya ves lo que le pasó á Martínez: se hizo amigo de un barón viudo, y hoy está de amo de llaves en su casa. ¿Por qué no toreas? Mira: el lunes hay corrida en la plaza de Vallecas; matan el vizconde del Trebejo y el marqués del Catre. ¡Qué honra para ti si te dejasen poner banderillas!...

Jacobo, que ama el fausto y anda en busca de una posición social, fué á ver al presidente de *El Ruedo Aristocrático*, Sociedad taurina, y logró que le admitieran como banderillero.

—¿Ha toreado usted alguna vez? le preguntaron sus consocios.

—Sí, señor; toreé el año pasado.

—¿En dónde?

—En mi casa.

—¿Cómo?

—Tengo un cuñado que parece una res en los movimientos y en todo. Un día dimos una corrida en la sala, y me volteó.

Jacobo fué considerado desde aquel punto y hora como uno de nuestros más acreditados diestros.

Y llegó la tarde de la corrida.

¡Qué bien le estaba la chaqueta corta y el sombrero sevillano!...

—¡Olé, viva tu mare! le dijo doña Aquilina.

—Es favor que usted me dispensa, contestó Jacobo.

Su enamorada esposa le puso la faja, le peinó hacia adelante y le estuvo sacando lustre con una toalla.

—Anda bendito de Dios, que pareces un chulo saleroso. ¡Qué ganas tengo de verte en el redondel!

—Por eso he querido asientos de barrera, añadió doña Aquilina. Así podremos ver todos los detalles.

—Vaya, abur, dijo Jacobo envolviéndose en la capa de paseo y dirigiéndose á la calle.

Allí tomó un coche y fué á reunirse con sus compañeros de cuadrilla.

Desde el balcón le saludó su esposa con la mano, diciéndole:

—Hasta luego, granujilla, picaronazo, que no parece sino que te ha parido una vaca.

II

La tarde estaba hermosísima.

Mil damas elegantes ocupaban palcos, gradas y tendidos.

Había muchas en la barrera, entre las cuales figuraba la mamá política y la esposa de Jacobo, encargado de poner banderillas al primer becerro.

Sonaron los clarines. Los alguacilillos hicieron el despejo. La animación se pintaba en todos los semblantes, y había joven que pensaba:

—¡Ay! Estoy temiendo que á mi Sinforia· no le ocurra alguna desgracia. Dicen que los novillos son feroces, y como Sinforiano es tan atrevido...

La cuadrilla se presentó en el redondel. ¡Qué monos estaban los diestros con sus chaquetillas y su pelito rizado!

—¿Quién es aquel del bigote rubio? preguntaba una señorita.

—¿El de la capa azul? Es Manolín, el chico mayor de las de Traquetilla.

—¡Qué aire tan fino tiene!

—Como que está emparentado con lo me-

jor. Una prima suya se ha casado con un sobrino de la duquesa del Anate.

—¡Ya se le conoce!



Jacobo, después de recorrer con la mirada todas las localidades del circo, fué á saludar á su esposa, y doña Aquilina le dijo:

—No te olvides de que tienes honra. Acércate á las reses, aunque sepas que te van á reventar. ¡Sé hombre, Jacobo!

—Pierda usted cuidado, contestó él.

Y se dispuso á hacer toda clase de barbaridades.

El primer toro salió abanto, pero luciendo unas armas impropias de su clase. Parecían dos panecillos largos.

—Eso no pincha, dijo Jacobo para sí; y se abrió de capa.

Pero el becerro, que tenía muy malas intenciones, fué y le tiró un derrote en la boca del estómago

—¡Ay mi madre! gritó Jacobo mientras rodaba por el suelo.

El novillo, que estaba deseando tomar la puerta, dejó á Jacobo y se fué á oler las tablas tranquilamente.

—¿Ves qué bruto es tu marido? decía doña Aquilina hablando con la esposa del pobre aficionado. En vez de dejarse coger para que viéramos su serenidad, se está rascando el estómago entre la barrera. Ese hombre nunca será nada.

—*¡Tararí!* hicieron los clarines tocando á banderillas.

Doña Aquilina vió á su yerno con los palos en la mano, y le hizo señas para que se acercase.

—A ver si eres hombre, le dijo, clavando en su faz aquellos sus ojos de lechuza indignada.

Jacobo se fué á buscar al becerro, que le recibió dando un bufido.

—¡Qué bruto! ¡Cómo sopla! exclamó el banderillero.

—¡Anda con él! dijo á su lado el primer espada.

—¡Sea todo por Dios! murmuró Jacobo; y cerró los ojos para no ver á la fiera.

En aquel momento, el animal, que le había cogido tirria, se lanzó contra el yerno de doña Aquilina, derribándole.

—¡Socorro! gritó éste dirigiéndose aturdido á la barrera.

El toro le seguía, bufando; gritaba el público, gruñía el matador. Doña Aquilina, de pie, dirigía insultos al asendereado ban-



derillero, y todo era confusión, espanto, rabia y ligereza.

Con las banderillas en la mano Jacobo saltó la barrera creyendo ver toros negros en todas partes.

—¡Anda, anda! le decía doña Aquilina puesta de pie y echando fuego por los ojos. ¡Cobarde! ¡Vaya usted al toro!

Jacobo tuvo entonces una idea terrible. Veíase humillado, escarnecido por aquella

otra fiera de la clase de mamás políticas, y, cuadrando en la cabeza, echó el sombrero hacia atrás, alegró á doña Aquilina, y le clavó un par de frente.





EL INTELIGENTE

MIZTÉ, me decía un conocido matador de toros: yo no tengo miedo á na en er mundo, como no zea á don Cazimiro.

Don Casimiro es uno de tantos inteligentes que andan por ahí con el cuello tieso y las cejas arqueadas, hablando de toros como si hablasen de las teorías de Kant ó del misterio del Espíritu Santo.

Entre la afición se le tiene por uno de los primeros sabios de este país, y él abusa de

su supremacía introduciéndose en todos los círculos taurómacos y tomando copas de *cognac* á cuenta del prójimo.

Nadie sabe quién es ni de dónde vino, ni por qué habla siempre en tono doctoral.

Hace muchos años que frecuenta los cafés adonde acude la torería, y á ninguno le ha ocurrido preguntarle:

—¿Pero usted mata toros? ¿Tiene usted algún dón supremo? ¿Es usted pariente de las reses? ¿Por qué entonces quiere saber usted más que todos los nacidos?

El caso es que don Casimiro campa por sus respetos y no tiene reparo alguno en dirigirse á un matador, aunque no le haya visto en su vida, para decirle:

—¿Sabes lo que me parece? Que tú no tienes mano izquierda... El torero debe usar ambos remos con igual soltura. El derecho para herir, el izquierdo para vaciar, y así *subcesivamente*.

¡Claro! Al ver el desparpajo con que se expresa don Casimiro, todos, empezando por el matador, comienzan por considerarle como un ser extraordinario, y acaban por decir á solas:

—No; lo que es este tío debe saber muchísimo de toros.

Y como don Casimiro ha notado que todos le escuchan con veneración y le admiran

con respeto, el hombre abusa y se pasa la vida regañando y abriendo cátedra de toreo en los cafés, con gran sorpresa de su esposa, que dice en confianza:

—¿Quién? ¿Casimiro? ¿Qué ha de saber ese pedazo de bárbaro? Con decirle á usted que cuando era joven quiso poner banderillas en Ciudad Real y se las clavó al presidente en un muslo...

No hay cosa mejor que el desparpajo para medrar y adquirir fama de persona superior.

Don Casimiro ha logrado que le consulten las Empresas y le regalen un billete para todas las corridas, y el día de su santo reciba siempre un cajón de puros ó un pastel de tres pisos con una bandera en la punta.

Porque es lo que dice el empresario:

—Hay que tenerle contento, porque si no, desacredita el ganado y anda por los cafés labrando mi ruina.

Para don Casimiro, ya se sabe, no hay nada bueno.

Lagartijo tiene inteligencia, pero no se enfila como debe enfilarse, ni sale por la cola. *El Espartero* no vacía; Guerra no consuma; Mazzantini no pasa.

Sólo él, don Casimiro, es omnipotente y hombre que *sabe ver*.

Por supuesto, á él la alimentación le sale por una friolera, porque en el café no hay quien le deje pagar, y aparte de esto, es de los que escriben á los matadores residentes en provincias, para decirles:

"Ayer estuve hablando con la Empresa y le aconsejé que debe contratarte, porque ya sabes cuánto me intereso por ti. Veo que tienes voluntad para los toros, y que si no haces más, es porque no sigues mi consejo. Los toros necesitan que se les consienta, y que, si á mano viene, puedan pinchar con toda confianza.

„Y con esto no te canso más. A ver si me remites un barril de vino amontillado y un buen jamón de la sierra, porque quiero obsequiar á unos amigos, etc., etc.„

Para don Casimiro no hay fronteras, y lo mismo pide un jamón como se queda con los puros de la petaca de *Lagartijo*.

Nosotros le vemos algunas noches en el café de las Columnas, serio, cejijunto, fumando puro de quince céntimos en boquilla larga de escayola, que él dice que es espuma de mar.

Rodéanle dos docenas de toreros anónimos.

—Pues sí, dice don Casimiro con acento

solemne: vosotros no tenéis inteligencia bastante para distinguir. El toro es un animal suave, pero pundonoroso al propio tiempo. Si hubierais leído la Historia Natural, veríais que el toro se ciega, pero no lleva ánimo de molestar á nadie. Al toro hay que tomarle con la mano derecha, luego pasarle á la izquierda y luego sujetarle en el centro hasta consumar la suerte suprema... Que me traigan otra copa... Aquí es necesaria una escuela taurina donde pueda aprender la juventud, porque la verdad es que ya no hay toreros.

—¡Caramba, don Casimiro, cuánto sabe usted! dice uno de los maletas allí presentes.

—No me gusta ponerme moños, replica el orador; pero en cuestiones taurinas no hay quien se me ponga delante... ¡Mozo, tráeme otra copa!

Y bebe media docena, que pagan los infelices *diestros* con gran satisfacción, porque don Casimiro merece eso y mucho más.

Así vive y así triunfa, y así morirá don Casimiro, á quien nadie conoce íntimamente, ni nadie sabe que tenga destino, ni renta, ni profesión.

Él se ha propuesto ser inteligente de primera clase, y este título basta para brillar

en los círculos tauromacos y vivir á costa de los infelices que no temen á un Miura, y sin embargo tiemblan delante de un don Casimiro.





UN VALIENTE

(COMO HAY MUCHOS)

De modo que usted ha toreado muchas veces?

—¿Yo? Desde que era pequeño. Ya en Málaga, el año 56, salí á poner banderillas á un toro de ocho años que parecía un arzobispo... Porque nunca he conocido el

miedo, y no hay cosa que más rabia me dé que ver un torero huído. En Chiclana, una tarde, bajé al redondel y me puse á matar en competencia con el *Curro*, y lo hice quedar mal, porque á corazón no hay quien me gane.

—Ya se nota que es usted hombre de valor.

—Porque tengo dignidad, vergüenza y puños, y no quisiera más que verme delante de un toro para que se convencieran ustedes de quién soy yo, aunque me esté mal el decirlo.

El que así exhibía sus méritos era don Ulpiano, sastre él, andaluz de afición y valiente acreditado en todos los cafés adonde acude la torería.

Para celebrar el día de San Antonio habíanse reunido varios amigos en fraternal merienda.

Don Ulpiano, por su respetabilidad y su valor, puede decirse que era el jefe de aquella tropa de aficionados á toros.

—¿Adónde quiere usted que vayamos á merendar? le habían preguntado.

—A Getafe, dijo él.

—Pues á Getafe, gritaron todos.

Y allí se fueron con un par de tortillas, un buen salchichón, varias lechugas y una gran bota de vino.

Al pie de un árbol extendieron el mantel, y tendidos sobre la hierba comenzaron á despachar las provisiones de boca. Cerca de don Ulpiano había un pozo que contenía agua abundante y fresca; pero se prohibió terminantemente que fuese extraída.

—¡Aquí nadie bebe más que vino! gritó uno de los comensales, que era picador de invierno y hombre religioso y borracho.

—¡Viva el vino! añadió Manzanilla, joven curial, algo chulo él y banderillero de afición á ratos perdidos.

Don Ulpiano dirigía la fiesta con el aire de protección que le era peculiar. Cada palabra suya constituía una sentencia profunda. No era hombre que tolerase cuchufletas ni frases equívocas respecto de su persona, y todos veían en él un ser superior, aunque sastre.

—Cuente usted, cuente usted algo, don Ulpiano, decía Marmón, antiguo mozo de caballos de la plaza y hoy diputado provincial.

—¿Qué quieren ustedes que cuente? preguntó don Ulpiano, engullendo dignamente un pedazo de tortilla del tamaño de un sombrero hongo.

—¿Fué usted cogido alguna vez? siguió diciendo el diputado.

—Sólo una, en Pamplona, el año 59.

—Pero ¿por qué no se dedicó usted al toreo?

—Porque no tengo paciencia para soportar la cosa más insignificante, y no he querido exponerme á las censuras del público. Si llegaran á silbarme á mí, ¡mecachis! era capaz de subir al tendido y reventar á diez ó doce. Pues yo toreé en Pamplona por gusto. Me salió un toro negro, colín, con unos cuernos lo mismo que navajas, y fuí y le pasé con la izquierda, y cuando le tuve cuadrado... ¡pum!

—¿Le tiraron á usted un tiro? preguntó Manzanilla.

—¡Quiá! Le aticé una estocada hasta la cruz. ¡Qué tarde aquella! Allí estaba lo mejor del toreo: José Redondo, *Cúchares*, el *Lavi*, y entre todos me llevaron á la fonda y me regalaron un traje azul con alamares negros, y más de media arroba de chorizos... Hoy no hay toreros, ni entusiasmo, ni afición inteligente...

—Ni embutidos, dijo Marmón.

Don Ulpiano le dirigió una mirada de sastre ofendido, y en poco estuvo que no le tirase además á la cabeza una raja ó dos de salchichón, porque ya sabemos que no tolera ancas de nadie, según él mismo dice.

Pero se contuvo por no descomponer la fiesta, y siguió hablando de sus méritos propios.

—Ni *Lagartijo* es torero, ni *Frascuelo* sabe pasar un toro, ni el *Guerrita* conoce una sola regla del arte... Aquí no hay corazón en los hombres, y en cuanto ven un toro ya no saben dónde meterse. ¡Este no es país, ni es nada!

El picador de invierno miraba á don Ulpiano con los ojos abiertos hasta la hipérbole, y la boca entornada, como las almejas cuando acaban de fallecer.

Manzanilla escuchaba atentamente las sentencias del acreditado sastre, y los demás sujetos comentaban favorablemente las opiniones que iba emitiendo aquel fenómeno valeroso.

—¡Quién me ha visto á mí en Sevilla, el año 61, pasar un toro, meter el pie y echarle á rodar en menos de cinco minutos! ¡Qué ovación! Porque para los toros hay que tener fibra, pulmones, serenidad y...

En aquel momento Marmón lanzó un grito agudo.

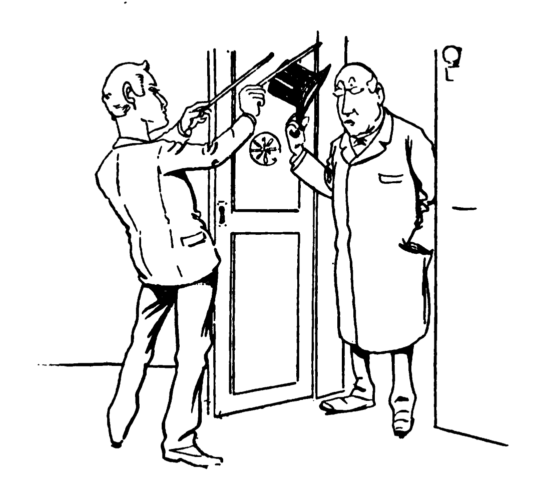
—¿Qué sucede? preguntaron todos alarmados.

—¡Un toro! ¡un toro! gritó Marmón poniéndose en pie.

Don Ulpiano, de un brinco, fué á colocarse detrás de sus compañeros; después se persignó devotamente...

¡Y se tiró al pozo de cabeza!





CURA RADICAL

Manolito había nacido para la lidia.

Cuando le dió á luz su mamá, dijo el comadrón al ponerle la gorra:

—¡Demonio de muchacho! ¡Pues no trae coleta!

Efectivamente, en el occipital traía unos cuantos pelos largos, á manera de escobilla, con los cuales podría hacérsele una trenza.

No hicieron más que entregarle á la no-

driza, y el chico comenzó á lanzar berridos, como quien llama á una res para ponerle banderillas; después fué teniendo algo de penetración y un poco de sentido, y se arrojaba valerosamente sobre el pecho de la pasiega, con el mismo ímpetu que si fuese á dar un volapié en las tablas.

A los siete años se empeñó en que había de poner banderillas al chico de la portera, queparecía un torete berrendo en colorado, y, quieras que no, le introdujo entre cuero y carne dos mangos de pluma. Su papá fué á castigarle, pero el chico le dió el salto del trascuerno y salió por pies, para refugiarse en la carbonera, que era su burladero natural.

¡Cuántos disgustos ocasionaba diariamente Manolito con sus aficiones!

No había criada que parase en aquel domicilio, porque él quería picarlas á todas, montado en el fregadero y valiéndose del mango de la escoba.

El aguador decía con frecuencia á la mamá del muchacho:

—Señorita, encierre usted al chico, porque, el mejor día, me cansu de ser toru y lo estropeu.

—¿Qué hace?

—Siempre que me ve, viene á tirarme de

los pelus del cugote, diciendo que me va á arrancar la divisa. Ayer me estuvo tureando con el tapete de la camilla; y le tuve que dar dos curnadas para quitarle del medio.

No bastaban las reconvenciones, ni los castigos del maestro de escuela, y los azotes de los papás resultaban también infructuosos. Manolito era torero de nacimiento, y, en vez de estudiar, cogía á un primo suyo y lo pasaba de capa, ó le citaba en corto para darle un pinchazo sin soltar con un bastón.

El pobre primo tenía el cuerpo lleno de cardenales, y hasta tal punto se había identificado con su situación de toro doméstico, que ya corneaba á solas para entretenerse, y cuando quería comer, mugía.

Manolito llegó á los veinte años sin saber qué cosa era la aritmética, ni cuántas provincias hay en España; en cambio conocía todas las reglas del toreo, y las practicaba á su manera, valiéndose de amigos cariñosos que se prestaban espontáneamente á la lidia.

No contento con estos elementos de instrucción, solía pasar los límites de las conveniencias sociales, y á lo mejor iba á su casa de visita un amigo pacífico y se ponía delante de él con los palos en la mano.

—¿Qué hace usted, Manolito? exclamaba el recién llegado, lleno de zozobra.

—Dispense usted, don Homobono, contestaba Manolito. Quería ver si puedo darle á usted el quiebro en la cabeza... ¡Allá voy! ¡Tíreme usted un derrote alto!



Un día estropeó al carbonero por querer darle una estocada en la espuerta con el paraguas; otro día fué á cobrar el casero, y lo recibió con estoque y muleta; el propietario comenzó á pedir socorro, y entonces el papá de Manolito, cansado ya de toreo, perdió la paciencia y por poco lo mata á fuerza de topetazos.

— ¡Olé ya! gritaba el chico entusiasmado, mientras su padre seguía sacudiendo golpes con la cabeza.

Y valiéndose de una toalla, Manolito estuvo toreando al autor de sus días, hasta que éste, harto de sacudir, le cogió de una pata y le tiró rodando por las escaleras.

No por eso cesaron las aficiones de Manolito, antes bien fueron en aumento: porque decía:

—Me he convencido de que no hay toro que me coja.

Y en su afán de probar al mundo que él era un matador de verdad, se dejó crecer el pelo, renunció á la corbata y frecuentó la amistad de los toreros de invierno, que le decían:

—Misté, don Manolo; usté pué yegar á ser un banderiyero mu guapo, porque tiene usté afisión, y coraje, y andares de presona taurina.

Por aquel entonces iba á darse una corrida en Pozuelo, y habían sido contratados el *Bandullo*, el *Buey* y el *Pingao*, amigos todos de Manolito.

—¿Quiusté venir? le preguntó el primero.

Manolito sintió que la sangre torera le bullía en todo el cuerpo, y contestó sin vacilar:

—Sí.

Le prestaron un traje que había sido verde, con golpes de oro, y el joven taurino salió para Pozuelo, formando parte de la cuadrilla del *Bandullo*.

—

El primer toro era negro, y tenía peores intenciones que un prestamista. Salió del chiquero y se quedó mirando al alcalde, que estaba en el palco del Ayuntamiento. Parecía que quería decirle:

—¿Es usted la autoridad local? Pues va usted á ver lo que hago yo con este señorito.

Y se fué hacia Manolo, que, con la capa en la mano, se disponía á echar un lance de lucimiento.

El toro no vió la capa; no vió más que la taleguilla del aficionado, y, acercándose á ella, le dió con el hocico tan fuerte golpe, que el desgraciado Manolito fué á caer de bruces contra uno de los carros que cerraban la plaza.

—¡María Santísima! murmuró el infeliz mirando al toro con espanto.

Pero el animal, sin hacerle daño alguno, volvióse tranquilamente, y como aquel que cumple un deber penoso, dejó caer la cola

y la restregó varias veces en la cara de Manolito.

Después fué á entendérselas con los otros banderilleros.

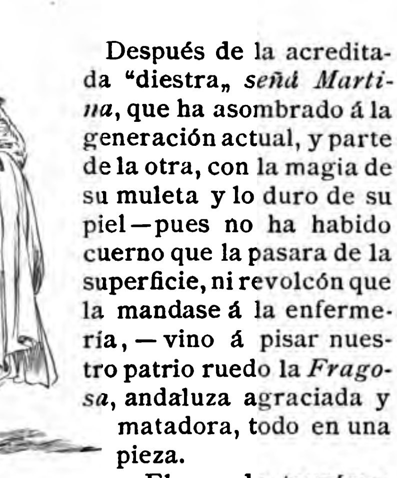
Manolito se levantó ligero como un gato, y sin quitarse el traje llegó á la estación, entró en un coche y se dejó caer rendido de fatiga sobre el asiento, murmurando:

- ¡Dios mío! ¡Qué cuernos!

Desde entonces no ha vuelto á torear el bueno de Manolito.



El toreo femenino.



Después de la acreditada "diestra„ *señá Martina*, que ha asombrado á la generación actual, y parte de la otra, con la magia de su muleta y lo duro de su piel—pues no ha habido cuerno que la pasara de la superficie, ni revolcón que la mandase á la enfermería, —vino á pisar nuestro patrio ruedo la *Fragosa*, andaluza agraciada y matadora, todo en una pieza.

El mundo tauromaco se emocionó dulcemente al contemplar aquel tesoro de gracia vacuna, y la plaza se llenó de aficionados que deseaban conocer la maravilla de la Naturaleza, encarnada en una joven que lo mismo servía para ti-

rarse á volapié que para repasar unos calcetines.

Habíase anunciado que mataría toros una mujer, que es como si nos dijeran que iba á dar á luz un obispo ó que solicitaba cría para casa de los padres un teniente de la Guardia civil.

Lo nuevo de la noticia excitó la curiosidad pública, y hubo quien creyó que la *Fragosa*, aunque mujer exteriormente, llevaba un hombre por la parte de adentro.

El caso fué que la *Fragosa* salió á la plaza á cumplir con su delicada y dulce misión, y pronto la fama de su nombre se extendió por todos los ámbitos de la Península é islas adyacentes.

Cada cual nace con un destino especial y determinado. Hay quien viene al mundo dispuesto á ser procurador de los tribunales, ó pescadero, ó músico mayor, y es inútil querer contrariar estos altos designios.

Muchas veces cree uno estar hablando con una persona cualquiera, sin talento y sin nada, y luego resulta que es un concejal en proyecto, fabricado por la Naturaleza con destino á la municipalidad y al alcantarillado.

Algo de esto ha debido sucederle á la *Fragosa*. Ella misma ignoraba cuál iba á ser su destino; pero no podía escuchar el

mugido de un becerro sin estremecerse, y un día que un vecino suyo tuvo un cólico y ponía el grito en el cielo, ella cogió el tapete de la camilla y corrió á casa del paciente.

—¿Qué vienes hacer aquí? le preguntó la esposa.

—Vengo á darle unos capotazos.

—¿A quién?

—A ese becerro.

—No es becerro; es mi esposo, que ha comido morcilla por equivocación.

Poco á poco fueron notando sus deudos y amigos que la *Fragosa* había nacido para el toreo.

Ella, á su vez, comprendió que el cielo la llamaba por el camino de los revolcones, y comenzó á ensayar en casa.

En vez de barrer, cogía á cualquiera, le pedía que cornease un poquito, y comenzaba á pasarle de pitón á pitón con una enagua, ó le ponía banderillas á topacarnero.

Así fué como llegó á dominar el arte taurino y á recoger palmas en los redondeles nacionales.

Muchas otras mujeres, ante el ejemplo de la famosa "diestra„, quisieron imitarla, y han dicho á sus esposos:

—Mira, Juan; desde hoy vas á ser tú quien mude al niño, porque yo tengo que darle

unas cuantas verónicas todas las mañanas al panadero, hasta que me acostumbre.

Por aquel entonces vimos á muchos maridos que iban á la compra y al río, fregaban los suelos y zurcían la ropa.

—¿Cómo es eso?les preguntábamos: —su esposa de usted, ¿qué hace?

—La he dejado en casa dando el salto de la garrocha por encima del portero, que sube todos los días á hacer de toro.

Hace algún tiempo que la *Fragosa* no ejerce de torera, y esto ha calmado la afición de otras muchas jóvenes que estaban decididas á lanzarse al ruedo en clase de banderilleras.

Si hubiera llegado á generalizarse la costumbre, tendríamos que presenciar hechos muy graciosos.

Anunciada la corrida, encerrados los toros, dispuestas las cosas de manera conveniente para el espectáculo, la Empresa de la plaza tendría, cumpliendo con exactitud su compromiso, que mandar poner un car-

telito sobre el programa de la función, concebido en estos términos:

AVISO

La corrida anunciada para hoy no puede verificarse por indisposición de la primera matadora, que ha dado á luz un niño con toda felicidad.

Felizmente para todos, las toreras se casan y dejan á los hombres la grata tarea de ir despachando toros y cobrando duros, mientras ellas se dedican á cuidar de los chiquitines y á espumar el puchero.

Líbrenos Dios de que vuelva á nacer entre las hembras la manía tauromáquica, porque, dado el espíritu de imitación que las domina, nos veríamos los hombres expuestos á tener que fregar la loza y hacernos la cama, mientras ellas andarían por los cafés armando broncas y bebiendo manzanilla.

Aparte de esta desventura, para toreo *femenino* basta y sobra con el que practican aquí varios jovenes del ramo de *maletas*, que cuando echan un capote parece que están barriendo, y en vez de dar verónicas sacuden un felpudo...

Cuanto más masculino sea un torero, mejor para todos.

—El arte está perdío, nos decía un picador anciano: ahora no hay picadores.



—¿Pues qué hay? preguntamos nosotros.

—Amazonas.

Lo mismo puede decirse de ciertos toreros, que no son matadores, sino criados de servir.

Cuanto á la *Fragosa*, celebramos de todo corazón que haya contraído matrimonio y que las atenciones del nuevo estado la obliguen á retirarse de las luchas del circo.

Sobra gente que toree (mal), sin que vengan además las hembras á producir zozobras en nuestros corazones sensibles.

El toreo se inventó para los hombres, como los sombreros de teja para los presbíteros.

LOS AMIGOS DEL TORO

El corazón de los protectores de los animales palpita aceleradamente. Todo miembro de la Sociedad protectora está en el caso de evitar que sean inmoladas en las plazas de París reses inocentes y sencillas.

Y para cumplir su sagrada misión en la tierra, se ha dirigido al Gobierno francés, haciéndole presente que la lucha entre el hombre y el bruto es desigual, y que lo primero que hay que hacer es ilustrar al toro, á fin de que salga al redondel y reviente al verbo.

Hay que dar al toro las condiciones necesarias de cultura para que sepa distinguir

y pueda meter el cuerno con facilidad en el abdomen de los toreros. Ha dicho el presidente de la benéfica Asociación: "Elevemos al toro á nuestra propia altura.„

Efectivamente: el toro es digno de consideración por más de un concepto, y nos explicamos perfectamente los mugidos de los señores que componen la Sociedad, al ver á un berrendo en la plaza siendo víctima de los capotazos y los recortes del *Gallo.*

A propósito de esto escribía M. Cammame, secretario de la Asociación y prestamista acreditado, que desloma á su señora frecuentemente á fuerza de palizas cariñosas:

"Las corridas de toros deshonran á España, y llegarán á ser el baldón de Europa, caso de que los Gobiernos las toleren.„

El toro es un animal dotado de todas las condiciones inherentes al ganado vacuno. Muge con sencillez y sin que le quede otra dentro; embiste por pura distracción, y es padre cariñoso y marido complaciente, ¿Quién tiene derecho á pasarle de muleta y á ponerle varas en el morrillo? Nadie más que su señora.

Todo corazón generoso experimenta amarga contrariedad al ver que sale un toro á la plaza y es recibido con capotazos

por los mismos que debieran saludarle con cortesía y preguntarle por su salud y la de los chiquitines.

Todos, más ó menos, somos animales, y no está bien que nos martiricemos unos á otros. En España no hay noción de la caridad ni de las consideraciones que nos debemos en el mundo. A lo mejor tenemos que habérnoslas con nuestro suegro, que es un animal de marca mayor, y no le pegamos ni nada; antes bien reconocemos en él dotes de superioridad y aceptamos la manutención con que nos brinda; en cambio, vemos un toro y echamos á correr sin saludarle. Esto es indigno.

Nuestra Sociedad tiene por objeto proteger al bruto, y no me cansaré de recomendar á mis consocios que realicen su misión en la tierra. ¿Cómo? Protegiendo al ganado contra la fiereza del hombre.

El que quiera hacerse digno del aprecio público, debe halagar al toro por todos los medios posibles, y llevárselo á su casa... ¡Ah! Yo he visto á uno de estos inocentes animales con una pica clavada en el morrillo, jadeante, triste, con la mirada vaga y la respiración fatigosa; buscaba un vientre donde introducir el cuerno, y nadie acudía á dejarse pinchar. Entonces sentí que la sangre afluía á mi cabeza, y grité furioso;

—¡Infames! ¿No estáis viendo que ese pobre animal necesita un pequeño desahogo? ¿Por qué no le dáis gusto? ¿Por qué le lleváis la contraria?

Nadie contestó, porque la fiereza del hombre ha llegado á un punto inconcebible. En fin, yo sé que el animal vive perseguido incesantemente en el mundo, y que hay mujeres que se miran las pulgas antes de acostarse, y cuando las encuentran... ¡horror! las matan con la uña.

Protejamos á los animales... y al hombre que lo parta un rayo.

Cuando muere un toro en el redondel, me acuerdo de su viuda, de sus padres, de sus inocentes pequeñuelos y de toda su familia, por ambas líneas de consanguinidad.

Por eso seré enemigo siempre de las corridas de toros, ¡y bien sabe Dios que es desinteresado mi afán! No tengo parentesco con ninguna vaca, ni he recibido subvención alguna de los becerros erales, con cuya amistad me honro.

Pero no dejo de conocer que los toros son nuestros hermanos, como lo son los caseros, aunque sea mala comparación.

Y si no bastara este ejemplo, citaré otro.

¿Por qué no hemos de creer en la metempsícosis? Yo creo en esta teoría con to-

das mis potencias, y más de una vez, al contemplar los sufrimientos de que es víctima el toro, no he podido menos de exclamar conmovido:

—¿Quién sabe si ese sujeto corniapretado sería algún pariente mío que se ha hecho toro en la segunda encarnación para librarse de los peligros de la sociedad y de los sinsabores de las casas de huéspedes?





GLORIAS MUNDANAS

I

FRASQUITO se levanta, tira del cordón de la campanilla, y aparece su picador favorito.

—Oye, tú, le dice: zácame der baúr la chaquetiya de terciopelo carmezín con loz alamarez de oro... Tengo que jazé hoy una vezita.

El picador ejecuta las órdenes del primer espada con cariñosa solicitud. Comienza por ayudarle á vestirse, y acaba por limpiarle las botas con una toalla.

—¡Bendita sea la grasia torera der mundo! dice el picador contemplando la gallarda apostura del maestro. ¡Olé ya por los cuerpos salerosos!

Sale á la calle Frasquito, y los muchachos le contemplan con asombro. Un transeunte cándido le deja la acera poseído del mayor respeto, y hay alguno que le ve venir y se quita el sombrero como si pasara el Viático.

El matador va contoneándose con su chaqueta de lujo y dirigiendo miradas de profundo desdén á la humanidad infeliz que no sabe matar toros, ni darse lustre, ni beber una caña con salero.

Un Ministro que se dirige en carruaje al palacio del Congreso, ve á Frasquito y le saluda cariñosamente, y un Grande de España que está en uno de los balcones del Veloz-Club le hace señas con la manita, como diciendo:

—Resalao, ¿quién te quiere á ti?

No se cambiaría Frasquito en aquel momento por todos los reyes del mundo.

La gente le admira entusiasmada; el país entero se postra de hinojos á sus pies, y las

mujeres parece que se le quieren comer con los ojos.

—¿Adónde se va? le pregunta un admirador saliendo á su encuentro.

—Voy á caza de la mujé máz hermoza der mundo, contesta Frasquito, apoyándose en el bastón y jugueteando con los dijes de la maciza cadena de oro que pende de su chaleco.

—¿Alguna Condesa?

—¡Quiá! dice Frasquito con desprecio. A caza de una barbiana que tiene muchos millonez y eztá chalá por ezte cuerpeciyo.

—¡Qué suerte tiene usted! replica el admirador abriendo los ojos hasta lo inverosímil.

—Ze jaze lo que ze puede, añade el feliz mortal.

Y sigue su camino.

No le sigamos, porque debemos respetar ciertos secretos del arte taurino en sus relaciones con el amor.

Y pasemos á otro capítulo.

II

El primer espada preside la mesa.

Varios amigos y admiradores han acordado obsequiarle con un banquete.

Él reconoce que aquella admiración es justa. ¿Quién puede disputarle la gloria de haber sido el primero que ha pasado los toros con la izquierda sin mover los píes, y presentándoles el vientre en los casos de apuro?



—Yo zoy un torero de verdá, dice Frasquito en el colmo del entusiasmo y de la borrachera.

—¡Mucho que sí! contestan todos.

—Porque yo mato tóo lo que me jechen á la plaza, y á mí no hay quien me quite loz moñoz.

—¡Olé! gritan unos cuantos.

Aquello es el delirio.

Un revistero algo borracho, no se puede

contener, y estampa en la mejilla de Frasquito un beso sonoro.

Otro aficionado, lleno de júbilo, le besa la chaquetilla por detrás, y alguno llega hasta pedirle un poquito de pelo para guardarlo como prenda de amor.

Frasquito bebe y habla más que todos juntos y cuenta sus hazañas amorosas y sus conquistas toreras respirando orgullo. Para que el cuadro fuese completo, sólo faltaba que le colocasen en la cabeza un aro lleno de estrellas como á la Virgen de la Paloma, ó que le dorasen á fuego la fisonomía.

—Hasta mañana, le dicen todos al dejarle en la fonda.

—Zi Dios quiere, contesta él.

—¡A ver cómo nos lucimos! exclama uno de los más entusiastas.

—Ezo no hay que decirlo ziquiera, replica Frasquito respirando fuerte.

II

Mil manos estrechan la del matador, diez minutos antes de comenzar la corrida.

Allí está el héroe, vestido de azul y oro, con la cabeza erguida, la mano derecha en la cintura, y en la izquierda un cigarro

puro, que parece la pata de un velador por lo grande

—Frasquito, buenas tardes, le dice uno.



—Frasquito, ahora vamos á ver la verdad, añade otro.

—Frasquito, hay que quitar de en medio á muchos maletas que no tienen pies, ni coraje, ni mano izquierda, replica otro.

—Ahora van ustedes á ver cómo se mata á los toros.

—Frasquito, ¡viva su mamá de usted! grita un gomoso rebosando alegría.

IV

Y llega la hora de matar.

Frasquito ha estado en el redondel durante el primer tercio de la lidia, dando órdenes con el capote al brazo y la mirada fija en los tendidos, como aquel que dice:

—¿Eh? ¿Soy guapo? ¿Hay quien ponga en duda mis dotes personales?

Coge espada y muleta, y brinda con el mismo énfasis que pudiera hacerlo Pidal y Mon cuando defiende á los presbíteros en el Congreso.

Los admiradores de Frasquito aplauden el brindis por aplaudirlo todo, y él se dirige al cornúpeto con paso firme.

Hasta aquel supremo instante, Frasquito es un héroe, un asombro, la octava maravilla.

—¡Vaya un pase de búten! dice uno del tendido.

—¡Así se torea! grita otro.

—¡Eso es pasar toros! agrega un tercero.

Pero el toro embiste y Frasquito pierde

la serenidad. Quiere meter el brazo, y clava en la pezuña; pretende dar un pase, y pierde los avíos.

Algunos espectadores silban

El toro sigue colándose y trompicando al matador; la *bronca* aumenta, él vacila, cae, se levanta, huye, baila el bolero y da, por último, una estocada en la paletilla.

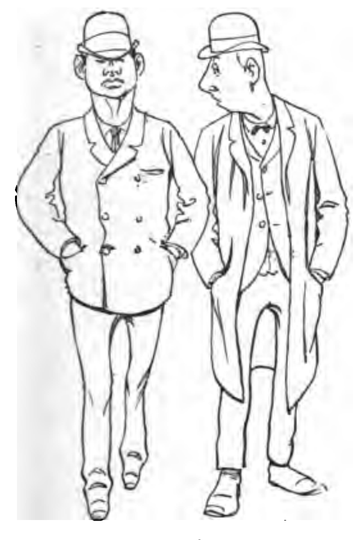
Bronca monumental; las naranjas cruzan el espacio, y una de ellas va á chocar contra la cabeza de Frasquito, poniéndosela hecha una sopa.

El cuadro cambia por completo, y radicalmente, y toda la gloria callejera, social, política y amorosa de Frasquito, desaparece en un momento.

Por virtud de un naranjazo bien dirigido.

¡Así son todas las glorias de este mundo!





UN JOVEN TAURINO

—

ANTES

Pero, Manolito, ¿vas á torear? ¿No tienes miedo?

—¿Miedo yo? ¿Te has creído que no he toreado nunca?

—¿Cuándo?

—Cuando era chiquitín. Mi papá me compró un carnero, y todos los días le pasaba de muleta en el comedor y le ponía banderillas con dos alfileteros de mi tía.

—Tú siempre has sido muy aficionado.

—¡Ya lo creo! añade un amigo de Manolito. Y tiene mucho valor y mucho arte.

- ¡Claro! ¡Como que no pierdo corrida desde que tenía dos años y medio! Y además, conozco al *Regaterín*, y me he estado instruyendo en el coleo y en los quites... En

fin, ¡en mi casa vive *Badila*, y siempre nos estamos encontrando en la escalera!...

—Pues entonces...

—Ya verás el lunes. Pepito Taleguín mata el primero; Aniceto, el de la tienda de sedas, el segundo.

—¿Y tú el tercero?

—Eso es. ¡Tengo unas ganas de verme en la plaza!... Presiden las chicas de Percebe; ¿no las conoces? A la menor le he escrito una carta anteayer declarándome, y se la mandé por un sacerdote, amigo de la casa, que me quiere como á un hijo. También torea.

—¿El sacerdote?

—Sí; porque es muy aficionado, y piensa disfrazarse para que no le conozcan. Se va á teñir las cejas con corcho quemado, y mamá le está haciendo una peluca.

—¿De manera que os vais á divertir mucho?

—Ya se ve que sí... Ea, abur; voy á ver si está en su casa el *Bandullo*, para que me preste la faja. Si necesitas billetes, me avisas el día antes. Y no dejes de llevar cigarros para tirar al redondel. ¡Parece mentira que no tengas afición á los toros! Tú siempre has sido muy formalote... ¡Abur!

Y Manolito sale del café, seguido de su

admirador entusiasta, Juan Simplón, que le va diciendo por el camino:

—¡Caramba! ¡Si tuviera el valor que tú, salía á poner banderillas!

— ¡Atrévete, hombre!

—Te diré; yo por mí, saldría; pero como tengo todas las tardes dolores de vientre desde que me caí contra la mesa de noche, temo llegar al redondel y que me tengan que retirar los monos.

Manolito llega á su casa.

—¿Han traído el sombrero pavero? pregunta á la doméstica.

—No, señor; no han traído más que la dentadura de la señora, que se le cayó ayer en el puchero del agua caliente, y la ha mandado á casa del dentista para que se la repasara.

—Bueno. ¿Dónde está mamá?

—En el comedor, planchando á usted la chaquetilla.

El joven torero, siempre acompañado de Juanito Simplón, imprime en la frente de su mamá un beso cariñoso.

—A ver qué te parece esto, dice la mamá presentándole la prenda torera.

Manolito se quita la cazadora y trata de introducir los brazos por las mangas de la chaquetilla.

—¡Las vas á romper! grita la mamá.

—¡Qué bonita! exclama Juanito.

—Es que yo tengo mucha idea. Como éste no encontraba quien le prestase chaquetilla, fuí y ¿qué hice? le quité el vuelo á un gabancito mío, y mire usted qué bien ha quedado.

—Efectivamente.

—Cualquiera dice que la ha hecho un sastre.

Manolito se pasea por el comedor luciendo la chaquetilla. Después coge el tapete de la mesa y se lo cuelga de los hombros para hacerse la ilusión de que es el capote de paseo.

Juan Simplón le contempla asombrado, y la mamá del héroe no puede reprimir un gesto de orgullo.



—¿Está bien? pregunta Manolito, girando sobre sus talones y moviendo el brazo derecho con afectada gracia taurina.

—¡Precioso! contesta la mamá.

Después de molestar á todo el mundo, el chico aficionado consigue que le presten un capote, una espada, una muleta y unas zapatillas usadas, perteneciente todo ello á un matador que estuvo en Lima, y por poco lo destrozan los peruanos á fuerza de tirarle piedras.

Todas cuantas personas cultivan la amistad de la madre de Manolito acuden á su casa para conseguir billetes Las señoras hacen elogios del joven, y ensalzan su valor y su gracia; los caballeros admiran, antes de conocerlas, las dotes del chico, y él, rebosando júbilo, se pasea por la sala, diciendo de cuando en cuando á sus panegiristas:

—Ya verán ustedes cómo paso con la izquierda. Como el toro se ponga bien... *¡paf!* ¡No va á ser estocada la que voy á dar!

—¡Ay qué chico! dicen las señoras. ¡Qué chico tan *salao* y tan atrevido!

—Lo mismo era su padre, que en gloria esté, contesta la mamá. En Gerona, cuando era administrador de Rentas, mató un becerro; sólo que no pudo consumar la suerte, porque se le hinchó el dedo gordo del pie al dar un paso.

—¿Y quién mató al toro al fin?

—Tuvo que matarle un piquete de la Guardia civil, desde la barrera.

¿Quién tose á Manolito con su traje corto y su pelo rizado? Allá va á la plaza, muellemente tendido en una carretela de alquiler. Todos sus amigos le miran con envidia. ¡Olé, los toreros!

EN LA PLAZA

¡Ta-ta-ra-rí! hacen los clarines.

Y sale el primer becerro.

Manolito, que está radiante de belleza y de entusiasmo, se dirige al casi cornúpeto, y quiere abrirse de capa.

De pronto, el becerro se arranca, Manolito deja caer el capote, pierde las zapatillas, huye asustado, y se tira de cabeza al callejón, diciendo:

—¡Creo en Dios Padre, Todopoderoso!...

Y no se le vuelve á ver el pelo en todo el verano.





PLAN CURATIVO

La plaza está llena de *Isidros*.

A mi lado se sientan una señora y un caballero que han venido á Madrid en los trenes baratos con el propósito de divertirse y de que le operen á él un lobanillo.

Él se ha comprado un hongo en la Plaza Mayor, que le tapa el cogote, y más que hongo parece una ensaladera. La esposa, por su parte, ha adquirido un *fichú* de pasamanería á manera de enrejado, que le sienta lo mismo que á un guardia civil una chaquetilla torera.

—¿Ustedes no son de aquí? pregunto al esposo.

—No, señor; somos de Castrobadila, me contesta, acariciándose el lobanillo.

—¡No te lo toques! grita la mujer, separándole la mano del lugar en que se asienta la protuberancia carnosa.

—¿Ha nacido usted ya con eso? vuelvo á preguntarle.

—No, señor; me ha salido el año pasado por este tiempo, á causa de un disgusto que tuve con el síndico.

—Este es muy chispillas, ¿sabe usted? me dice la esposa, y no puede resistir que nadie le lleve la contraria; de modo y forma que tuvo unas palabras con el síndico sobre una burra, lo cual que al día siguiente se cubrió todo él de granos, hasta que al fin resultó este bulto, que es nuestro castigo.

—¿Y qué le ponen ustedes?

—Hemos estado poniéndole cataplasmas de zanahoria y manteca de cacao, hasta que vimos que lo mejor era dejarle, porque cuantas más cosas le hacíamos, más se le hinchaba. Por último, nos dijeron que debíamos ponerle un emplasto hecho con pelos de sombrero de teja y cerato simple, y ¡nada! Los médicos le recomiendan á éste la distracción y los huevos duros, por lo cual nos hemos venido á Madrid y no per-

demos fiesta. En cuanto oímos que había toros, compramos dos billetes, y aquí nos tiene usted.

—Muy bien hecho.

—Porque yo soy ciego por los toros, dijo el marido. Los he visto dos veces en Valladolid, y desde entonces me aficioné como no puede usted figurarse. A ésta no le gustan las tripas.

—No, ni á mí tampoco; me gustan mucho más las aves y las legumbres.

—Hablo de las tripas de los caballos.

—¡Ah!

—Y diga usted, ¿quién torea?

—Pues la nata y flor de la torería.

—¡Cuánto nos vamos á divertir!

Y al decir esto, el forastero se tocaba el lobanillo sin darse cuenta de lo que hacía, hasta que la esposa, irritada, volvió á separarle la mano, diciendo con voz de furia:

—Celedonio, no te lo toques. ¡Mira que me tienes muy harta!...

En aquel momento pisaba la arena el primer cornúpeto, y don Celedonio se dispuso á no perder detalle y á gozar todo lo posible.

Pero un piquero abrió una raja del tamaño de un melón en la paletilla del toro; otro piquero clavó la vara en la pezuña; quiso un chulo lucirse con un recorte, é hizo hocicar al toro; fué á enmendar la falta

otro de los peones, y destartaló al bicho, obligándole á sentarse en medio del redondel.

—¿Es ésta la primera plaza de España? decía don Celedonio, pellizcándose el lobanillo por un movimiento inevitable de asombro y contrariedad.

La corrida continuó como había empezado; los banderilleros, después de muchas salidas en falso, colocaban los palitroques en las orejas del pobre animal, que vendría á tener la misma pujanza de una mona en estado interesante.

Los espadas daban los pases como quien sacude un ruedo, y pinchaban una vez y otra, y otra, hasta perder la cuenta.

El público, en cambio, aplaudía á rabiar y lanzaba *olés* entusiastas como si hubiese resucitado el *Chiclanero* ó se encontrase en presencia de *Paquiro* Montes; y don Celedonio, que había visto toros en su juventud, se agitaba en su asiento y decía á su esposa por lo bajo:

—Bonifacia, vámonos á la fonda. Esto no es toreo, ni país, ni nada absolutamente.

—Oiga usted, dijo con malos modos un espectador entusiasta: ¿qué tiene usted que decir del *Espartero?*

—Yo puedo decir lo que me dé la gana, contestó don Celedonio.

—Justo, añadió la esposa. Nosotros deci-

mos lo que nos parece, porque para eso hemos pagado. ¿Sabe usted?

—¡A callar, tía bruja! gritó el espectador de antes.

—¿Bruja yo? dijo doña Bonifacia agarrándosele á las patillas.

Lo que pasó después, no es para dicho. El espectador se abalanzó al moño de doña Bonifacia, ésta dejó las patillas y se agarró á la nariz de su contrario, clavándole las uñas.

Acudieron varias personas del público con objeto de poner paz, y sólo lograron varios pescozones de más ó menos consideración que repartía don Celedonio heroicamente.

Chillaban unos, huían otros; acobardábanse los más, enfurecíanse los menos, y todos se preguntaban mentalmente quién era aquel hombre extraordinario que de pie, en medio del tendido, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡El que le falta á mi señora, me falta á mí! ¡Tengo ganas de reventar á uno!

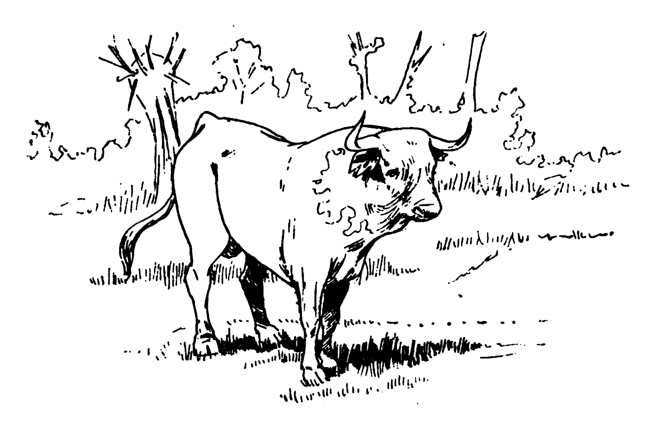
Pero pronto se le vió sonreir y llevarse las manos al lobanillo.

—¿Qué tienes, Celedonio? le preguntó la esposa.

—Que acaban de pegarme un puñetazo tremendo, dijo él con voz regocijada.

—¿Y te ríes? replicó ella.
—Sí; me río de júbilo.
—¿Por qué?
—Porque me han reventado el lobanillo.





CAMINANTE

(AUTOBIOGRAFÍA)

Yo nací tan toro como cualquiera; pero estaba escrito qne había de perder mis encantos naturales, y hoy vivo en clase de cabestro, bajo la dirección del *Pelao*, distinguido vaquero de esta plaza.

Mi juventud se deslizó alegre y tranquila; en la vacada me tenían por uno de los becerros más simpáticos, y no había becerra que no me mirase con buenos ojos.

—¿Quién es ése? oía decir á mi espalda.

—Es un chico llamado *Caminante*, choto de buena familia, aunque un tanto calavera, contestaban mis compañeros tratando de rebajarme.

Pero yo no me daba por entendido.

He tenido siempre la opinión de que las

reses debemos despreciar la crítica, y me alegro de que me sigan en este camino algunos autores dramáticos de los que hoy cobran en los teatros por horas.

Mi único pensamiento era el de encender una pasión en el pecho de una vaca joven, berrenda en colorado, que respondía por *Molinera* y pacía á mi lado todas las tardes.

Con mis tiernos mugidos la había declarado mi pasión; pero tenía una madre odiosa, capaz de dar una cornada á un poste telegráfico, que vigilaba á la chica y no nos dejaba á sol ni á sombra.

Yo sólo sé los apuros en que me he visto y las lágrimas que he devorado mientras fingía pacer tranquilamente en la dehesa.

Porque *Molinera* había correspondido á mi pasión; sin embargo, no queriendo contrariar los mandatos maternos, en vez de lamerme con ternura, me daba coces cuando trataba de dirigirla un piropo, y un día me tiró un derrote en esta paletilla, que aún me está doliendo.

Así pasamos muchos meses. Yo amando á *Molinera* y ella, huyendo de mí como si, en vez de un toro fuese un académico de la lengua con la escarlatina.

La mamá, que era muy vaca y muy bruta, vino un día á verme y me dijo:

—Yo no he criado mi chica para que se la

lleve ningún animal, ¿te has enterado? Mi chica no tendrá relaciones con nadie mientras yo resuelle.

¡Qué mal se expresaba aquella res materna y ordinariota!

Tuve que hacer un esfuerzo para no darla un puntazo, y me puse á mover la cola con aire indiferente, como si en vez de insulto me hubieran estado haciendo cosquillas en el vientre con un plumero.

Pero desde aquel punto y hora no levanté cabeza.

Molinera constituía para mí la esperanza más sublime de mi vida.

¡Qué hermosura de remos, qué corrección en las facciones, qué lustre en la piel, qué cola tan fina y tan poblada al mismo tiempo!

Por aquel entonces, el dueño de la ganadería dispuso una *tienta* con todo el aparato que requiere el asunto.

Varios de sus amigos irían desde Madrid á *probar* los becerros y á resolver quiénes de nosotros merecían los honores de toros de lidia, y quiénes serían inmolados...

—¿Qué hacer? decía yo, hablando conmigo mismo. Yo amo á *Molinera*; mi dicha mayor consiste en hacerla mi esposa; pero ¿quién lucha con aquella madre, que parece un cabo de orden público adulterado por el aguardiente?

Tres horas pasé reflexionando sobre la resolución que debía adoptar.

—¿Debo presentarme poderoso y bravo á los ojos del ganadero? me decía. ¿Debo, por el contrario, aparecer flojo y blanducho como una merluza?

Llegó el día de la tienta.

Las miradas de todos se fijaban en mí.



—¡Qué estampa! decían los amigos del ganadero.

—¡Qué encornadura!

—¡Qué pelo tan fino!

—¡Vaya un toro!

Y vino hacia mí un jinete con una pica en la mano.

—¿Embisto? pensé yo: ¿vuelvo la cara y paso á los ojos de estos señores por un becerro sin vergüenza?

La imagen de *Molinera* apareció á mis ojos más hermosa que nunca. Pensé en la bribona de la madre, que nos vigilaba sin cesar, quitándome la dicha que yo anhelaba, y después de un momento de vacilación olí la vara que me tendían, bajé la cabeza, di un mugido espantoso, y me retiré tranquilamente sin embestir.

—Ya que no puedo ser suyo, ¿de qué me sirven mis atributos esenciales y mi cualidad de toro? dije mentalmente.

Y he aquí por qué vivo hoy privado de lo que la naturaleza otorga á todos los seres más ó menos racionales.

He aquí por qué me he metido á cabestro. Soy manso por desesperación, y creo firmemente que á muchos hombres les pasará lo mismo, aunque no se atrevan á confesarlo.



AGUA Y CUERNOS



LA raza de los aficionados vehementes no ha desaparecido.

Quedan algunos que se pasan la vida lamentando nuestra decadencia y pidiendo al cielo que nos ayude á regenerar el arte.

El cielo influye de un modo eficaz en todo cuanto se refiere al espectáculo taurino, porque se conoce que el Hacedor Supremo

dirige frecuentemente la vista hacia nosotros y pregunta de cuando en cuando á San Pedro:

—Oye, tú, Perico: ¿cómo está eso de los toros?

—Mal, Señor Omnipotente, contesta el Pescador Hay cada torero que parece un besugo. El arte va de capa caída. Ahora se proyecta una corrida extraordinaria, y resultará un buñuelo.

—¿Sí? Pues mándales un buen chaparrón para que no pueda verificarse.

Los aficionados vehementes esperan con ansia el espectáculo; pero no cuentan con las nubes, y todas sus ilusiones caen por tierra.

Hay quien trata de pedir á la Diputacion provincial que le ponga techo á la plaza de toros, ó que se celebren las corridas en sitio cubierto, como el Paraninfo de la Universidad, ó el Museo de Pinturas, tirando los tabiques.

Es sensible que nuestras corporaciones populares descuiden estos asuntos y no empleen su autoridad en prevenir conflictos tauromáquicos, para que no haya que suspender las corridas los días de lluvia, y para que no sufran los corazones sensibles y amantes del cuerno.

Hay aficionado que pasa la semana desazonado é inapetente.

—¿Qué tienes, Fructuoso? le preguntan los amigos.

—¡Hombre! Estoy pensando en la corrida del domingo, contesta él. Ayer me dijeron que el *Guerra* se ha cogido los dedos al cerrar el cajón de una cómoda, y no va á poder recibir.

—Esas son calumnias que le levantan los amigos del *Espartero*.

El aficionado se tranquiliza con esta respuesta tan verosímil, y espera el día feliz, con la mente henchida de dulces ilusiones.

—Hay unos toritos para el domingo, que van á dar la hora, le dicen en secreto.

—¿Y por quién lo sabe usted?

—Por mi comadre, que tiene un hijo criándose en la Muñoza.

—¿No ha oído usted hablar del dedo de *Guerrita?*

—No sabía que tuviese dedos.

—Pues sus enemigos han querido desacreditarle, levantando esa calumnia; pero yo sé que va á recibir,

—¿A quién?

—¡Ya se ve que no es usted aficionado!

—¿Que no soy aficionado? Mire usted; una vez, estando en Palencia con una pulmonía doble, hice que me llevaran á la plaza envuelto en unos trapos, y al día siguiente

tuvo que darme la Extremaunción un sacerdote amigo.

¡Cómo sufre el pueblo cuando ha comprado su billete á costa de todo género de sacrificios, y ve que el domingo aparece encapotado y húmedo!

Para estos casos debería la Diputación provincial tener preparado un edificio, y evitaría de este modo escenas terribles en los hogares. Porque el hombre que llega á su casa enfadado por la suspensión de la corrida, es natural que se desahogue pegando á su mujer y tirando pellizcos á los chiquitines.

—¡Que saquen la comida! dice con acento airado.

—¡Jesús, hombre, cómo vienes! se atreve á decir ella.

Él no despega los labios, dejándose caer sobre una silla, como el infeliz paciente á quien van á sacar una muela.

—Papá, le dice uno de los chiquitines; Paquito ha roto el frasco de la bandolina.

La desesperación del padre se manifiesta entonces en todo su desarrollo, y coge á Paquito por el cogote y lo tira contra el aparador. Va á interponerse la madre amorosa, y el irascible aficionado le da en la cabeza con el cucharón, y quiere estrangularla además.

—Pero, Secundino, ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco? grita la esposa.

—¡A ver! ¡La sopa, la sopa! ¡No tengo ganas de conversación! replica el marido echando fuego por los ojos.

Al chico le ha atado la criada un pañuelo á la cabeza, después de colocarle una pieza del perro sobre el chichón producido por el golpe.

—¡Esta sopa está fría! ruge el tauromaco contrariado.

—¿Fría? No sabes lo que te dices; porque tú, en cuanto tienes la menor contrariedad, pierdes la cabeza. ¡Ay, qué malditos toros!

—Mira, Emeteria, no me busques las cosquillas, que tengo muy mal humor y te voy á dar un golpe.

—¿Un golpe? ¡Anda, anda, si te atreves! ¡Qué te has de atrever! Acuérdate del domingo pasado, que por poco te estrangulo.

Por toda respuesta, el taurómaco se levanta, coge el sombrero, da un empujón á la criada, que deja caer la fuente de los garbanzos, y sale á la calle maldiciendo su suerte, la atmósfera, el matrimonio, la conducta del Gobierno, que nó manda cubrir las plazas de toros y en cambio subvenciona á Peral y da una cruz á Canalejas.

Ya en el café, se acerca á un grupo de desesperados.

—¿Qué hay, Martínez? le preguntan.

—¿Qué quiere usted que haya? Es una vergüenza haber nacido en España. ¿Qué quiere usted esperar de un país en que llueve los domingos?



EL PUNDONOR



Él, como ser, no era nada absolutamente; porque aunque estaba dedicado á la carpintería, nunca había podido aserrar una tabla sin torcerse, ni consiguió jamás clavar un clavo derecho. Tanto, que un día le echaron del taller, y entonces fué, cogió, y se hizo torero.

Sus amigos le decían:

—Pero... ¿sabes torear?

Y él contestaba orgullosamente:

—Lo que se *nesecita* para el toreo es co-

razón, y ése, á Dios gracias, me sobra á mí mayormente.

El caso fué que entró á formar parte de la cuadrilla del *Besugo*, que era un matador cojo, con la cara lo mismo que un barreño, y unas hechuras y unos andares que eran la irrisión de la gente del barrio.

Pero Isidoro—porque nuestro héroe se llamaba Isidoro—no paró la atención en las irregularidades físicas de su maestro, y con él se fué á la feria de Castromelones, en clase de banderillero, y allí lució su garbo, recorriendo las calles embutido en una chaquetilla de terciopelo desmejorado, y envolviendo sus piernas en unos pantalones que parecían dos fundas de paraguas.

La gente del pueblo decía, al ver su contoneo y sus demás circunstancias:

—¡Ese sí que es un torero! No hay más que verle el lunar peludo que tiene junto á la boca. ¿Será natural?

—Puede que se lo *haiga* puesto para venir á Castromelones, añadía algún desconfiado.

Ello fué que Isidoro dió golpe en el pueblo, y todos esperaban que llegase la hora de la corrida para verlo en la plaza y aplaudir su destreza.

La hija del alcalde, que era una joven morena, carnosa, bigotuda y picada de vi-

ruelas, pero amable é inocente como una merluza, vió á Isidoro y sintió brotar en su pecho la llama del amor.

—Padre, dijo al autor de sus días; ese joven de *Madriz* es muy guapo, y debe de tener un cutis muy fino.

—¡Allá él! contestó el alcalde, que era más bruto que un cofre.

—¿Por qué no le convida usted á comer con nosotros?



—Porque no me da la gana.

La joven, al ver defraudadas sus ilusiones, escribió á Isidoro la carta siguiente:

"Malegraré que al recivo de estas mal

formadas letras salle usted desfrutando la caval salú que yo para mí Deseo, lo cual que si pone usted vien las vanderiyas pienso regalarle un jamón curado en casa como prueva de berdadero cariño de esta su servidora, *Aquilina*.„

Isidoro leyó la carta con mucho trabajo, porque la lectura no había sido nunca en él mérito relevante, y se fué á la posada con ánimo de lavarse los pies antes de la corrida, para poder correr con más confianza.

—¡Un jamón! decía á solas. Ni *Frascuelo* ni *Lagartijo* han conseguido otro tanto... Y la chica es guapa... ¡Vaya si es guapa! Tiene un bigote que da gusto.

Engolfado en sus cavilaciones, no había reparado que se estaba secando los pies con un sombrero hongo, perteneciente al dueño de la posada.

Éste, al ver al desgraciado, quiso echar á Isidoro á la calle; pero se contuvo considerando que era un torero y que el arte tiene sus preeminencias.

Llegó la hora de la corrida.

Isidoro vestía un elegante traje color de municipal joven, con alamares de plata fúnebre.

Estaba precioso, según la opinión de la hija del alcalde, que no hizo más que ver-

le en el redondel y le tiró á la cabeza una rosca.

Él recibió el agasajo con una sonrisa, en la que iban envueltas la gratitud y al mismo tiempo la esperanza del jamón prometido.

Dió principio la lidia de *Botinero*, toro infeliz que corneaba con la desilusión propia de quien no tiene resentimiento alguno con los toreros, ni les ha visto en su vida.

Los picadores pusieron sus varas donde tuvieron por conveniente, y el matador *Besugo* metió el capote con la gallardía que todos le reconocemos.

El corazón de la chica del alcalde latía con violencia, porque Isidoro había cogido las banderillas y se disponía á clavarlas, mojando antes los hierros con su preciosa saliva.

Sonó el toque fatal.

Isidoro se adelantó, moviendo las caderas con todo el salero de que era capaz.

—¡Olé ya! le dijo el *Besugo*.

—¡Dios mío! ¡Sálvale! exclamó Aquilina, clavando sus ojos en la rabadilla del banderillero.

Éste citó á la res, tiró la montera, dió dos pataditas, levantó los brazos, dejó escapar un berrido elegante y cadencioso, y esperó al animal.

Pero con tan mala fortuna, que, en vez de clavar los palos en el morrillo del toro, ¡oh desgracia! los clavó en el cuarto trasero del *Besugo.*



Éste lanzó un quejido y fué á rascarse contra las tablas, olvidándose de su dignidad de matador.

Entonces Isidoro cogió otro par de banderillas con mano trémula, se adelantó hacia

el palco en que estaba Aquilina, la dirigió una mirada de infinita ternura, y después de suspirar hondamente, se clavó los dos palos en el pecho.

Había perdido la esperanza de obtener el jamón ofrecido por la hija del alcalde; y como era pundonoroso de suyo, antes de afrontar el ridículo, prefirió suicidarse con un par "de frente,„

¡Para que se vea lo que es el pundonor exagerado de algunas personas!





UN CHAPUZÓN

Argimiro se levantó temprano y salió por ahí á ver si encontraba á los banderilleros de *Frascuelo* para admirarlos.

Quería verles antes de la corrida, para que nadie tuviera que decirle cómo eran de cerca. Estuvo en la calle de Sevilla, en el Suizo y en la Carrera, y sólo pudo ver á *Agujetas* hablando con un mono sabio. Ar-

gimiro le saludó sin conocerle, y aun tuvo el valor de preguntarle:

—¿Qué tal? ¿Está usted bueno?

—No hay novedad.

—¿Y en casa?

—Regularmente, gracias.

Argimiro se consideró feliz porque había oído por primera vez el acento cadencioso de un picador. Después se fué á su casa y almorzó de prisa y corriendo. Púsose el traje *de brega,* que dice él, consistente en una americana corta, de cuadritos, y un pantalón rayado, una corbata azul con alfiler en forma de estoque taurino, y un sombrero ancho, de ala recta.

Cogió el bastón, encendió un cigarro de diez céntimos, escogido, y se fué á tomar café y copa de cognac á la cervecería Suiza, esperando que llegase el momento de dirigirse á la Plaza.

¡Qué de ideas dulces acudían á la mente de Argimiro, mientras chupaba el rico chicote!

—Los toros, los toros son mi delicia, pensaba. ¿Puede haber diversión más divertida, ni más española, ni más barbiana? Y sobre todo, hoy que mata *Frascuelo* por última vez. Si me quitaran el gusto de ver la corrida, creo que me costaba una enfermedad. A mí me gusta verlo todo; desde el ganado hasta los carpinteros de la Plaza.

¿Por qué tendré está afición tan grande? Por mi gusto me iría á vivir con un toro, y no tendría inconveniente en ser hijo del *Buñolero* para poder tocarle la coleta y



ayudar á ponerle las zapatillas... ¡Las tres! ¡Y Casiano sin venir! Si se retarda, me voy solo, porque yo no quiero perder ni un solo detalle...

En esto se presentó Casiano, que era también un joven muy amante del toreo, y al verle Argimiro comenzó á regañarle por su tardanza.

—¿No sabes que á mí me gusta ir temprano para estar un ratito en el corral, tomar las señas de los toros y ver de cerca las cuadrillas? ¡Vaya unas horas que tienes de venir!



—Pues... ¡ea! en marcha, dijo el otro.

Y ambos, cogidos del brazo, se dirigie-

ron á la Plaza, calle de Alcalá arriba, no sin detenerse en una taberna para comer dos huevos duros y echar un par de copas, todo lo cual es muy propio de los buenos aficionados.

—A mí me gusta en día de toros tomar una chispa, y si á mano viene armar una bronca y pegarle dos palos á cualquiera, decía Argimiro, porque la sangre se me enciende y no puedo contener la alegría... ¡Olé ya!

—Bueno, objetó Casiano; pero... ¡figúrate que te arrean dos trompadas!

—Las recibo: ¿y qué?

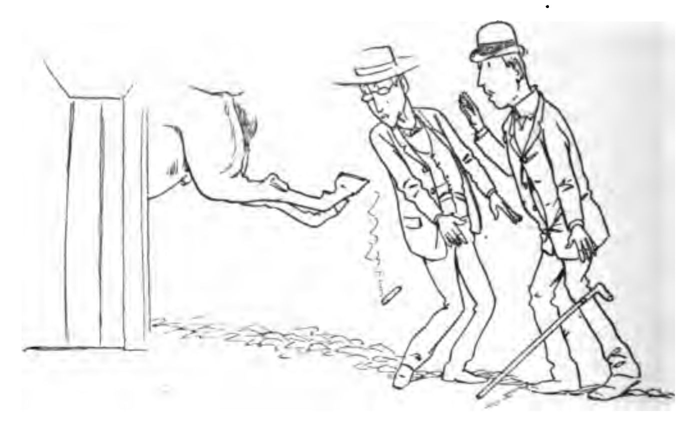
Hablando y riendo llegaron á la Plaza, y lo primero que hizo Argimiro fué saludar atentamente á un acomodador que le miró con extrañeza, porque no le habia visto en su vida.

—Sí, hombre, sí, dijo Argimiro. Acuérdese usted de uno que le encargó á usted este invierno unas botas de punta ancha. ¿No es usted zapatero? ¿No tiene usted la tienda en la calle del Salitre, conforme se baja á mano derecha? ¡Pues ya ve usted si le conozco! Yo soy muy buen fisonomista.

Después de esta satisfacción interna, pues siempre gusta conocer á las personas que tienen carácter tauromaco, Argimiro estuvo en el redondel, después en el arrastradero, y más tarde en las caballerizas, donde quiso rascarle en el cuarto trasero

á una jaca torda, y ésta le largó dos patadas que á poco más le revienta.

En el patio de caballos había mucha gente esperando que llegasen las cuadrillas, y Argimiro se puso á copiar los nombres de



los toros, con el mismo entusiasmo que si copiara la cláusula de un testamento, instituyéndole heredero universal de un príncipe ruso.

¡Qué feliz era en aquel instante el bueno de Argimiro! Como buen aficionado, no quería perder detalle, y por el cuerpo le retozaba la dicha. Tan pronto se arrimaba á los picadores para inspeccionar atentamente las chaquetillas, como se ponía á ha-

blar con los monos para preguntarles si sabían algo del ganado.

—¿Qué es esto? preguntó Casiano, fijándose en una cuba llena de agua que había en el corral, cerca de la puerta.



—Es la tinaja donde mojan las estopas los veterinarios, contestó Argimiro.

—¿Para qué?

—¡Parece mentira que seas de Madrid y digas que te gustan los toros! Las estopas sirven para contener las hemorragias y refrescar las heridas de los caballos.

Y al decir esto, Argimiro se colocó de espaldas á la cuba.

Habían entrado en el corral dos chicas muy guapas, y él adoptaba una postura elegante, á fin de llamar su atención y atraer sus miradas

Argimiro era dichoso en aquella postura, porque había oido decir á una de aquellas chicas:

—¡Mira qué joven tan guapo!

Y contestaba la otra:

—Tiene cara de ser muy calavera.

Aparte de esto, la corrida estaba á punto de empezar, y el corazón le latía aceleradamente.

Pero en aquel momento el caballo de *Badila* comenzó á dar botes de carnero, y la gente se arremolinó en la puerta del corral.

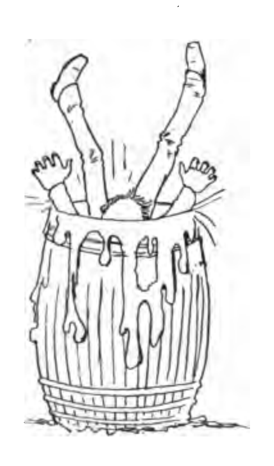
Argimiro quiso huir, pero no pudo; un peloton de aficionados le empujó violentamente, y, perdiendo el equilibrio, fué á caer de espaldas dentro de la cuba.

De allí le condujeron á su domicilio, en-

vuelto en el capote de un guardia del Ayuntamiento.

¡Y se quedó sin ver cómo se cortaba *Frascuelo* la coleta!

Lo cual constituye una verdadera desgracia nacional.





MANOLITO

En veinte leguas á la redonda no había un joven más bruto que Manolito.

Cuando estaba solo se chupaba el dedo pulgar de la mano derecha, y esto constituía uno de sus más dulces entretenimientos.

Siempre que tenía ocasión se revolcaba en la hierba, como si fuera una caballería menor, y algunas veces, por distraerse, comenzaba á tirar coces y á lanzar relinchos sonoros, tanto, que ya le conocían los vecinos, y cuando oían rebuznar con estrépito, decían á una voz:

—¡Caramba! ¡Cómo se divierte Manolito!

El caso fué que los papás del muchacho quisieron arrancar de su corazón todo sentimiento hípico, y lo presentaron en el mundo, á ver si con el roce de las personas encopetadas se le quitaba la costumbre de cocear y de comer hojas de parra.

—Este es nuestro hijo, le dijeron á la condesa de Aguatibia, que era una dama ilustre de esas que dan *soirées* con pastas, y organizan rifas y funciones dramáticas en favor de los desgraciados del distrito.

—¿Qué es lo que le nace en las orejas? preguntó la Condesa fijándose en el muchacho.

—Es pelusilla, contestó la madre.

—Más bien parece lana de vellón, replicó la Condesa.

—Mire usted, dijo el padre confidencialmente. Nuestro hijo tiene instintos de caballería, y lo atribuímos á que se educó con una burra de mi suegro y con un tío maestro de obras. Por eso le hemos traído á los salones; queremos ver si se suelta y adquiere los modales distinguidos de la gente fina.

La Condesa prometió contribuir á la metamorfosis del muchacho, y lo primero que hizo fué recomendársele á unos jóvenes gomosos que iban á dar una corrida de novillos, á fin de que lo admitiesen como mono sabio.

Vistióse, pues, Manolito con arreglo á los últimos adelantos de la chulería. Pusiéronle unos pantalones rayados que le llegaban más arriba del estómago, y una chaquetilla



que no le pasaba de los sobacos; cubriéronle la cabeza con un sombrero cordobés, que parecía un paraguas chino, y le metieron las pezuñas en unas botas con las cañas amarillas.

—¡Ea! dijo el director de la fiesta. Ya estás hecho un hombre. Ahora, tú dirás.

—Pues yo, contestó Manolito, quiero salir á la plaza en clase de cabestro.

—Reprime tus instintos, objetó el padre. Es necesario que figures entre las personas decentes. Tiempo tendrás, cuando seas mayor de edad, de engancharte á una carreta, si ese es tu gusto; pero mientras estés bajo mi tutela, tienes que ser hombre, ó te deslomo.

—Bueno, pues entonces haré de mula, replicó Manolito.

Y se puso á arrancar pajas de una silla de Vitoria, y á comérselas distraídamente.

—¡Hombre! agregó uno de la cuadrilla. No tenemos quien abra el toril. ¿Quieres abrirle tú, Manolito?

—Perfectamente, dijo el padre. De ese modo no se expone á una cornada.

Manolito aceptó el difícil cargo de descorrer el cerrojo del chiquero, y para ejercitarse en la suerte estuvo dos días antes abriendo la puerta de su casa siempre que oía llamar.

Al papá se le caía la baba de gusto al ver las felices disposiciones del chico, y decía á su mujer de cuando en cuando:

—Ifigenia, ven á ver con qué facilidad descorre el cerrojo Manolito. ¿Sabes

que ha adelantado mucho en pocos días?

—Puede que se vaya soltando, contestaba la madre de aquella caballería (aunque sea mala comparación).

En cuanto sonaba el timbre, ya estaba Manolito descorriendo el cerrojo y diciendo al recién llegado:



—¡Eh! ¡Toro! ¡Toooro!

Llegó al fin el día de la función, y Manolito, formando parte de la cuadrilla, se dirigió á la plaza en una carretela.

Sus papás, al verle, comenzaron á gozar, y á decir á todas las personas á quienes conocían:

—Nuestro hijo es el encargado de abrir el chiquero. ¡Ya verá usted con qué gracia ejecuta la suerte!

Sonaron los clarines anunciando el despejo. Colocáronse en sus puestos los picadores, que eran dos sietemesinos forrados de hoja de lata, y el primer matador, un Vizconde cojo, eterno consumidor de aceite de hígado de bacalao, desplegó el capote con ánimo de dar unas cuantas verónicas á la salida del toro.

Volvió á hacer la señal el presidente, dejóse oir de nuevo el toque del clarín, y Manolito descorrió el cerrojo.

Pero en aquel momento el público lanzó un grito de espanto.

Manolito acababa de dar la vuelta de campana en el aire, á impulso de la fiera, que le había enganchado por la chaquetilla.

Los padres, los amigos y los curiosos, en número extraordinario, acudieron á la enfermería, adonde había sido conducido Manolito por los carpinteros de la plaza.

—¿Qué ha pasado? preguntaban todos con curiosidad cariñosa.

—Nada, decía el médico; un achuchón sin consecuencias.

—¡Hijo de mi alma! exclamó la mamá, tratando de estrechar contra su seno á aquel mamarracho.

—Pero... ¿qué has hecho para sufrir semejante revolcón? preguntó el padre acongojado.

Manolito abrió los ojos y dijo así:

—Como yo siempre que abro la puerta tengo la costumbre de ver quién es el que llama, abrí el toril y me puse á mirar al toro...

—¿Y qué?

—Nada; que, en vez de saludarme, ¡me ha reventado!





LA PUPILERA ENAMORADA

DOÑA Manuela había conocido al *Lenguado*, matador de invierno, en un café de la calle de la Ventosa.

Le vió tomar un café con media, y no pudo menos de preguntar al camarero:

—¿Quién es ese joven taurino?

—Ese es Agapito; pero á él le llaman el *Lenguado*, por mor de la nariz, que talmente parece un pez.

Doña Manuela clavó sus ojos en la protu-

berancia nasal del joven torero, y vió efectivamente que tenía gran semejanza con el pescado aludido; pero esto no fué obstáculo para que latiese su corazón con violencia.

El mozo siguió diciendo:

—Como torear, sólo torea en la época de los fríos, porque á él el calor le hace mucho daño; y si hubiera querido irse á *Montevideu* con *Lagartija*, ahora estaría allí ganando mucha plata.

—Es muy guapo, dijo doña Manuela, que era una solterona, morena, ancha, con un bigote espeso y unas sortijillas á ambos lados de la frente, que daban el opio.



Había quedado huérfana á los treinta y cinco años. ¡Infeliz! Su papá era un barítono de ópera barata, á quien servían el aguar-

diente en una sopera, y en cierta ocasión se había bebido el espíritu de vino de un feto, perteneciente á un cuñado suyo.

Doña Manuela había visto la luz entre bastidores, puede decirse, porque á ella la parió su madre, que era la segunda tiple, junto á la concha del apuntador, una noche en que, con la barriga á la boca, cantaba el *Hernani*.

La juventud de doña Manuela se había deslizado en medio de la mayor felicidad. Había tenido relaciones amorosas con varios sujetos, entre ellos con un corista algo cojo, que al fin se le murió en los brazos cierta noche de Julio, después de haberse comido catorce reales de bacalao con pimientos y tomates.

Por mucho tiempo doña Manuela anduvo triste y meditabunda, pensando en su corista, hasta que al fin se consoló con las relaciones de un músico catalán que tocaba el obóe y se dedicaba además á los trabajos del alambre.

Cuando se cerraba el teatro prescindía del obóe y se dedicaba á la construcción de alambreras para los braseros, con lo cual se ganaba la vida perfectamente; tanto, que doña Manuela no carecía de nada.

El catalán se murió también, y entonces

doña Manuela puso una casa de huéspedes, y se enamoró de un literato que ocupaba la alcoba de la cocina y no pagaba el pupilaje, pero, en cambio, llenaba de poesía la mente impresionable de doña Manuela, y ésta concluyó por escribirle versos á la luna, y al arroyuelo murmurador, y á un perro de lanas que le había regalado otro de los huéspedes, antes de marchar á Filipinas con un destino.

En la ocasión presente, doña Manuela está vacante; quiero decir, que el literato se le fué de casa llevándosele varias prendas de vestir y el obóe del músico, que ella conservaba como oro en paño.

Doña Manuela tuvo un disgusto muy grande, y pensó hasta en el suicidio; pero poco á poco se le fué calmando la indignación, y ahora anda por los cafés tomando cosas y oyendo embelesada las armonías del piano. Dice ella que si le quitan la música, la matan.

En el café de la calle de la Ventosa concibió una pasión ardiente por el *Lenguado*; y como él acudía allí todas las noches, sin faltar una, poco á poco se fueron estrechando las distancias entre ella y el torero, hasta que un día ella le dijo:

—Yo soy libre como el aire y tengo una casa de huéspedes muy hermosa. Usted es

joven y agraciado: ¿por qué no hemos de ser felices?

El caso fué que el *Lenguado* se trasladó á casa de doña Manuela, y allí hacía vida de príncipe, sin perjuicio de estoquear los toros que le correspondían en la plaza de Vallecas.



Una tarde...

Pero no precipitemos los sucesos. El *Lenguado* debía matar dos becerros en la plaza de referencia, y se puso su mejor ropa de lidia.

—Manuela, dijo á su amada; quiero que me veas en el redondel. Toma este asiento de tendido, que está cara al sol. Ponte la mantilla y preséntate con todo lujo, como

esposa que eres de un primer matador.

Doña Manuela iba á realizar una de sus más bellas esperanzas. No había visto aún á su *Lenguado* en funciones de torero, y contaba los minutos que le faltaban para conseguir tanta ventura.

Llegó á la plaza, radiante de alegría, y se sentó en el tendido. A su derecha había un sujeto mal encarado, con gabán de cuello peludo y sombrero de copa con gasa.



Era un hombre de unos cincuenta años, alto, seco, con un bigote que parecía una rata vieja y una nariz partida á la mitad, como la de los perros pachones.

En cuanto vió á doña Manuela, se puso á gruñir y á echar ternos en voz baja.

—¡A estos sitios no debían venir las mujeres! ¡Las mujeres á la cocina! murmuraba. Esta señora me está metiendo el codo por un vacío. Estoy por cogerla y tirarla al redondel. ¡Maldita sea mi suerte!

Pero doña Manuela no se daba por entendida. Iba á ver á su *Lenguado*, y todo lo demás le importaba un cuerno.

Al verle aparecer al frente de la cuadrilla, el corazón de la pupilera latió aceleradamente.

—Bendito sea tu garbo, ¡olé! dijo sin poderse contener.

Y se agitó en su asiento, con gran desesperación de su vecino, que volvió á jurar por lo bajo y á dirigirla miradas de ira.

No hizo más que salir el primer becerro, y se lanzó contra el *Lenguado*. Este no tuvo tiempo de abrir el capote, y sufrió una embestida terrible; el asta del bicho, penetrando por la cruz de la taleguilla, fué á detenerse en la faja, pero antes le había rasgado la tela del pantalón, dejándole al descubierto los calzoncillos.

Doña Manuela lanzó un ¡ay! doloroso, y cayó desmayada sobre su vecino.

—¡Arre allá! gritó él, tratando de librarse de aquel bulto, que le pesaba como si fuera de plomo.

Pero ella seguía agitándose convulsiva-

mente sobre su compañero de tendido, y presa de la desesperación y del espanto, le clavó los dientes en un hombro.

Entonces, el sujeto de los bigotes de rata, ciego por la ira, cogió á doña Manuela por el cogote y la arrojó sobre unas señoritas cursis que estaban sentadas un poco más abajo.

Éstas se pusieron á dar gritos horribles pidiendo socorro, y á golpear á doña Manuela; acudió la autoridad local del puente de Vallecas; amontonóse la gente, surgieron los guardias civiles, hiciéronse varias detenciones, y doña Manuela gritaba:

—¡Pues qué! ¿Ya no se respetan los afectos de una pasión? ¿Tengo yo la culpa de amar?

Para que se vea que el amor, en sus relaciones con la tauromaquia de invierno, puede ocasionar serios disgustos á las pupileras vehementes.





LOS MAJADEROS

Hay quien se pasa la semana inquieto y nervioso, esperando que llegue el domingo para ir á la corrida; y hay quien, por el contrario, reniega de los toros y quiere hacernos creer que no volverá á la plaza así le aspen.

Se ha puesto de moda eso de decir pestes de la Empresa, del ganado y de los toreros, y es muy frecuente oir decir en el café:

—¿Yo? ¿Ir yo á los toros? ¡Jamás! Los que hemos visto á *Curro Cúchares*, á Cayetano y á *Jaqueta*, en sus buenos tiempos, no podemos transigir con la gente de hoy. ¡Es un escándalo lo que pasa! ¡Ya no hay to-

ros, ni toreros, ni público, ni monos, ni alguaciles, ni nada *asolutamente!*

Los que oyen al anatematizador de nuestros diestros actuales, se sienten poseídos del mayor respeto, y dicen para sí:

—¡Caramba! ¡Qué hombre tan inteligente y tan serio debe de ser este señor! ¡Qué de cosas buenas habrá visto en este muudo!

Pero luego resulta que el tal sujeto es un *boceras*, como diría el teniente alcalde de mi distrito, y que trata de aparecer ante nuestros ojos como un "hombre superior„ y perteneciente á otra época, en que los toros eran monstruos devastadores, con rayos en los cuernos y dinamita en el rabo, y los toreros gigantes invencibles, que cogían á las reses y se las metían entre la faja.

Conocemos á un don Matías que se las echa de aficionado viejo y desengañado del mundo. Cuando delante de él se habla del *Guerrita*, ó de la intrepidez de *Badila*, ó de la serenidad de *Lagartijo*, el hombre sonríe desdeñosamente, y nos mira á todos con desprecio profundo. Algunas veces llega á decir, en el colmo de la indignación:

—Cuando les oigo á ustedes hablar de los toreros de hoy día, me dan náuseas. ¿Qué entienden ustedes de toros? Yo, así me maten, no pongo los pies en la plaza. No quie-

ro ver monas, ni mariquitas, ni aficionados sin vergüenza.

—Pero... se atreve á replicar alguno.

—Hoy no hay quien sepa de toros ni de nada... ¡En mis tiempos!... ¡Oh! ¡Qué tiempos aquellos!... Mire usted: vi yo al *Cúchares* liarse con un toro frente al tendido número 4 de la plaza vieja, ¡que aquello era gloria! Salió el animal, y se puso á oler un caballo; después, sin hacerle nada, se fué hacia la puerta de arrastre y comenzó á escarbar y á mover el rabo. Entonces *Cúchares* se abrió de capa y le tomó por la derecha, después por la izquierda, después por el centro, y acabó por cogerle una muela que se le movía y arrancársela de un tirón, como pudiera hacerlo el mejor dentista. ¡Qué aplausos! ¡Qué gritos de júbilo! Un aficionado le tiró la petaca, otro una bota llena de vino de Montilla, otro un jamón en dulce.

—Sí, interrumpe uno de los oyentes; y otro un niño de seis meses, recién vacunado.

El tal don Matías se enfurece cuando toman á broma sus aseveraciones, y días pasados dijo que iba á tirarle á la cabeza el frasco del aguardiente á cierto guasón que va al café y se ríe del buen señor en sus barbas.

Esto del frasco lo dice don Matías cuando

el guasón no se halla presente y tiene la seguridad de no ser oído; que lo demás...

—Pero, don Matías, le dice uno la otra tarde: ¿por qué no quebranta usted su juramento? ¿Por qué no va usted á los toros?

—He prometido no volver á poner los pies en la plaza, y no los pongo aunque sepa que van á darme allí monedas de cinco duros.

—Pero... ¿por qué?

—Porque me da vergüenza ser español desde que se han acabado los toreros. ¿Ir yo á la plaza? ¡Quite usted por Dios! ¡Antes me dejo meter un cornetín de llaves por las ventanas de la nariz. Ustedes tienen la culpa de lo que está pasando, porque se abonan y van á sancionar con su presencia las barbaridades de hoy día. ¿Ir yo á los toros? Primero me dejo hacer albondiguillas.

Y al decir esto, don Matías descarga dos ó tres puñetazos sobre la mesa y extiende el labio inferior en señal de desprecio. Algunas veces, en el colmo de la indignación, se arranca tres ó cuatro pelos del bigote, y los deja sobre el tablero de mármol.

Hay quien cree que don Matías no dice una sola palabra de verdad, y que su deseo único consiste en aparentar una indiferencia hacia los toros qne está muy lejos de sentir. Asegura que el arte está en la ma yor de las postraciones; que el ganado no

da juego; que los matadores son unos mamarrachos, los piqueros unas amazonas tísicas, los chulos unos saltamontes, y los presidentes unos besugos putrefactos; pero don Matías no pierde corrida, y hay quien le ha visto en un tabloncillo de la grada cuarta, con el sombrero calado hasta las orejas para no ser conocido. Asegura un hojalatero que tiene el asiento inmediato



al de don Matías, que éste se entusiasma con frecuencia y prorrumpe en "bravos„ calurosos cuando *Lagartijo* atiza una de sus estocadas incomparables, ó saca un toro á punta de capote, ó hace un quite con una larga.

¿Por qué, pues, dice don Matías que no va á los toros nunca, que el arte está perdido, que la afición ha terminado, y que los toreros son unos *chancletas?*

Porque pertenece á la numerosa familia de los majaderos, que tienen la manía de que "siempre el tiempo pasado fué el mejor," y creen excitar el respeto y la admiración de la gente joven asegurando que nadie ha visto toros más que ellos, y que el mundo se va á acabar de un momento á otro.

Don Matías sigue diciendo que él no va á los toros nunca, porque se le caería la cara de vergüenza.

Y la otra mañana le vimos echado de bruces en el suelo, tratando de ver por debajo de la puerta del corral las patas de los toros que debían correrse aquella tarde.

¡Si será aficionado don Matías!





UN HÉROE TAURINO

MARIQUITA se había enamorado de Joaquín, más que por sus prendas físicas, por su afición á los toros y por el valor personal de que hacía gala.

Él era hombre que siempre estaba hablando de sus proezas taurinas, y contaba, como la cosa más natural del mundo, que en Estepona, su pueblo natal, había matado seis toros de seis soberbios volapiés; que en Chiclana había recibido cuatro veces, y que estaba dispuesto á habérselas con todos los matadores conocidos, empezando

por Rafael y concluyendo por el *Lechuga*.

—¡Ay, mamá! decía Mariquita. Cada día me siento más inclinada á Joaquín. Si no estuviera mal visto, ya le hubiera propuesto que se viniera á vivir con nosotras. Yo no puedo estar sin él.

—Pero... ¡chica! contestaba la madre, que era una señora muy recta y muy bruta. ¿Sabes lo que estás diciendo?

—Lo sé, lo sé todo; pero el amor no raciocina.

El caso fué que los amores de Mariquita y Joaquín iban de día en día echando raíces en ambos corazones, y la muchacha comenzó á perder el apetito y á comer yeso de las paredes, que es el síntoma determinante de las pasiones vehementes.

Cuando las chicas se enamoran de verdad, tienen mil antojos extravagantes, y unas dan en meter la cabeza en la tinaja para refrescarse, y otras en comer las mondas de las patatas, y otras en leer folletines, y otras en teñirse las cejas con el hollín de los pucheros.

Mariquita se hallaba en uno de estos períodos, y su mayor afán consistía en coger á Joaquín por la barba y decirle amorosamente:

—¡Ay, rico! ¡Rico de mi corazón! ¡Qué ganas tengo de verte con el estoque en la mano!

No tardaron en realizarse los deseos de la chica, porque Joaquín, que formaba parte de una Sociedad titulada *El becerro intranquilo*, se comprometió á matar en una corrida organizada para salvar de quintas á un sastre viudo.



Mariquita, al saberlo, tejió una guirnalda de flores de trapo para premiar el valor y la destreza de su novio; y desde aquel día

aumentó su vehemencia y su excitación nerviosa, tanto, que no tenía tranquilidad en ninguna parte, y se pasaba el día suspirando y dándose colorete para aparecer hermosa á los ojos de Joaquín.

Éste no hacía más que hablar de sus dotes como matador de toros, y cogiendo entre las suyas las manos de Mariquita, hablaba así:



—¡Verás, verás el miércoles, qué estocadas! ¡Mariquita, quiero ser el héroe de la tarde, para que me adores, para que veas lisonjeado tu amor propio, para que te envidien todas las mujeres!...

—Joaquín, contestaba la chica; ardo en deseos de verte delante de la fiera, ¿Ves esta corona? Pues te la arrojaré desde el palco, y con ella irá mi corazón y mi vida entera. ¡Qué hermoso eres, Joaquín!

—Gracias, decía él.

—Si no fuera por ese bulto que tienes encima de la ceja, podrías competir con los hombres más bellos de este mundo.

- Esto no es bulto, es un *quiste sebáceo*. Todos los de mi familia tenemos uno, y yo deseo conservarlo, porque me recuerda á una tía mía, que me crió á sus pechos, como quien dice..

Mariquita soñaba con los toros del miércoles, y se sentía orgullosa sólo de pensar que iba á lucirse su novio.

—¡Cómo rabiarán las de Bandullete! decía á solas. ¡Ya quisieran ellas tener un novio como mi Joaquín!

Cuando dos horas antes de la corrida se presentó éste en casa de la joven, fué tal la emoción que experimentaron madre é hija, que el mismo Joaquín tuvo que darles agua; y ya se disponía á aflojarles el cordón del corsé, cuando Mariquita abrió los ojos, diciendo:

—¡Ay Joaquín, Joaquín de mi alma! ¡Qué deseos tengo de arrojarte la corona!

—Yo me haré digno de ella, contestó el enamorado joven.

¡Vaya una chaquetilla preciosa la de Joaquín! Se la había prestado un diputado provincial, jacarandoso de suyo, que se la había hecho para ir á elegir los toros de la corrida de Beneficencia.



Además de la chaquetilla, Joaquín llevaba una faja de seda carmesí, cosa superior, y unos pantalones que parecían fundas de paraguas, y una chalina que daba el opio, y unos zapatos de piel de perro, sin tacones, que estaban diciendo: "corredme.„

Cuando dos horas después apareció en la arena del circo, Mariquita se emocionó toda.

—¡Qué guapo es! dijo en alta voz.

—¡Lástima que tenga aquel bulto! añadió la madre.

—Es un recuerdo de familia, agregó la joven.

Pero no pudo acabar, porque acababa de salir el primer becerro y se encaraba con Joaquín. Éste quiso abrirse de capa; pero el animalito, sin consideraciones de ningún género, le enganchó por la cruz de los pantalones, y... ¡pum! dió con Joaquinito en tierra.

Mariquita lanzó un ¡ay! doloroso, pero no había razón para ello. El joven matador se puso de pie á duras penas, y dirigió una mirada al palco de su novia, como diciéndola:

—Serénate, bien mío. Éste ha sido un achuchón sin consecuencias.

Diez minutos después, Joaquín empuñaba los trastos de matar y se dirigía hacia la fiera con las piernas temblorosas, como si tuviera el baile de San Vito.

Quiso pasarle de muleta; pero el bicho, que no respetaba á nadie, le dió un achuchón tremendo; insistió el joven, tratando de dar un telonazo, y entonces el bruto,

ciego de ira, se arrancó por derecho, y en un santiamén desnudó al joven torero.

Después le derribó y se puso á olerlo tranquilamente.



El público comenzó á silbar y á reirse de la actitud del infeliz Joaquinito, que estaba en el suelo con la cara metida en la arena y las piernas en alto.

Tuvo que bajar un torero de oficio que estaba en una grada, y, gracias á él, se consiguió que Joaquinito saliera del apuro.

....

Aquella noche Joaquín fué á ver á su Mariquita; en vez de la corona que esperaba, la joven, llena de indignación y de ver-

güenza, le recibió con la escoba en la mano, diciéndole fuera de sí:

—¡Salga usted de mi casa, so maleta!

Y le atizó dos escobazos.

Así es como suelen acabar la mayor parte de los héroes taurinos.





ECHANDO LOS DIENTES

Don Melitón estaba aburrido porque le habían limpiado el comedero.

El Gobierno, sin tener en cuenta sus dilatados servicios, había decretado su cesantía para colocar á un joven gomoso que era uña y carne de la señora del Ministro y bailaba la polka de punta y tacón de una manera maravillosa.

Don Melitón recibió la cesantía y se fué

derecho al Viaducto con ánimo de suicidarse; pero en la plaza de la Villa tropezó con un amigo, que le preguntó al verle:

—¿Qué es eso? ¿Adónde vas tan agitado?

—Voy á ver si me muero antes que se haga de noche, contestó el infeliz cesante.

—¿Cómo?

—Acabo de recibir mi cesantía, y yo no soporto tamaña vergüenza. ¡Haber dejado cesante á un hombre que llevaba veinticinco años en el negociado de atarjeas y pozos negros! ¡A un hombre que no ha dejado de asistir á la oficina puntualmente, y sólo una vez dejé de ir porque me pisó un cura en la Puerta del Sol y se me puso el pie lo mismo que una sombrerera de vaqueta!

El caso fué que el amigo de don Melitón pudo convencer á éste de que no debía matarse hasta que no pasara San Isidro, porque aquel año había fiestas dedicadas á los forasteros.

—Ya, para lo que falta, espérate unos días, y después mátate si gustas, le dijo el amigo, que era hombre de buen criterio.

Pero pasaron las fiestas y don Melitón no quiso matarse. En cambio comía mal y se le iba acabando la ropa. Un día fué á saludar á una señora con el sombrero de copa alta, y estaba tan viejo, que se le cayó la tapadera en mitad del arroyo.

—Esto no puede seguir así, dijo don Melitón.

Y volvió á ocurrírsele la idea del suicidio.

—¡Hombre, no te mates! le decía su amigo. Ahora va á entrar el verano y es una lástima que no comas melón; tú, que eres tan aficionado á la fruta.

Por aquel tiempo unos jóvenes alegres organizaban una corrida de toros en el Puente de Vallecas; pero nadie quería hacer de picador, porque el hombre huye instintivamente de los tumbos.

—Don Melitón, dijo á nuestro héroe uno de los jóvenes de la cuadrilla. ¿Quiere usted torear el lunes?

—¿Yo? ¡Hombre! Estoy por aceptar. Así como así, prefiero que me coja un toro á que me insulte todos los días la patrona.

—¿Por qué no pica usted? siguió diciendo el joven taurino.

—¿Y qué hay que hacer?

—¿No ha estado usted nunca en los toros?

—Sí, señor; estuve una tarde con un cuñado mío que era mono y murió de una patada.

—¿De algún caballo?

—No, señor; de un carpintero.

—Ya sabe usted cómo es la suerte de la pica. Cita usted al toro y ¡pum! se la clava usted en el morrillo. Nosotros no tenemos

inconveniente en gratificar á usted, porque no hay quien pique.

Lo de la gratificación hizo que nuestro pobre cesante abriera el ojo.

—Acepto, acepto, dijo alegremente.

Y llegó la tarde de la corrida.

Don Melitón, caballero en un penco que más parecía un saltamontes, penetró en el redondel, lleno de coraje.

—Por muy mal que me trate el toro, murmuraba, peor me trata doña Ramona, la infame pupilera. Aquellas judías estofadas que me pone para almorzar, las tengo clavadas en el corazón.

—¡Ánimo! le dijo el primer espada.

—Ya le tengo, contestó el cesante.

—A ver cómo pica usted alto.

—Todo lo alto que pueda.

—Castígueme usted bien al bicho.

—Pierda usted cuidado.

El pobre hombre no se había visto nunca en trance igual; pero la idea de la gratificación le daba fortaleza, y se dispuso á ser el héroe de la tarde.

No hizo más que salir el primer toro, y se fué derecho á don Melitón.

—¡Caramba! dijo éste hablando para sí. Parece que me mira mucho. ¿Le habré chocado?

—¡Ande usted con él! le gritó el primer espada.

Don Melitón arrimó la espuela á los ijares del penco, y se dispuso á pinchar al toro en cualquier parte.

Pero la fiera, sin darle tiempo, se lanzó sobre el caballo del infeliz don Melitón, y empujándole violentamente, le hizo chocar contra la barrera.

—¡Socorro! gritó el cesante tratando de evitar el golpe.

Pero ya era tarde. El penco, en su caída, había arrastrado á don Melitón, y éste se revolcaba en la arena, sin conseguir incorporarse.

Acudieron á socorrerle todos los de la cuadrilla, mientras el toro barbeaba las tablas y dirigía miradas cariñosas al público buscando la salida.

Don Melitón, con la cabeza metida entre las patas del caballo, pedía á voz en cuello que lo salvaran de aquel suplicio.

Entre los que habían saltado al redondel con ánimo de protegerle, estaba el amigo íntimo de don Melitón, que le cogió en sus



brazos y se puso á limpiarle la cara con el pañuelo.

Don Melitón escupía tierra y sangre, y pelos del caballo.

—¡Pero, hombre! exclamó su amigo. ¿A quién se le ocurre más que á usted meterse á picar toros? ¡Un hombre como usted, que pasa de los sesenta años! ¡Un viejo chocho!

—¿Viejo chocho? contestó don Melitón. ¿Viejo chocho y estoy echando los dientes?

Y al hablar así, el infeliz cesante se metía los dedos en la boca y presentaba á su amigo los cuatro dientes de arriba, que se le habían desprendido al chocar contra la barrera.



¡LÁSTIMA DE ROPA!

(HISTÓRICO)



El señor Juan había sido el asombro de toda una generación de aficionados.

Nadie como él había picado toros en este mundo, y se referían actos de valor que elevaban su nombre á una altura extraordinaria.

En cierta ocasión había picado un toro con una sombrilla, á falta de garrocha; otra tarde célebre se había liado á cachetes con un bicho de seis años, saltándole un ojo de una trompada.

Era el señor Juan el niño mimado de la

torería, y toda la ciudad sevillana sentía por él profunda veneración.

—¡Qué tiempos aquellos! exclamaba el señor Juan cuando traía á su memoria los tiempos de otra época. Ya no hay toreros, ni picaores, ni inteligensia, ni ná.

—¿Por qué se ha retirado usted tan pronto de la lidia? le preguntaban.

—Porque me daría vergüensa picar toros tísicos y alternar con toreros de mantequilla.

El señor Juan tenía un hijo llamado Pepe, hombre de puños, que á toda costa quería seguir las huellas gloriosas de su padre.

—¡Nunca! decía éste. Jamás permitiré que te dediques á picar toros. Antes te pego una patá en un vacío y te reviento.

—Pero, padre...

—No quiero que deshonres mi apellido.

El muchacho desobedeció las órdenes paternas, y una tarde salió á picar toros en Sevilla, con gran aplauso de sus amigos, que le gritaban:

—¡Anda con él, Pepillo, y acuérdate de tu padre!

El señor Juan supo la cosa, y esperó á su hijo con una estaca. Cuando le tuvo á tiro, ¡María Santísima! ¡No fueron garrotazos los que le atizó detrás de una puerta, sin que se enterase nadie!

¿Pero quién puede torcer las inclinaciones del hombre, cuando éste es picador, y bruto, y moreno por añadidura? Se ha observado que los morenos son caprichosos y duros; de modo que le pega usted á un moreno, y es como si le estuviera usted haciendo cosquillas en la espalda.



Pepe siguió picando toros con más ó menos acierto, y unas veces recibía aplausos y puros, y otras veces recibía achuchones espantosos y costaladas de órdago.

Tan pronto dejaba en el redondel el recuerdo glorioso de sus hazañas, como deja-

ba un par de muelas ó una tira de cuero cabelludo.

Los amigos del señor Juan fueron á decirle:

—Vamos, hombre; sea usted humano con el chico y vaya usted á verle una tarde.

—¿Yo? gritó el viejo apretando los puños.

—Pone algunas varas muy buenas.

—Lo que yo voy á ponerle es una cabezada, por bruto. Tengo un baúl lleno de ropa que no he querido vender para que no fuese á parar á manos de ningún picaor embustero; pues bien: antes la echo á la lumbre que dársela á ese perdío.

—Señor Juan, sea usted generoso.

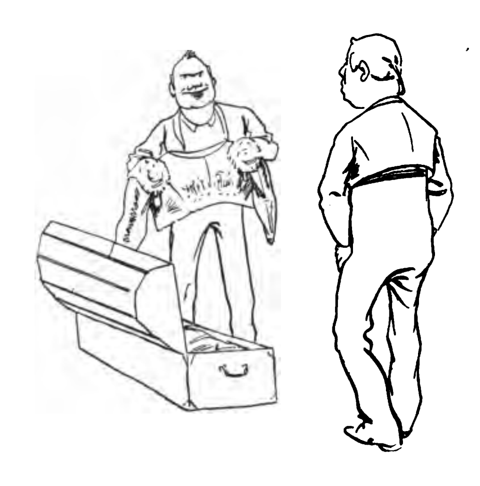
Sólo á fuerza de súplicas consiguieron que el viejo se ablandase y consintiera en dejar al chico seguir su suerte.

Cierto día el señor Juan llamó al mozo y le dijo:

—Ven acá, tú, pendón; han venido á desirme que pones las varas en su sitio y que tienes una mano isquierda regulá. Yo no quiero verte en la plasa, porque tengo en mucho la fama de mi apeyido y pasaría un mal rato; pero voy á darte una prueba de generosiá. Toma la llave del cofre y saca el vestío verde con alamares negros, que te lo regalo yo para que lo luscas en la corría del domingo. Esa chaquetiya ha per-

tenesío á este cura, que ha sío el primé picaor der mundo.

Pepe, lleno de júbilo, le dió un puñetazo al padre en el cogote, como muestra de agradecimiento y de cariño, y contempló la chaquetilla con deleite.



—Pare, le dijo después, yo zeré bruto y perdío y zinvergüenza; pero tengo corazón y quiero que ozté me vea *de* picá. Vazte á vení er domingo á la corría.

—No, gruñó el señor Juan.

—¡Que zí! gritó el hijo.

—¡Que no! rugió el padre.

Pero vencieron los sentimientos de la paternidad, y el viejo picador acudió á presenciar la corrida.

Pepe, con el traje paterno, hizo su aparición en el redondel y fué á colocarse á la derecha del toril.

¡Ta-ra-rí! hicieron los clarines.

—¡Olé! gritó el público al ver asomar al primer toro.

Pepe citó á la fiera, que se lanzó como un rayo contra su *contrincante*; pero sea que éste no tuvo fuerza para contrarrestar el empuje, sea que el animal era poderoso y duro, el caso fué que Pepe cayó como un costal de paja encima de los cuernos; después el toro lo despidió contra las tablas, y le dió dos coces en la rabadilla.

El público lanzó un ¡ay! de asombro; acudieron los monos y se llevaron á Pepe á la enfermería hecho un guiñapo, con la cara llena de tierra, las narices hinchadas y la ropa sucia.

El señor Juan se levantó tranquilamente de su asiento y salió á la calle hablando solo.

—¿Adónde va usted? le dijo un conocido.

—A mi casa, contestó el señor Juan con abatimiento.

—¿Pero no va usted á ver al chico?

—¡Quiá!

—¿Tendrá alguna cornada?

Por toda respuesta, el señor Juan se llevó las manos á la cabeza, murmurando:

—¡Lástima de ropa!



PROGRESOS



Ya nos hemos acostumbrado á decir que España está por debajo de las demás naciones de Europa en punto á adelantos, y ¡bien sabe Dios que la afirmación no es del todo exacta!

El progreso nos conduce la mayor parte de las veces mucho más allá de lo que nosotros mismos quisiéramos, y cada día aparecen nuevos y elocuentes testimonios de que nos adelantamos á nuestra época.

Ahora se dice que en Madrid se va á establecer una escuela de *cante y baile fla-*

mencos, bajo la dirección de hábiles y competentes profesores.

Aguijoneados por el ejemplo, no han de faltar seguramente toreros que vengan á establecer su correspondiente academia taurina en la capital de España, á fin de que la educación sea completa y el hombre llegue á poseer la suficiente elasticidad en los músculos para bailar un zapateado, y la necesaria sangre fría en el corazón para matar un toro de seis hierbas.

Hoy por hoy, los padres genuinamente españoles tendrán que contentarse con enviar á sus hijos á la escuela de cante y baile; la enseñanza del toreo vendrá después, y poco á poco iremos viendo cómo se generaliza la educación *barbiana*, y cómo la humanidad se viste de corto.

No ha de faltar también una escuela especial en donde se aprenda á beber manzanilla y á pegar *bofetás*, y por un precio módico obtendrá cualquier joven de mediana disposición los conocimientos necesarios para armar *broncas* y dar puñaladas en seco, con esmero y equidad.

—¿Conque tiene usted á su hijo en Madrid? preguntarán á un padre de provincias.

Y contestará él:

—Sí, señor; allí le tengo estudiando para

chulo aburrido. Ayer me escribió y dice que ha estado ya cuatro veces en el *Abanico.*

—¡Cuánto me alegro!

—Él, al principio, no se acostumbraba á las *juergas;* pero hoy es uno de nuestros primeros *barbianes.*

—Es una suerte tener un hijo así.

—No estoy quejoso, gracias á Dios. ¡Si su madre levantara la cabeza! Pero se murió la pobre sin haberle visto beber una mala copa de aguardiente.

- ¡Pobrecita!



—¡Ella que se moría por la gente del bronce!

—Es la mejor carrera. Mire usted, si no, al

chico del boticario. En dos años ha ganado un capital ejerciendo...

—¿Y de qué ejercía?

—Le alquilaron de *matón* en una casa de juego, y le pagaban las bofetadas á catorce reales una con otra.

—

—No sabe usted lo precoz que es mi Pepito, dirá alguna madre del porvenir. ¿Quiere usted creer que ayer le puso un par de banderillas á un sacerdote que estuvo aquí de visita?

—¿Qué estudia ahora?

—Pues está en segundo año de *cante jondo*, y además, por las noches le mando á la escuela de *broncas*... Ven acá, hermoso: da un *jiplo* para que te oiga este caballero.

El niño.—¡Ayyy!

—¡Qué monada de chico!

—Es muy dispuesto. Anda, hijo, dale dos *guantás* á este señor.

—No, que no se moleste.

—¡Si le viera usted coger una toalla y pasar de muleta, se lo comía usted á besos! ¿Pues y al casero? Cada vez que viene á cobrar el alquiler, le empieza á tirar estocadas con el cuchillo de la cocina. Le educamos muy bien.

—Ya lo veo.

—No quiero que diga mañana que hemos descuidado su instrucción, ni que sea como otros que no saben cuántas partes tiene una seguidilla gitana, ni cómo se da el salto de la garrocha.

—

—¿Y usted, por dónde se presenta?

—Por Cuzcurrita.

—¿Ministerial?

—Sí, señor; pero ya no basta eso. Los electores, antes de votar mi candidatura, exigen que baile un zapateado en la plaza del pueblo, sobre una tarima, y que mate un becerro eral.

—¡Hombre!

—Sí; quieren saber si soy bastante ilustrado.

—

—¿Conque es una niña?

—No, señor, un niño.

—¡Dios le bendiga!

—¿No le ve usted la espadita? Su papá quiere que la traiga colgada al cuello desde pequeñito, para que se vaya civilizando sin sentir.

—

Desgraciadamente para los que aman los progresos del género, esto no es más que decir por decir.

Hasta ahora no se ha generalizado la instrucción, y creemos que mientras la juventud no acuda á beber en el Matadero los conocimientos necesarios, no conseguirá el honroso título de *flamenca.*

Mucho puede influir en este sentido la municipalidad, creando la enseñanza obligatoria de la puntilla en aquel importante establecimiento, para que los niños vayan poco á poco adquiriendo el aire de mozos *cruos* que ha de enaltecerlos, y puedan dar un volapié con limpieza el día de mañana.





POR LA TREMENDA

Estimado Juan, beo por la tulla que no hencuentras cuadrilla y Que lo tienes to empeñao lo cual que lo ziento como cosapropia; oy se nesecitan muchos Empeños paque le contarten á uno, porque uno deporsi no puede azer nada asolutamente y lo Mejor es que busques huna carta de un menistro y que bayas con ella á ber á un mataor de cartel y sino tace caso lo Mejor es que te hagas baler con los Puños, como an echo

hotros que oy Estan contrataos por que an tenedo corage para meterle el rresuello en el cuerpo á los mataores; no te digomás y queda tullo, este que testima, Paco.„

Juanillo leyó la carta, no sin grandes dificultades, porque era romo de suyo, y dijo para su coleta:

—Paquiro tiene razón. Hay que hacerse de respetar pa que le contraten á uno. ¿De qué me sirven estos puños que Dios me ha dado?

Aquella noche entró en el café con la cara más arrugada que nunca.

Sus compañeros de infortunio, *el Maca, el Mangue, el Peri* y *el Chachi*, le miraron con horror.

—¿Qué te pasa? le dijo uno.

—Ná, contestó el aludido.

Y pidió media copa de aguardiente.

Había en la reunión un señorito de esos que andan siempre entre los barbianes de invierno; un mono aficionado al arte del *Hurón*, que se gastaba la *guita* en convidar á todos los *maletas* de este mundo.

Al ver á Juanillo, le alargó la mano diciendo:

—¿Vienes malhumorado? ¿Has tenido alguna cuestión?

—Lo que tengo es coraje y veneno, y ganas de armar bronca. ¿Está bien que un

hombre como yo, que parea como Dios manda, y tiene un buen capote y no es porque yo lo diga, lleve sin contrata desde el mes de Noviembre? ¿Le parece á usted que esto es regular?

—Ya ves tú, añadió otro de los diestros aburridos; al *Paletilla* lan contratao el jueves pa Navalmoral, y tan y mientras yo y tú estamos paraos, como si no fuéramos hombres.

—Yo lo que hago es reventar á uno, dijo Juanillo en tono solemne.

—¡Por Dios! No haga usted una locura, agregó el señorito.

Todos los de la reunión miraron á Juan con espanto, y él gritó enfurecido:

—Esta noche voy á ver al *Salmonete*, ¡y si no me contrata!...

El *Salmonete* era uno de los matadores más famosos. Las Empresas se lo disputaban, y tenía en su domicilio dos docenas de cabezas pertenecientes á otros tantos toros muertos gloriosamente á sus manos... á golletazo limpio. Desde que Juan había manifestado sus propósitos batalladores, el señorito no hacía más que contemplarle con asombro, porque Juan tenía fama de valiente en todo el distrito, y se decía de él que era capaz de coger á un hombre por la nuca y echarle en una cazuela para comér-

selo después con arroz, como si fuera un besugo.

Juan pidió otra media copa, y después otra, y otra después, hasta siete.

Dicho se está que él pedía... y el señorito pagaba.

—¡Aquí no hay vergüenza! gritó Juan, descargando un puñetazo sobre el velador. Nosotros somos banderilleros de verdad, con facultades. ¿Por qué no tenemos contrata?

—Eso pregunto yo. ¿Por qué? dijo otro de los *maletas*.

—Yo tengo quien me aconseje, y aun hoy he recibío una carta mu buena de una persona que entiende de toros, porque ha sido carpintero de la plaza y ahora está de sangrador en Andalucía, y lo que él me dice es la verdá.

—¿Qué te dice?

—Dice que aquí lo que más vale son los puños.

—¡Por Dios, Juan, sosiéguese usted! dijo el señorito.

—No me venga usted con canciones, don Rafael. Yo voy á *la Taurina* esta noche y deshago *al Salmonete.*

El Piri, el Chachi, *el Mangue* y *el Maca* se estremecieron; pero Juan, sin mirarles siquiera, pidió otra copa y comenzó á apretarse el rabillo del pantalón, como quien se

prepara á hacer grandes esfuerzos. Después se pasó la mano por la frente, tosió, estiróse la chaqueta, calóse el hongo, y sin dar las buenas noches, salió á la calle.

Todos se levantaron como movidos por un resorte. El señorito temblaba como un junco, y era tal su aturdimiento, que entregó un duro al mozo y no esperó la vuelta. Juan caminaba muy despacio; de cuando en cuando se detenía para registrarse los bolsillos en busca de la navaja.

—¡Pero ven acá! le decía *el Piri*. No te comprometas.

—Déjame, contestaba Juan: ó me contrata, ó lo reviento.

Al llegar á la puerta de *La Taurina*, Juan se detuvo. Sus amigos le rodearon, tratando de convencerle; pero ¡buen genio tenía él! Con los ojos inyectados y el labio trémulo, desprendióse de los brazos de sus amigos y entró precipitadamente en el *restaurant*.

—¿Está *Salmonete?* preguntó al mozo?

—Sí, en ese cuarto, le dijeron.

Juan, seguido por sus compañeros, llegó hasta el cuarto, cuya puerta abrió sin pedir permiso.

Allí estaba el matador famoso, bebiendo manzanilla y refiriendo sus triunfos

Media docena de badulaques le rodeaban

aplaudiendo sus proezas y comiéndole un costado.

—Buenas noches, dijo Juan.

—Felices, contestó *Salmonete*.

Los *maletas* y el señorito no osaban respirar. Veían ya al matador convertido en mondongo.

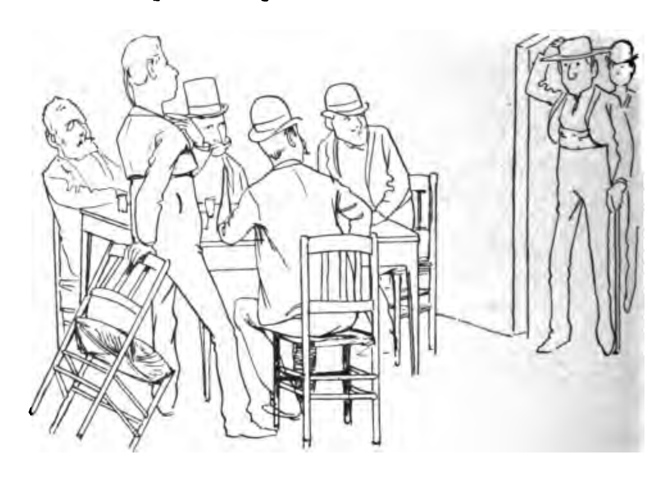
Juan, después de llevarse las manos al vientre para subirse los pantalones, escupió, hizo un gesto de soberano desdén, y dijo:

—Pues yo venía...

—¿A qué? preguntó *Salmonete* levantándose.

El corazón de los *maletas* latió con violencia. El señorito cerró los ojos para no presenciar la catástrofe.

—Venía... siguió diciendo Juan, á que me haga usted el favor de tres pesetas para desempeñar un pantalón de verano.



VIDA PRIVADA



No le hable usted de toros á don Melitón, porque se pone furioso.

—¡Es una fiesta bárrrbara! dice él, marcando mucho las erres.

Y comienza á exponer las infinitas atrocidades de que consta cada corrida.

—¿Quién puede ver con calma el sufrimiento del toro infeliz? ¿Quién no se subleva ante el martirio del inocente caballo? Es preciso no tener corazón para ver con calma tantos horrores, acaba diciendo don Melitón, y se enjuga la frente con el pañuelo.

Hay que convenir en que don Melitón es un ángel, según dicen sus amigos. ¡Qué alma la suya tan generosa! ¡Y qué amor más desinteresado hacia los cuadrúpedos de ambos sexos!

Él curó, con el esmero propio de un cirujano de segunda clase, á un gato cojo; él devolvió la salud á un cerdo perteneciente á su familia, que había caído con las viruelas; él, en fin, salvó del *trancazo* á un escribiente de la clase de quintos, que no tenía padre, ni madre, ni quien le diese el cocimiento de la flor de saúco.

Por todas estas razones don Melitón pasa por un ángel celoso, y en la *Sociedad protectora de los animales, las plantas y los embutidos*, recientemente creada, ocupa un puesto importante.

Ahora está escribiendo una *Memoria* para demostrar que todo torero es un verdugo con coleta, y todo aficionado un lobo carnicero, y toda aficionada una loba, y así sucesivamente.

Alguna vez que otra, don Melitón publica artículos en los periódicos llamados serios, como *El Heraldo de Padrón, La Justicia de Fuentesaúco* ó *El Criterio de Miraflores de la Sierra*, diciendo que es preciso regenerar este mundo, porque la perversión moral no puede ser más grande, y que el Go-

bierno debe empezar por suprimir el *cante jondo*, y las medias tostadas de abajo, y los bastones de estoque.

Él quiere una sociedad todo candor, todo mansedumbre; quiere que la humanidad se retire á dormir de ocho y media á nueve menos cuarto; y cuando alguno le lleva la contraria sobre este particular, él, que es un verdadero terrón de azúcar, se pone á dar porrazos sobre la mesa del café y á llamar "verdugos de la familia„ á cuantos no piensan lo mismo.

Hace pocos días que asistimos á una conferencia de don Melitón en el *Círculo de los padres de familia cariñosos.*

¡Con cuánta elocuencia expresaba sus doctrinas aquel hombre excepcional!

"¡Anatema, sí, anatema, decía apretando los puños, sobre los que fomentan aquí la terrible afición á las corridas de toros! ¡Anatema sobre los cabezas de familia que convierten el hogar en teatro de sus crímenes! ¡Anatema sobre la coquetería de la mujer y la impudicia del hombre, y viceversa! ¡Abajo el flamenquismo, y viva la familia y el arroz con leche!„

Los aplausos ahogaron las últimas palabras del orador, que fué felicitado por todos los allí presentes.

Al día siguiente los periódicos decían que

don Melitón era un apóstol de los buenos, y que si hubiera muchos como él, otra sería la suerte de este país y de los cereales.

Ahora bien: la esposa de don Melitón no está conforme con nada de esto.

Y si no, ahí va la copia de una carta que ha dirigido á una tía suya, residente en Jadraque:

"Querida tía: Me pide usted que le diga algo sobre Melitón; pues bien, continúa siendo el mismo que usted conoce. La sociedad le respeta, los amigos le ponen en las nubes, los periódicos le llaman el "acreditado filántropo„, y á mí me da cada paliza que me parte.

„Anteanoche, porque salió un poco espesa la sopa de ajo, me dió con un panecillo francés en la espalda. Su palabra más dulce es la de "mula„; y cuando no tiene motivos para regañar, se pone á meterme bolitas de pan duro por las ventanas de la nariz, porque dice que esto le entretiene. Yo apenas como, porque él me quita los platos de delante, y ando por casa envuelta en un paletó viejo que ha sido suyo, porque no tengo más que el vestido de salir. En fin, esta vida es insoportable, y el día menos pensado recibe usted la noticia de mi muerte.—Suya, *Angustias*.

„*Postdata.* A última hora he sabido que

Melitón está metido con la criada, y hoy anuncian los periódicos que probablemente le darán la cruz de Beneficencia por sus importantes servicios y su amor á la humanidad.

„¡Cómo está el mundo, querida tía!„



¡DOÑA ZOA!

I



A los cuatro meses de casado don Aquilino, desapareció del hogar, llevándose dos camisas envueltas en un pañuelo y varias frioleras de uso propio.

Doña Zoa, su mujer, dió parte á la autoridad de aquella desaparición, y se puso á perseguir al cónyuge, dispuesta á vengar la ofensa el día que lograra atraparle.

Él, á su vez, decía en confianza á los amigos:

—Yo me he separado de aquella fiera, porque es preferible la muerte á su tiranía. Zoa es una salvaje, aunque sea mala comparación. Todas las mañanas, á eso de las ocho, me mordía en el labio de abajo; des-

pués se ponía á arrancarme los pelillos de la nariz con unas tenacillas, y acababa por clavarme las uñas en el cogote. Por cualquier cosa se enfurecía, y llegó hasta el punto de meterme la cabeza en una palangana porque me opuse en cierta ocasión á cortarle un callo que tenía en el dedo gordo, tamaño como una almeja Aquella tiranía no era para tolerarla, y por eso apelé á la fuga.

—¿Y no teme usted encontrar á su mujer?

—Ya se ve que lo temo. El día que me coja, será capaz de estrangularme. Para evitarlo, vivo en una casita de las afueras, y si alguna vez vengo á Madrid, es por la noche, y haciendo uso de un disfraz.

—¡Pobre don Aquilino!

—¡Ay! ¡No sabe usted bien cuánto he sufrido en este mundo!

El caso fué que á don Aquilino se le acabaron los fondos, y como no podía pretender ningún empleo público, porque corría el riesgo de ser reintegrado al hogar, donde le esperaba su esposa con las tenacillas, buscó el apoyo de un antiguo conocido que estaba empleado en la Plaza de Toros, y éste le dijo:

—¡Hombre! Tú vives cerca de la Plaza, y debes dejarte caer por allí de vez en cuando. Puede que haya para ti alguna ocupación que te convenga.

Así fué, en efecto, y don Aquilino tuvo ocasión de ganarse dos pesetas al día, dedicado á la difícil tarea de vigilar los servicios de cuadra y otros no menos importantes.

Pronto logró captarse las simpatías de la Empresa, porque era bueno como un besugo, y lo mismo servía para regañar á los vaqueros que para recoger la espuerta y vaciarla en el sitio destinado á los despojos.

—Don Aquilino, le decían; vaya usted á ver qué se le ofrece á *Caminante*, que está llamando.

—¿Quién es *Caminante?*

—El cabestro más antiguo de la Plaza.

Y allá iba el pobre señor, lleno de cariñosa solicitud, por si podía ser útil á la res.

—Don Aquilino, barra usted el corral.

—Don Aquilino, traiga usted un cubo de agua fresca, por si quieren beber los concejales.

—Don Aquilino, deme usted unas frotaciones en este brazo, que tengo reuma.

Todos se servían de don Aquilino, y le molestaban á cada momento; pero él se consideraba feliz con tal de que doña Zoa no diese con su escondrijo y le dejase libre de sus uñas.

Ella, entretanto, recorría las calles, con la esperanza de encontrar á su esposo y hacerle pagar caros sus pujos de independencia.

—El día que le encuentre, le pulverizo, gritaba furiosa.

—Tranquilícese usted, la decían.

—¡Tengo unos deseos de meterle las tenacillas por las ventanas de la nariz!

II



La tarde estaba hermosísima, y era extraordinaria la concurrencia al circo taurino.

Toreaba el *Canguelo*, en competencia con el *Hurón*, y se lidiaban toros de un ganadero desconocido, que decía ser el primero de este mundo.

Don Aquilino había tenido una mañana de mucho jaleo, y no cesaba de ir y venir desde el corral al redondel, del redondel á la carnicería,

de la carnicería á la cuadra, y así sucesivamente.

—Faltan monos esta tarde, dijo un funcionario de la Empresa.

—¿Que faltan monos? preguntó don Aquilino.

—Sí; dos están enfermos, dos han cogido una *papalina*, y uno está asistiendo al alumbramiento de una tía suya.

—¡Qué contrariedad!

—Don Aquilino, ¿por qué no hace usted de mono?

—¡Hombre!

—Vaya, vístase usted.

—El caso es...

—No hay otro remedio.

Don Aquilino bajó la cabeza, y ahogó un suspiro.

Pero era necesario sacar á la Empresa de un apuro, y comenzó á ponerse la blusa silenciosamente.

—*¡Ta-ra-rí!*... hicieron los clarines.

Y aparecieron las cuadrillas en el redondel.

Don Aquilino iba entre los otros monos, con la vara en la mano derecha y los ojos fijos en el firmamento azul, pidiéndole á Dios apoyo y misericordia.

III

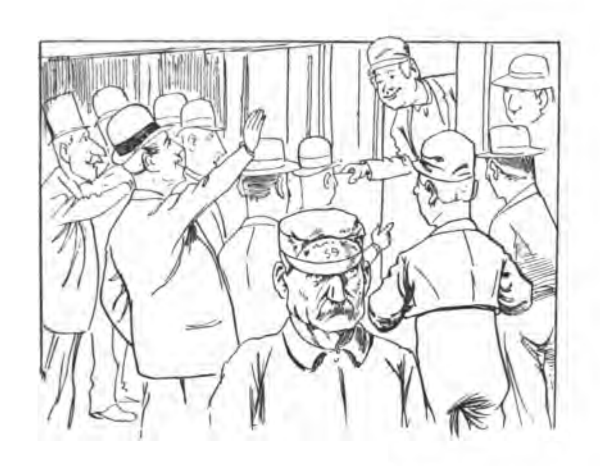
No hizo más que pisar el redondel, y se oyó un grito penetrante, que procedía de uno de los tendidos de sombra.

Don Aquilino levantó la cabeza y se puso lívido; después cayó al suelo como herido por un rayo.

Acababa de ver en el tendido núm. 9 á doña Zoa, que le amenazaba con ambos puños, gritando:

—¡Ah bribón! ¡Ah tunante! ¡Quítate esa blusa, y persígnate, que ahora bajo!





UNO DE TANTOS

I

La prensa taurina, digámoslo así, había echado á volar las campanas del entusiasmo.

¡Oh suceso extraordinario!

Iba á torear por primera vez en Madrid *el Barbián*, torero magnífico, astro andaluz, notabilidad extra, monstruo tauromáquico, principio y fin de todas las cosas.

Los andaluces están por encima de los catalanes en esto de la adoración á sus hombres. No hay andaluz que no crea que

Chiclana es lo mejor que hay en el mundo y sus arrabales, y que vale más una zapatilla de una andaluza que todas las mujeres del universo, empezando por María Santísima.

—Chiclana. ¡Hombre! El que no ha vizto Chiclana no ha vizto ná. ¡Y qué gente hay ayí! ¡Y qué mujeres, y qué vino, y qué toreroz!...

El caso fué que *el Barbián* llegó á la corte un sábado por la mañana, y en la estación le esperaban dos docenas de aficionados, en su mayoría chiclaneros, porque *er Barbián había nasío ayí*, *que ez donde está la fló de la torería*, *mejorando lo prezente.*

—¡Olé, viva tu mare! gritaron sus admiradores al verle aparecer en la portezuela de un coche de segunda.

Veinticuatro manos se agitaron en el vacío, pertenecientes á otros tantos caballeros que aspiraban á la honra de estrechar las del matador famoso.

Él (con letra mayúscula) descendió del carruaje con la majestad propia de los príncipes que viajan de incógnito, y cayó en brazos de aquellas dos docenas de majaderos.

Y todos juntos se dirigieron á la fonda.

—Pero, dime tú, rezalao, decía al *Barbián* uno de los señoritos que formaban la comitiva: ¿cómo te haz determinao á vení?

—Verazté, don Jozelito. A mí man zolicitao, y hazta han buzcao empeñoz, porque yo no quería toreá, ¿zabozté? pero ar final me he dicho, dice: "Voy á vorvé loco á los aficionadoz de Madrí..." ¡Y me he veníol

—¡Ahora verán lo que son toreros! gritó uno de los allí presentes.

—¿Qué quiere usted tomar? preguntó al matador otro de sus admiradores, tan pronto como hubieron llegado á la fonda.

—¿En ezta tierra hay vino? dijo *el Barbián.*

—Zí, contestó don Joselito. Lo mandamos desde allá pa que se güelvan locos de guzto los madrileñoz.

—Bueno, pues que me traigan unoz chatitoz, replicó el espada arrojando el sombrero sobre una silla.

Y comenzó la *juerga*, durante la cual todo fueron elogios para el primer torero del globo terráqueo.

—¿Ezte? decía don Joselito. ¡Ezte es el gran mataor que ha nacío! ¡Qué manera de pazá! ¡Y qué gracia tiene en los andare! ¡Y qué vizta, y qué zentío! Vamoz, hombre. Lo que ézte viene á hazé ez á darle la dezazón á loz cordobezez y á tooz loz toreroz de camama.

El Barbián acercó el vaso á los labios, hizo un gesto de disgusto para dar á enten-

der que él estaba acostumbrado á beber mejor vino: después, estirando con ambas manos las solapas de la chaquetilla y escupiendo fuerte, dijo:

—Eztá mal que yo lo iga; pero aquí no zaben lo que zon toro, ni torero, ni eztilo, ni circunstancia... ¿Verdá ozté, don Jozelito?

—¡Y ná maz! contestó el otro.

—A mí en toas partes me baten las parmaz porque dicen que vargo, y que zé deztinguir, y que me traigo un toreo verdá... Porque hay que nacé en Chiclana pa ser torero.

—¡Y ná maz! gritaron á coro seis ó siete admiradores.

La juerga duró hasta las doce de la noche.

El Barbián, mareado por las lisonjas y por el vino, se metió en la cama y sus entusiastas salieron á la calle diciendo:

—¡Pero si en Madrid no saben todavía lo que son toreros!... ¡Pero si aquí no hay quien sepa ver! ¡Pero si la verdadera afición está en Chiclana!

II

El Barbián asistió á presenciar el apartado, en compañía de las dos docenas de idólatras.

—Ezto no ez ganao ni ez ná, decía desde el balconcillo. Ezto lo mato yo de un eztornúo... Zi yegan á echá en Chiclana eztoz mozquitoz... ¡no ez bronca la que ayí ze arma!...

—¡Qué torero! exclamaban aparte los admiradores del *Barbián*. ¡Éste sí que es un hombre! ¡Se van á quedar bizcos los madrileños!



III

Y llegó la tarde.

Todos los criados de la fonda, la esposa del fondista, los amigos del *Barbián* y el aguador, que habia ido á cumplir con sus deberes acuáticos, no eran suficientes para

satisfacer las necesidades del torero inconmensurable y pasmoso.

—¡A ver! decía. Que me traigan la faja. Que me den las zapatillas. Que me zaquen la pañoleta del cueyo.

Vestido ya, comenzó á dar saltos y á tirarse de cabeza desde lo alto de la cómoda.

—¿Por qué hace usted eso? le preguntó un admirador.

—Porque tengo coztumbre de enzayá las caídaz... Pa zer güen torero hay que acoztumbrarse á tóo.

¡Aquél sí que era un diestro de primera clase! ¡Buena diferencia de éstos que matan en la Plaza de Madrid! ¡Oh Chiclana!... ¡Hay que confesar que eres la reina madre de la afición y el ama de cría de todos los barbianes del universo mundo!

IV

Las cuadrillas hicieron el paseo, con la gracia y el aquel propios del caso.

Al frente de los chulos marchaba el *Barbián* con su traje merluza y oro, originalísimo por su color y su belleza.

—¡Bendita zea hazta la papiya que tan dao, zalerozo! gritó un chiclanero que estaba en una barrera del 6 derritiéndose vivo.

Cinco minutos después pisaba la arena el primer cornúpeto.

—¡Olé ya! gritaron los admiradores del diestro.

Él desplegó la capa y quiso parar al berrendo, que salía boyante; pero recibió un achuchón que á poco más le deja exánime.

Algunos silbaron.

—¡Á cayar! dijeron los admiradores del matador. ¿Tiene er la curpa de que er toro sea un *ladrón?* ¡Ya le verán uztedez con la muleta!

Pero llegó el momento supremo, y el *Barbián* se dirigió temblando hacia la res, que no hizo más que verle y volvió la cara como si comprendiese que aquel era un torero de pandereta.

Las piernas del *Barbián* parecían dos aventadores impelidos por la mano de la cocinera. ¡Qué temblor!... ¡Qué fatigas!...

El toro, viendo que el *Barbián* no se acercaba, quiso conocerle personalmente, y le atizó un testarazo. El *Barbián* entonces soltó muleta y estoque, y se arrojó al callejón.

Sus admiradores lanzaron gritos de espanto: el público imparcial gritaba con todas sus fuerzas, y dos monos se acercaron al espada famoso para preguntarle:

—¿Tiene usted algo?

—¡Estoy partío! contestó él, dejándose conducir á la enfermería.

Los médicos, después de reconocerle con esmero, declararon que no tenía lesión alguna.



—Por de fuera no ze nota, contestó él; pero eztoy mu malito.

—¿Qué tiene usted? le preguntaron.

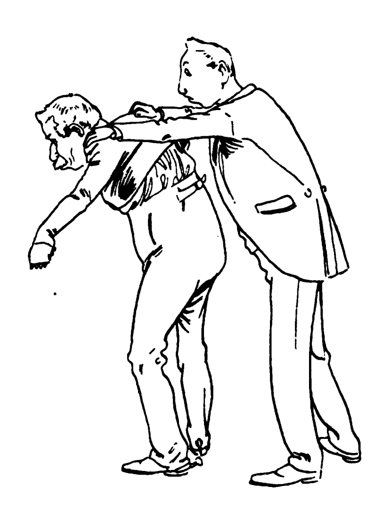
—¡Tengo un rezfriado mu grande! ¡Y una toz mu zeca!

V

Al salir de la corrida iba diciendo un aficionado *de verdad:*

—¡Siempre pasa lo mismo! El entusiasmo provincial ensalza á muchos toreros que vemos luego en la Plaza de Madrid y... nos resultan *congrios*.





DOBLE CAÍDA

Todos los de la oficina trataban de organizar una corrida de becerros en la Plaza del Puente.

Hasta don Nemesio, oficial de la clase de segundos, decía lleno de entusiasmo:

—Yo pico.

—¡Cómo! ¿Usted? preguntó asombrado un tal Betegón, primer espada y escribiente tercero.

—Sí, señor; y no sería la primera vez, porque en Navalmoral, cuando era emplea-

do en sales, hice de picador, y, á Dios gracias, gusté mucho. Para que ustedes lo sepan.

El caso fué que don Nemesio se comprometió formalmente á picar los cuatro becerros de la corrida, como primero de tanda; pero...

—¡Con una condición!... ¡Que no sepa nada mi mujer!... decía bajando la voz.

Llegó el día de la función, y todo era júbilo en el negociado, y nadie hacía cosa á derechas.

Don Nemesio había volcado dos veces el tintero sobre una "real orden„ creyendo que hacía uso de la salbadera. Otro de los funcionarios, que figuraba en la cuadrilla como sobresaliente de espada, era presa de la agitación, y se había olvidado en absoluto de la ortografía.

—Diga usted, don Nemesio, preguntaba á lo mejor. *¿Considerando* se escribe con *hache?*

—No, hombre, no; con *C* mayúscula, contestaba el aludido.

—¡Cómo tengo hoy la cabeza!

—Es natural. ¡Usted no ha banderilleado nunca!

—No, señor, aunque me esté mal el decirlo; pero ya verá usted esta tarde.

—¿Qué hora es? preguntaba otro de los

diestros, que era oficial quinto y además cojo de nacimiento.

– Las dos y media.

—¡Caramba! No vamos á tener tiempo de acabar estas comunicaciones antes de las tres.

—A las cuatro hay que ponerse en marcha para empezar á las cinco la corrida.

– ¿Y el jefe? ¿Está conforme?

—Ha dicho que sí.

—Corriente.

Había quien, no pudiendo resistir la emoción, paseaba á grandes pasos por la oficina, deteniéndose de cuando en cuando ante un sofá ó una mesa para hacerse la ilusión de que tenía enfrente al becerro.

—¿Qué hace usted, López? le preguntaban.

—Estoy estudiando la manera de meter el brazo y salir por la cola. Una, dos, tres... ¡ya está!

Y se tiraba por derecho, chocando contra la mesa.

A don Nemesio le había prestado una chaqueta el hijo del portero de la oficina, que era albañil; pero le venía apretada, y no cesaba de decir:

—Lo que siento es que no voy á poder mover los brazos con facilidad, y van á resultar bajas todas las puyas.

—En cuanto usted se caliente ya no sentirá molestia de ninguna clase, contestaba Betegón, que se las echaba de torero experimentado.

Dieron las cuatro.

El jefe otorgó el permiso, no sin recomendar á sus amados subalternos que fuesen prudentes.

—El toro es un "animal irracional,„ les dijo en tono de superioridad jerárquica, y dando á su amigable consejo el carácter de discurso. ¡Ah, señores! ¡Cuántas veces se ha visto que las diversiones producen grandes males! No me remontaré á los tiempos de Roma para demostrarlo. En Vallecas, sin ir más lejos, presencié yo, va á hacer por ahora dos años, el achuchón de que fué víctima uno de los primeros factores del ferrocarril.

Los *diestros* oyeron en silencio el discurcurso, y después de recoger los líos que contenían los trajes de brega, salieron en el tranvía hacia el Puente.

Don Nemesio decía para sí:

—¡Si supiera mi esposa que voy á picar! ¡Dios me libre de semejante desgracia! ¡Sería capaz de morderme!

La Plaza estaba casi llena.

Iban á presidir las señoritas de Dobladillo, la de Falsete y la de Camerana, amigas



de los lidiadores. En gradas y tendidos veíanse otras muchas señoritas, cursis de nacimiento, que habían obtenido billetes de convite, gracias á sus buenas relaciones con los chicos aficionados.

La cuadrilla llegó á la Plaza y cambió el traje de oficina por el de brega.

¡Qué guapo estaba Betegón con su chaquetilla de terciopelo verde averiado y su pantaloncito negro! El traje le había sido prestado por un antiguo mulillero de la Plaza de Toros, qne hoy pertenece á la carrera consular.

Don Nemesio, mientras se embutía en la chaqueta del albañil á duras penas, y con ayuda de uno de los escribientes, pronunció para sí el siguiente monólogo:

—El caso es que si mi esposa se entera, voy á tener un disgusto muy grande. Yo no he podido dominar estos días la agitación, y algo ha debido notar en mí, porque me dijo más de una vez: "Nemesio, tú tienes algo. Y como yo lo averigüe..." ¡María Santísima! Sería capaz de sacarme los ojos... Por de pronto, lo que debo desear es que los becerros no empujen... ¡Ay! Si me llevaran herido á mi casa... ¡No quiero pensarlo!

—¡Ea, á la lidia! dijo solemnemente Betegón. Ha llegado la hora.

La cuadrilla pisó la arena con la marcialidad propia de las circunstancias. A don Nemesio le habían dado un caballo que parecía de astracán por lo lanudo, y el animalito no quería andar aunque le pincharan con una navaja.



—¡Pobrecillo! decía don Nemesio. ¡Qué inteligencia tiene! Sabe que está destinado á sucumbir, y huye del peligro.

Salió el primer becerro, que fué saludado con exclamaciones de alegría por parte del público. Don Nemesio hubiese dado cuatro pesetas por verse en la Puerta del Sol.

—¡Caramba! dijo para sí. Tiene cuernos como un toro de verdad.

—Vamos al toro, le dijo Betegón.

—En el nombre del Padre y del Hijo, contestó don Nemesio.

Pero no había acabado la oración, cuando el torete, embistiendo al caballo, lo arrojó al suelo. Poco necesitaba el animalito para derrumbarse, porque estaba en el último grado de tisis. Don Nemesio cayó debajo, yendo á dar con la cabeza contra el estribo.

De allí le recogieron unos monos.

—A la enfermería, dijeron.

Un médico reconoció al infeliz funcionario, que tenía un chichón en la frente, lo mismo que una berenjena.

—Hay que llevarle á su casa, dijo el doctor después de envolverle la cabeza en unos trapos.

....

Doña Ramona, la esposa de don Nemesio, le vió entrar en la sala, acompañado de un mono sabio.

—Métale usted en la cama, dijo éste.

—¿Qué le ha pasado? preguntó ella sorprendida.

—Nada. Un tumbo.

—¿Pero de dónde viene?

—De picar en la corrida del Puente de Vallecas.

La esposa, irritada, se arrojó sobre don Nemesio.

A estas horas es muy posible que haya sucumbido.

No por efecto de la caída, sino por causa de las uñas de doña Ramona.







LAS AFICIONADAS

Hay señoritas sensibles y románticas que no pueden ver un sabañón sin desmayarse, y, sin embargo, asisten á todas las corridas de toros y presencian con imperturbabilidad heroica la efusión de sangre y los trompazos de nuestros más ilustres picadores.

Don Pegerto, el veterinario, tiene una hija que parece una sílfide, bella, espiritual y dada á la lectura de versos húmedos. Que no la hablen de erupciones, ni de bultos en la piel, ni de arañazos en el rostro, porque se pone nerviosa y ya no puede comer patatas guisadas en muchos días.

—Laurita, ¿te pongo? le pregunta su papá acercándole el plato.

—¡Jamás! contesta ella con acento melodramático.

—¿Por qué?

—Porque el pimentón parece sangre humana vista ordeñar.

—¡Qué hermoso corazón! ¡Qué ternura de sentimientos!

Pero llega el domingo, y el papá, que es un aficionado de los más impenitentes, dice á Laurita:

—Anda, ponte el vestido claro. Hoy tenemos toros de don Vicente.

Ella, al principio, hace como que se indigna, y dice:

—¡Cielos! ¡Jamás!

Después se viste con lo mejorcito del baúl, y entra en la Plaza respirando torería.

Cuando sale el primer toro, lanza un grito de horror, y vuelve la cabeza como si no pudiera resistir aquel espectáculo *bárrrbaro,* como ella dice.

Los que la ven no pueden menos de exclamar para sus adentros:

—¡Oh alma generosa! ¡Oh temperamento delicado! Se conoce que la pobrecilla no está acostumbrada á estas cosas, y sufre en presencia de las tripas en dispersión.

—Papá, dice ella á cada paso; yo me conmuevo toda... ¡Ay!

—¿Qué tienes, Laurita?

—Temo que el bruto estropee á cualquiera de esos jóvenes.

—Tranquilízate.

Laurita, á fin de atraer las miradas de los aficionados, lanza gritos de espanto á cada momento, y dice en alta voz que se quiere ir, porque aquello es cruel y despiadado.

Algún espectador sencillo la tranquiliza con estas ó parecidas palabras:

—No tema usted, señorita. El toro es un animal muy noble, que respeta á los diestros cuando sabe que tienen familia ó que trabajan para desempeñar la ropa.

—¿Por qué habré venido aquí? contesta ella.

El papá, que está en el secreto, se ríe por la parte interior; pero no quiere descubrir á la chica, y añade:

—Vamos, mujer: haz un esfuerzo... ¡Qué diantre! Ya sé que esto no te gusta; pero en el mundo hay que acostumbrarse á las emociones fuertes. Mañana te casas, y no sabes lo que te podrá suceder con tu marido.

Laurita se mueve, presa de una agitación nerviosa, imposible de dominar, y algunas veces coge el brazo del espectador que tie-

ne á su derecha, y le da un pellizquito suave, y después dice con acento medroso:

—Usted dispense.

—No hay por qué, señorita, contesta él. Apriete usted cuanto guste.

—Son los nervios.

—Lo sé.

—¡Ay!



—¿Se pone usted mala?

—Sufro mucho.

—Porque es usted un ángel.

—Gracias. Usted me comprende.

Pero llega un momento supremo; el matador ha desplegado la muleta delante de la cara del toro, y éste le acomete furioso.

El público lanza un grito, y muchos espectadores se ponen de pie. Laurita vuelve la cabeza para no presenciar una catástrofe.

—Serenidad, joven, la dice el espectador sencillo. No ha pasado nada.

El matador quiere meter el brazo, y sale dando traspiés, hasta romper una tabla con la cabeza.

Entonces Laurita echa en olvido su papel de chica sensible, y no puede menos de decir con acento irritado:

– ¡Ese no es un torero; es un *chancleta!*

¡Ha vencido la afición! No se puede negar que Laurita es hija de don Pegerto.

Nosotros conocemos muchas jóvenes como ésta. Van todos los domingos á la Plaza, presencian imperturbables los incidentes de la lidia, aunque aparenten que no les gustan, y después andan diciendo por ahí que el espectáculo es horripilante é impropio de un pueblo culto.

– Entonces... ¿por qué va usted? se las pregunta.

—Porque papá quiere que me acostumbre á todo, responden con afectada sencillez.

Hay que convenir en que la afición ha adquirido gran desarrollo entre nuestras más sensibles señoritas, y que, al paso que vamos, pronto habrá toreras de la clase de

modistas, y picadoras del ramo de literatas, que por la mañana escribirán un artículo ensalzando las emociones puras de un alma virgen, y por la tarde picarán un toro de seis años.

Después de todo, la mujer puede llegar á la perfección en esto del toreo, por la costumbre adquirida.

Hay señora casada que se pasa la vida toreando á su esposo y poniendo varas á todos los jóvenes solteros que encuentra en la calle.





NOTAS TAURINAS

NADA perturba tanto á los hombres (y á las mujeres) como la afición taurina, y ante ella se entregan por igual á las dulces expansiones del entusiasmo, lo mismo el respetable senador del reino que el alumno de tercer año de Medicina.

Severo y grave como una misa de difuntos es don Hermógenes, uno de los primeros magistrados de la nación, que está abo-

nado á contrabarrera; y yo le he visto de pie, con el sombrero echado hacia atrás y el bastón en la mano, desatarse en improperios contra el presidente, porque había mandado un toro á banderillas antes de tiempo.

—¡Que se vaya! ¡Que se vaya! decía el público.

Y don Hermógenes, poniendo las manos á ambos lados de la boca, á guisa de tornavoz, gritó desaforadamente:

—¡Que lo maten! ¡Que lo maten!

Aquel dignísimo sujeto, fiel guardador de los fueros de la autoridad, y que tres días antes dictaba una terrible sentencia contra un ciudadano que había llamado "feo" á un guardia de orden público, no tenía reparo en pedir á gritos la cabeza de un teniente de alcalde, y hubiera pasado á cuchillo á todos los regidores que ocupaban el palco presidencial.

Nosotros conocemos á un hombre político importante, que rehuye toda conversación con los periodistas del salón de conferencias, por considerarles gente de poco pelo, y días pasados sostenía un animado diálogo con el *Buñolero*, á quien trataba de hacer comprender la influencia de la política alemana en Europa.

Los aficionados de raza llevan su admi-

ración por los lidiadores hasta un punto inconcebible.

Hablábase de la belleza de *Guerrita*, y una señora, en el colmo del entusiasmo, llegó á compararle con la Virgen de los Dolores.

—¿Y cómo encuentra usted á Pepe Calderón? le preguntaron.

—También es muy guapito, contestó la dama.

—Y tiene una caída de ojos preciosa, añadió otra señora allí presente.

En casa de don Emeterio no se habla más que de toros.

Las paredes están llenas de objetos pertenecientes á la tauromaquia en todas sus manifestaciones.

Por haber, hay una piel de mono sabio curtida y colocada á modo de alfombra delante del sofá.

La señora de don Emeterio nos decía:

—Mi marido es fanático por los toros. Esas banderillas que ve usted encima de aquel cuadro, tienen mucho mérito.

—¿Han pertenecido á algún toro célebre?

—No, señor; esas se las han puesto por equivocación á Emeterio en una corrida de aficionados. ¡Estuvo muy malito!

En el recibimiento hay una magnífica cabeza de toro disecada.

—Esa cabeza es de un toro que mató Eme-

terio en los Campos Elíseos hace diecinueve años... con ayuda de un piquete de la Milicia nacional.

Y un chiquitín que tenía en brazos la señora, alargó la manita, y señalando á la cabeza del toro, comenzó á decir con su encantadora media lengua:

—¡Papá... papá!...

—

Lo mismo en la Plaza de Madrid—la Metrópoli, como quien dice,—que en las de los demás puntos de España, habrá este año gran número de corridas.

Obsérvase con regocijo que las señoras se españolizan de día en día, y presencian entusiasmadas los mil incidentes que ofrece la función. Algunas, llevadas de su natural sensibilidad, esperan ansiosas que la fiera ocasione los perjuicios naturales, y excitan el amor propio de los diestros con estas delicadas frases, que revelan el más exquisito gusto taurófilo:

—¡Vaya usted al toro, so maleta!

Hay esposos que cifran todo su empeño en iniciar á sus señoras en los secretos de la tauromaquia, y las abonan á tabloncillo.

—¡Ya verás, ya verás qué emoción se experimenta al ver un hombre en los cuernos! decía uno de estos maridos á su mujer, antes de empezar la corrida.

—Eso lo he visto siempre al revés, replicaba ella candorosamente.

—¿Al revés?

—Sí: he visto los cuernos en el hombre.

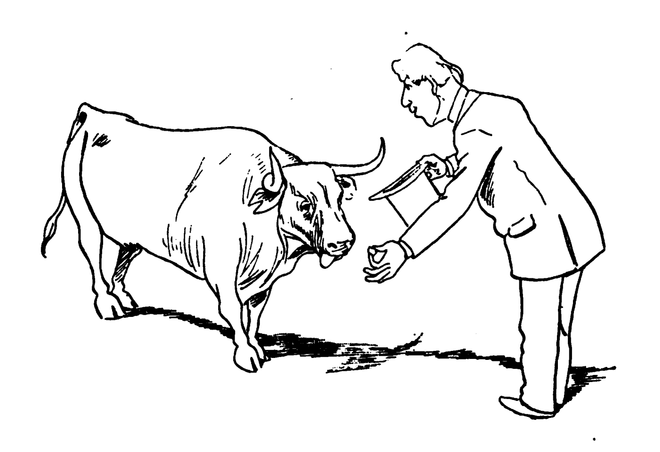
El marido, que era complaciente como pocos, corrió á ver á *Pegote*, que estaba en el corral dando la última lección á su caballo, y le dijo con la mayor finura:

—¿Tendrá usted inconveniente en dejarse enganchar esta tarde?

—*¿Estasté* loco?

—Hombre, sí; para que lo vea mi señora.





INNOVACIONES TAURINAS

Trátase de reformar el toreo.

Los aficionados se han convencido de que hay necesidad de introducir reformas en el arte, y cada cual saca un proyecto de su cabeza para no ser menos que don Ponciano, el monstruo de Méjico.

Él ha venido á enseñarnos una porción de suertes nuevas, y nosotros estamos en el caso de demostrar al mundo que, en cuestión de cuernos, no hay quien nos eche el pie delante.

Ya hay por ahí más de un patriota sencillo y hombre de bien que se dedica á inventar lances de capa, saltos, morisquetas y

todo cuanto puede influir en beneficio del nuevo toreo. La cuestión es introducir novedades en el espectáculo, para que vean los diestros ultramarinos que también nosotros tenemos imaginación.

Entre los innovadores figura *Cacheta,* inventor ilustre, que practica el salto de frente, apoyando el pie izquierdo en el testuz del bicho. Tras éste vendrá otro que saltará de costado con una copa de vino en la mano derecha y un panecillo en la izquierda, hasta que aparezca un nuevo genio y salte apoyando la frente en la cola de la res, como quien va á darle un recado.

Ayer me lo decía un antiguo revistero que ahora tiene cacharrería en la calle del Salitre:

—No basta picar un toro, ni ponerle banderillas, ni despacharle de una buena estocada. Hay que hacer cosas nuevas para que no se aburra el público. A mí se me ha ocurrido una suerte muy bonita; pero no puedo ensayarla por falta de toro. Consiste en citar á la res con un sombrero de copa, y al tiempo de arrancar se le saluda cortésmente, como dándole á entender que se interesa uno por su salud. Entonces el toro, viéndose halagado, se acerca sin recelo, y... ¡pum! le mete uno los dedos por las ventanas de la nariz. El otro día pude practicar

esta suerte, valiéndome de un sacerdote que estuvo en casa de visita, y no tuvo inconveniente en hacer de toro interino.

Es incalculable el número de combinaciones á que se prestan los toros.

Hay que tener en cuenta que son unos animales sencillos, y que se dejan engañar con cualquier cosa. El halago puede ser un gran elemento para la práctica de suertes nuevas, y de ahí que el cacharrero trate de sujetar los toros por la nariz.

A medida que el hombre estudie podrá ir introduciendo grandes reformas en la lidia de las reses bravas, y aún hemos de ver, con el tiempo, poner banderillas en catre y dar volapiés con la cabeza metida en una almohada.

Un torero contemporáneo del *Hurón*, que ha perdido las facultades y se dedica ahora á la elaboración de panecillos largos, trata de poner en práctica varias suertes originalísimas.

Una de ellas se reduce á presentarse delante del toro en calzoncillos, para que que crea el animal que está uno convaleciente. Llega, huele al torero, y cuando se dispone á darle una cornada para quitarle de penas, se le sujeta convenientemente y queda el diestro montado en ambas astas como si estuviese en un columpio. Puede

suceder que el bicho, al sentir el peso, dé una sacudida y reviente al hombre; pero lo natural es que se tranquilice y se eche. Entonces acuden los demás individuos de la cuadrilla y cubren al toro con un tapete, hasta dejarlo inmóvil; después van poco á poco destapándole, y le ponen, por último, un pañuelo á la cabeza y una bata de color, como si fuera una chula.

Otra de las suertes ideadas por el torero de tahona, consiste en untar al toro con aceite de almendras dulces y sacarle la raya para hermosearle. A este fin se coloca un torero en mitad del redondel, sentado en una silla, con un peine y un cepillo, y el mérito de la suerte se limita á esperar que la res baje la cabeza para aprovechar la ocasión y peinarlo.

¡Sabe Dios cuántas sorpresas nos están reservadas, ahora que cada cual busca recursos nuevos con que amenizar el espectáculo taurino!

Poco á poco irán saliendo reformadores, y ha de llegar el día en que el talento del hombre conseguirá convencer al toro hasta conducirle al café para que alterne con sus verdugos.

Ya falta poco para que las reses se sometan incondicionalmente. Hay toros que hasta bajan la cabeza para dejarse poner

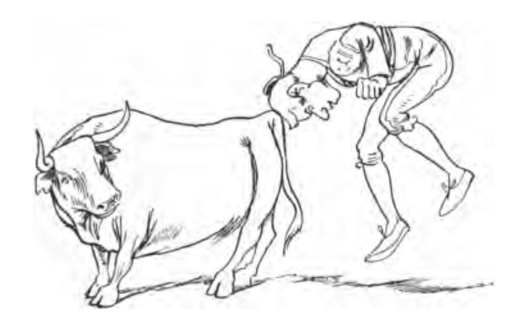
las banderillas, como los hay que se cuadran sin ayuda de la muleta para facilitar la suerte del volapié.

Muchas veces creemos que es el matador quien arregla la cabeza, sin comprender que el toro mismo, por espontáneo movimiento, es quien se coloca en disposición de que lo despachen.

El toro se va ilustrando, de modo que, con un pequeño esfuerzo, podrá el hombre vencerle y matarle con toda confianza

Todas las nuevas suertes que se introduzcan en el ramo encontrarán decidido apoyo entre el ganado vacuno. Dígalo, si no, la conducta de los toros cuando lució don Ponciano sus habilidades.

Si los toros aquellos hubiesen tenido menos ilustración, ¿dónde estaría á estas horas el ilustre torero de allende los mares?





PERIODIQUERÍAS

La boda de *Guerrita* ha revestido los caracteres de un verdadero acontecimiento nacional.

Casi todos los periódicos dieron la noticia henchidos de entusiasmo, y faltó poco para que alguno saliese á la calle con orla, como cuando dan á luz las princesas.

A Dios gracias, todo lo que se relaciona con el arte de Romero adquiere de día en día mayor importancia en este país, y dentro de poco no serán los matadores los únicos que ocupen la atención de la prensa.

Al paso que vamos, aún hemos de leer calurosos artículos dando cuenta de la boda de un mono sabio, ó del parto feliz de la esposa de un arenero.

Todo cuanto se relaciona con la vida pública y privada de los diestros llega á noticias del país por conducto de la prensa periódica, y, á lo mejor, lee uno noticias como la siguiente:

"El espada *Cara-ancha* ha adquirido por tres mil pesetas un caballo de pura sangre española, y se propone lucirle en la próxima feria de Sevilla, juntamente con una chaquetilla de terciopelo, color salmón, y unas botinas con cañas verdes.„

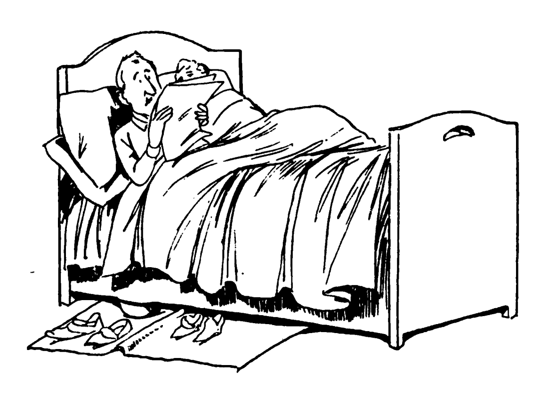
Algunos creen que ciertas cosas carecen de importancia, y que al país le tienen sin cuidado estas y otras chaquetillas; pero lo cierto es que hay mucha gente aficionada á saber cuántos calzoncillos guarda en el baúl el *Gordito*, y á qué hora se corta los callos.

Así como hay revisteros de salones que se pasan la vida oliendo los manjares del ambigú para dar cuenta al mundo de sus observaciones culinarias, y molestan á las señoras preguntándolas de qué color usan las medias y cuánto les ha costado el corsé que llevan puesto, hay también escritores taurinos que no hacen otra cosa más que

perseguir á los diestros y observarles de cerca para contar en los periódicos toda clase de majaderías.

"Parece que el banderillero *Añillo* se ha mandado hacer unas botas de dos suelas para salir á paseo por las tardes."

"Dícese que pronto contraerá matrimonio con una distinguida señorita del barrio de Triana el conocido matador *Bandullete*, que, como saben nuestros lectores, tiene un lunar de pelo muy hermoso junto á la barba."



"Entre los regalos con que ha sido obsequiado el diestro *Cabezota*, figuran un chaleco de Bayona y un paquete de sinapismos Rigolot. Este reputado torero tiene

ajustadas tres corridas en Calatayud, y además le han salido cortos unos pantalones.„

Gran número de noticias parecidas á éstas esmaltan las columnas de los periódicos, y hay aficionados que las leen con regocijo, y hasta dicen á sus esposas, rebosando interés:

—¿Sabes lo que sucede, Gumersinda?

—No, Rodríguez.

—Pues que á *Tripín*, el banderillero, le ha brotado una erupción maligna. Acabo de leerlo en *El Derrote*, de Albacete, y no sé lo que me pasa.

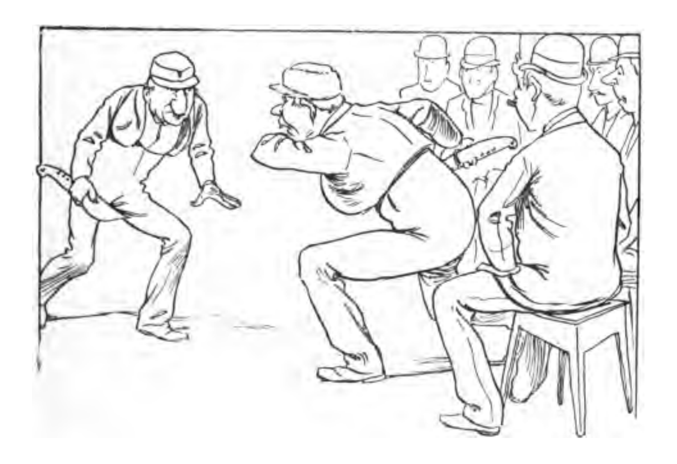
Con el tiempo no se limitarán los periodistas taurinos á dar cuenta de las alteraciones que sufre la salud de los toreros, sino que llevarán su interés hasta el punto de escribir artículos del tenor siguiente:

"Anoche asistimos á la distinguida *bronca* con que obsequió á sus amigos, en la taberna del *Pelón*, el ágil mono sabio conocido por *Narizotas*. Después de un animado diálogo sobre la manera de dar cachetes, que sostuvieron gallardamente el anfitrión y un reputado trapero de la Ronda de Embajadores, se convino por todos en la necesidad de andar á puñaladas, verificándose varios encuentros entre *Narizotas* y el trapero. Éste, con la mayor delicadeza, mojó hasta

tres veces, siendo conducido al Hospital su contrincante con pocas esperanzas de vida.

„No se borrará nunca de nuestra memoria la agradable fiesta de ayer, que viene á demostrar cuán desarrollado está entre la gente torera el valor personal, así como el útil empleo de las navajas de lengua de vaca.„

La prensa contribuirá poderosamente á



difundir las glorias de los que viven ligados al arte con diferentes vínculos; y si hasta hoy se hablaba tan sólo de los espadas de cartel, y de los picadores y banderi-

lleros de nota, de aquí en adelante figurarán en las columnas de los periódicos los ilustres nombres de los monos, areneros y demás gente ordinaria, pero distinguida, que presta importantes servicios en el ruedo y contribuye á la mayor gloria de nues tro espectáculo nacional.

Cuando se hayan concluído los retratos de los lidiadores, la prensa comenzará á publicar los de aquellos seres anónimos que arrean con delicadeza y dan la puntilla con equidad y aseo; sin olvidar tampoco los que recogen en espuertas los fragmentos gloriosos de las caballerías inmoladas, y entonces se leerán artículos biográficos como éste:

"Alifonso Belchite (a) *Morrocaído*, cuyo retrato publicamos en la primera plana, nació junto al arroyo Abroñigal, y fué creciendo en la caballeriza de la Plaza de Toros, hasta llegar al puesto distinguido que hoy ocupa. Mono sabio por convicción y por temperamento, cultiva el trato de los piqueros todos, especialmente del *Boceras*, con quien le une antigua amistad... ¡Ah! ¡Cuántas veces les hemos visto bebiendo juntos y dándose puñetazos cariñosamente, después de haber apurado cuatro docenas de copas!

„La existencia de *Morrocaído* fué siem-

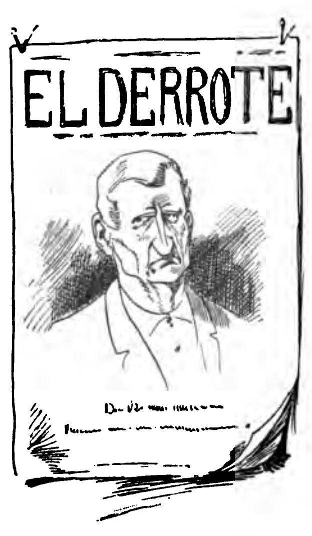
pre semillero de disgustos. Obligado por las circunstancias, se vió en la necesidad de reventar de una patada á la cariñosa compañera de su vida, por lo cual pasó á la cárcel. Hoy, libre de toda responsabilidad civil, vive entregado al toreo y es una de nuestras glorias nacionales.

„Obedeciendo á las indicaciones de sus amigos, es muy posible que presente su candidatura para uno de los distritos de esta corte, como concejal independiente.

„Nosotros le saludamos desde estas columnas con el respeto y la consideración que merecen sus altas dotes.„

¿No es verdad que estamos en vísperas de que se realice algo de esto?

Que conteste el lector.





CARTA ÍNTIMA

Coria 2 de Mayo de 1888.

Mi estimado congénere: Sé que te han escogido para una de las corridas que se celebrarán en Madrid en la presente temporada; y yo, que soy toro viejo y vivo aquí en clase de senador vitalicio de la ganadería, quiero probarte mi buena amistad, dándote algunos consejos.

He conocido á tu padre, que era un cárdeno de buenas carnes, simpático, cariñoso y amigo de hacer un favor á cualquiera; le vi morir, como quien dice, de setenta y dos pinchazos, á manos de un señorito que parecía un limpiatubos y toreaba de afición en la Plaza de los Campos. ¡Qué tarde aquella! Estábamos tu padre y yo en el co-

rral; él procedía de una vacada de Colmenar, yo de otra andaluza; nos vimos junto á un burladero, y sentimos brotar á un tiempo en nuestros corazones la más dulce simpatía.

Él me dijo:

—¿Tú de dónde eres?

Y yo le contesté:

—De Coria, para servirte.

– ¿Qué tal por allá?

—Pues todo sigue lo mismo.

—¿Y los pastos?

—Buenos, á Dios gracias.

—¿Sabes á qué nos han traído aquí?

—He oído decir á un cabestro anciano, que nos van á torear.

—¿Y eso qué es?

—Si quieres que te diga la verdad, lo ignoro completamente.

Entonces... ¡infelices! no sabíamos de lo que es capaz el hombre.

Tu padre, que aunque de buenos sentimientos era bastante bruto, no dió importancia á la noticia, y se puso á comer hierba con la tranquilidad de un académico, aunque sea mala comparación. Cuando hubo terminado de engullir, empezó á limpiarse el hocico con la lengua, porque era muy aseado y cuidadoso; después habló así:

—Yo, como te dije antes, soy de Colmenar, donde he dejado á mi señora y á un chico. Es la primera vez que nos separamos, y si esta ausencia dura mucho, soy capaz de derribar la puerta de una cornada.

No había acabado de expresar su pensamiento, cuando vimos que los mansos se ponían en pie. ¡Infames! Iban á conducirnos á los chiqueros, donde debíamos permanecer hasta la hora de la corrida. Tu padre se dejó conducir como un becerro inocente; yo, que siempre he sido escamón y malicioso, permanecí en el corral sin moverme. Trataron de levantarme, pero todo fué inútil.

—Ese toro está enfermo, dijo el mayoral de mi ganadería.

—¡Oh qué idea! exclamé yo. Finjamos una dolencia.

Y me puse á dar suspiros que levantaban polvo. Este ardid me salvó de una muerte cierta, y al día siguiente era conducido de nuevo á mi ganadería, como toro inservible. Pero antes supe, por boca de los cabestros, que tu padre y tres compañeros más habían sucumbido á manos de unos cursis, con gran aplauso del público.

Ahora bien; tú vas á sufrir igual martirio, y no puedo consentir que entregues tu inocente cabeza en manos de los toreros. No

hagas caso de los capotes; cuando veas un caballo, retírate sin tocarle; si te llaman los banderilleros, no les mires siquiera.

Siguiendo las gloriosas tradiciones de los colmenareños, debes arrimarte á la barrera y permanecer allí hasta que el presidente ordene la retirada al corral, porque lo primero que hará el público cuando vea tu actitud pasiva, será gritar:

—¡Otro toro! ¡Otro toro!

No te ofendas aunque oigas esta frase despreciativa; tú salva la pelleja, y ríete del mundo.

Hay toros considerados y toros vanidosos: los primeros se dejan lidiar por no hacer mal tercio á los ganaderos, y los segundos por no desmentir la casta. Perdóneme su memoria, pero esto me ha parecido siempre una brutalidad de á folio. El día que los toros se identifiquen con su situación, no va á haber quien se les ponga delante ni quien les eche un mal capote.

A nosotros lo que nos ha perjudicado siempre ha sido la curiosidad. Nos enseñan un trapo rojo, ó azul, ó amarillo, y vamos corriendo á enterarnos. ¡Ya podrían venirme á mí con trapitos! Del primer envite mandaba á la enfermería á todos aquellos mamarrachos. Mira tú: una tarde vinieron á esta ganadería varios amigos del amo,

con objeto de conocernos personalmente y merendar después. Entre los señoritos había uno con patillas de hacha, chaquetilla con alamares y sombrero sevillano.

—Vaya, Joselito, comenzaron á decirle; luzca usted su gracia,

Por lo visto tenía reputación de gracioso aquel mono domesticado.

El hombre cogió una manta y se vino hacia mí, creyendo, sin duda, que mis años y mi respetabilidad me obligarían á cornear con cierta parsimonia.

No hice más que verle y... ¡pum! le arrimé tal trompada, que el pobre cayó al suelo hecho un guiñapo; después le metí el asta derecha por entre la faja, y me lo llevé al pesebre más próximo. Y allí... ¡no quiero decirte cómo le puse!

Cuando fueron á recogerle estaba completamente mojado, y sus compañeros se reían de él y celebraban el sistema que había empleado yo para expresar mi desprecio.

En fin, amigo mío, tú puedes hacer lo que quieras; pero te aconsejo que vivas prevenido, y no dejes que te pinchen ni que te tomen el pelo. Lo mejor sería que no te dejases *apartar*, y cuando los mansos se acercasen á ti como si fueran á darte un recado, les mandaras enhoramala y te echaras á dormir.

Pero si no tienes más remedio que salir á la plaza, allí debes demostrar que eres un toro instruído. ¿Cómo? Arrimándote á las tablas y recibiendo los capotazos como recibe Puigcerver las quejas de los contribuyentes. No hay sistema como éste. ¿Que te cita un picador? Vuelves la cabeza y te pones á mirar al cielo. ¿Que te llama un chulo con el capote? Te haces el desentendido. ¿Que te quieren poner banderillas? Te echas... En fin, la cuestión es que no le toreen á uno: á ver si se acaba de una vez la maldita costumbre de matar padres de familia del ramo vacuno, y si dejan de enriquecerse los matadores á nuestra costa.

Y con esto no canso más. Ponme á las pezuñas de tu señora madre, un lametazo á tus compañeros, y queda tuyo afectísimo marrajo y cariñoso amigo,—*Nevado.*



UN AFICIONADO



El que se atreva á combatir las corridas de toros en presencia de don Gumersindo, ya puede prepararse, porque se le sube la sangre á la cabeza y quiere levantar la mano y todo.

Él tuvo un cuñado que fué uña y carne de *Cúchares*, y se aficionó de tal suerte á tratar con los toreros, que hoy conoce á *Lagartijo*, á *Frascuelo* el mayor y á Leandro Guerra, el puntillero. A este último le vió nacer, como quien dice, porque don Gumersindo ha vivido muchos años en la misma casa donde dió á luz la madre del diestro, y ya

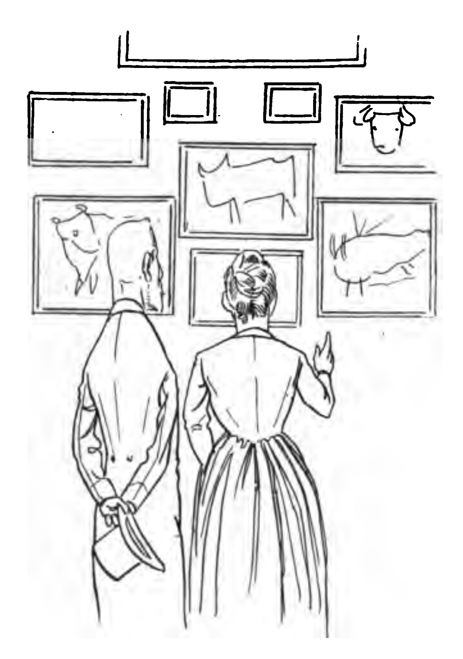
desde chiquitín descubrió en él aptitudes sobresalientes para el manejo de la puntilla.

El caso es que don Gumersindo, procurador de los Tribunales y hombre de edad madura, tiene dos grandes pasiones: la de los toros y la del bacalao guisado á la vizcaína Que no le hablen de teatros, ni de paseos, ni de política, ni de nada. Prefiere una corrida á todas las riquezas de este mundo, y da todos los honores y condecoraciones de la tierra por una cazuela de bacalao con pimientos y tomates.

Su casa es un museo tauromáquico. Tiene la montera que cubría la cabeza del *Hurón* la tarde que le destrozó las narices un toro con una pezuña; tiene una banderilla que clavó el *Mañero* en el morrillo de un mono sabio, creyéndole toro; tiene una media que perteneció al *Cirineo;* unas zapatillas que usaban los banderilleros desgraciados en diferentes ocasiones y alternativamente, por no tener más que unas para todos; tiene, en fin, la divisa del toro que enganchó al *Bandullo* por la faja, después de haberle puesto éste un par de banderillas en el mismo rabo.

Además, don Gumersindo posee un retoño, es decir, un chico de doce años de edad, hijo suyo y de su esposa doña Petra. Este hijo ha salido con tal disposición para el

arte de Pradilla, que dibuja un toro en menos tiempo que emplea Bartolesi para sufrir una costalada; y como sabe que á su papá le entusiasma el género, el bueno del



muchacho se pasa la vida pintando toros y poniéndolos marcos para adornar las paredes de su casa.

Algunas veces llega un amigo de visita, y al ver aquellas pinturas, dice á la mamá del muchacho:

—¡Caramba! ¡Cuántos cuadros tiene usted!

—Son obra de mi Antolín.

—Pues dibuja muy bien. Esta ballena está está muy propia.

—No es ballena.

—¿No?

—Mírele usted los cuernos. Es un toro del duque de Veragua.

—Efectivamente. Ahora le veo la encornadura.

Don Gumersindo desprecia á todo el que, siendo español y teniendo completas sus facultades, no va á los toros todos los domingos. Tiene un primo que detesta el espectáculo nacional, y hace doce años que no le dirige la palabra ni quiere saber nada de él, porque dice:

—Eso es herir los sentimientos de uno. Basta que sepa que soy aficionado, para que trate de ofenderme. La última vez que regañamos fué porque dijo que la mujer del *Melones* era picada de viruelas. No me pude contener, y por poco le tiro á la cabeza un pleito de mayor cuantía que llevaba en la mano.

Llega á tal punto el entusiasmo de don

Gumersindo por nuestra fiesta popular, que todos los días de corrida se levanta temprano y va á ver los toros por debajo de la puerta del corral.

—¡Caramba! dice á solas, echado de bruces en el suelo. Aquel cárdeno tiene trazas de ser un gran toro. El berrendo no me gusta tanto... ¡Vaya un negrito bien puesto!

Cuando ha examinado á su sabor los pelos de los toros, corre al café del Siglo y busca á sus compañeros de abono, que tienen la costumbre de ir allí todos los días de corrida á tomar café y á saborear de antemano los incidentes de la función.

—¿Qué tal? le preguntan. ¿Sabe usted algo de los bichos?

—Los acabo de ver á todos.

—¿Son buenos?

—¡Oh! ¡Superiores!

Y se pone á hablar de lo que van á hacer aquellos toros, como si estuviera leyendo en el libro del porvenir vacuno.

¡Qué entusiasmo el de don Gumersindo mientras llega la hora de la corrida! Él, que es gruñón de suyo, entra en su domicilio con cara alegre, y pregunta á doña Petra:

—¿Qué tenemos para almorzar?

—Albondiguillas.

—¡Cuánto te lo agradezco!

—¿Te gustan?

—Me entusiasman.

—¡Como anteayer dijiste que no las podías resistir!...

—Acabo de ver los toros.

—¿Sí?

—¡Magníficos! Hay uno cárdeno que va á quitar el sentido...

El procurador come bien y bebe más de lo regular, y hasta se permite echar unos cuantos chicoleos á su esposa, qne le dice en tono cariñoso:

—¡Ay, Gumersindo! ¿Por qué no habrias de estar siempre así?

Su felicidad termina cuando arrastran el último toro. Entonces comienza por disgustarse con los del tendido, porque interceptan la salida; después tropieza con un vendedor de naranjas, y quiere darle con el bastón; más tarde llega á su casa, y gruñe porque el quinqué tiene tufo, porque la sopa está salada, y porque en la vecindad canta un grillo.

—¡Jesús, Gumersindo! dice su esposa. ¡No se te puede resistir!

—¡Petra! ¡Tengamos la fiesta en paz!

—¿Pero qué te sucede?

—Nada.

—¿Has tenido algún disgusto en los toros?

—¡Los toros!... ¡No vuelvo á poner los pies en la Plaza!

—Siempre dices lo mismo.

—El que se abone no tiene vergüenza. ¡Los toros!... ¡Que no me hablen!

Sale de casa echando demonios, llega al café, donde se comenta la corrida, y allí don Gumersindo se desata contra los ganaderos, los matadores, los chulos, el presidente y las mulillas. Todo lo encuentra detestable, hasta la nariz de uno de los alguaciles, y jura no volver á la Plaza mientras viva.

—¿Qué hemos visto esta tarde? ¡Nada! Los toros, blandos; los banderilleros, flojos; los matadores, huidos; el público, imbécil.

—El jueves hay corrida extraordinaria.

—¿Eh? dice don Gumersindo con ansiedad. ¿El jueves?

—Mata *Cara-ancha* seis toros.

—*¿Cara-ancha?*

—Es posible que no vaya nadie.

—¡Qué ha de ir! grita don Gumersindo. ¡Nadie!

Cinco minutos después se dirige á uno de los contertulios, y pregunta:

—Diga usted... ¿Á nosotros, los abonados, se nos reservan las localidades para el jueves?

....

Y el martes ya está don Gumersindo haciendo cola para tomar su billete.

Porque su desesperación y su propósito de no volver á los toros sólo dura... mientras no fijan el cartel para la próxima corrida.



MÁS PROGRESOS



Casi todos los días aparece un nuevo astro en el horizonte taurino; pero por esta vez el astro ha resultado *astra*.

Trátase de una joven que responde por *Frascuela*, y ha toreado en la Plaza de Almería ante un público numeroso y *escogido* como los cigarros de diez céntimos.

Salió al ruedo de nuestros mayores llena de entusiasmo, y con la misma serenidad que si fuese á lavar unos calzoncillos. Los aficionados, al verla, prorrumpieron en gritos de júbilo.

—¡Olé! decía uno.

—¡Bendito sea tu vientre! gritaba otro.

Y á este tenor siguieron animándola con

frases más ó menos pudorosas, hasta que comenzó la brega.

El novillo no hizo más que salir, y se fué derecho á la diestra, como aquél que dice:

—Ven á mis brazos, paloma.

Pero la chica, que es corta de suyo, se retiró prudentemente por el foro, con tal aturdimiento y preocupación, que, en vez de agarrarse á la barrera, se agarró á un mono de confianza, y á poco más le ahoga.

No puede decirse que la corrida haya resultado brillante, pero el público pasó un rato divertidísimo.

La *astra* taurina, después de lucir su destreza con el capote, quiso despachar al cornúpeto, y cogió los trastos. El animalito amaba su propia existencia sobre todas las cosas de este mundo, y no quería morir por más que le decían:

—Anda, hermoso, que se quiere lucir la *Frascuela*.

—Déjate pinchar, torito, que la cosa no tiene malicia.

—Ponte bien, cariño, que te va á despapachar esta señorita.

A estas y otras advertencias amistosas, el cornúpeto contestaba con derrotes y bufidos, hasta que la *Frascuela* notó que se la aflojaban las enagüillas, y dijo desconsolada:

—Siento tener que decirlo, pero yo no mato esa fiera.

—¿Por qué? le preguntó un banderillero que parecía un sacatrapos por lo saleroso.

—Porque voy á *gomitar*.

Entonces la cuadrilla, siempre galante con las damas, acordó sujetar al bicho para que la *Frascuela* pudiera pincharle como quien cala un melón; pero ella, equivocán-



dose de res, fué á clavar la espada en la muñeca de un amigo, que lanzó un terno y se lió á puñetazos con toda la torería allí presente.

El público silbaba, el toro mugía, la *Frascuela* se ataba las enaguas junto á la

barrera, y la autoridad, harta de consideciones, cogió á la *astra* y la encerró en la cárcel para que no la entrasen moscas.

Este *debut* no ha sido de los más gloriosos; pero esto no quiere decir nada, porque hemos visto otros peores en el ramo de tiples y en el de besugos taurinos. Hoy la *Frascuela,* por circunstancias especiales, no ha podido pinchar; mañana ó el otro saldrá al redondel, y el público, entusiasmado, es probable que quiera erigirle una estatua allí mismo, ó regalarla una chambra de honor para andar por casa.

La mujer torera se impone.

Ya hay mujeres políticas, y mujeres cirujanas, y mujeres de la Guardia civil, capaces de soltarle un tiro al Verbo. ¿Por qué no ha de haber también mujeres *diestras?*

Bien comprendemos que esto desagradará al *Huron* y demás apóstoles que defienden el arte taurino por lo que tiene de varonil; pero justo es que la *Frascuela* continúe cultivando sus felices disposiciones, y sea mañana espejo en que se miren las toreras del porvenir, sin perjuicio de repasar los calcetines y de guisar unos callos con aseo.

Nosotros andamos en busca de un retrato de la *Frascuela* para que la conozca el mundo y no quede ignorada su fisonomía, y

rogamos á la Empresa que nos la traiga lo antes posible, con las oportunas precauciones, por supuesto, no haga el demonio que, al volver á pinchar, se arranque sobre el toro y resulte con un bajonazo el *Buñolero.*

Siempre hemos creído que el arte taurino estaba en mantillas. Hasta ahora, y salvo honrosas excepciones, el oficio de torero era ejercido por hombres rudos; pero se se ha iniciado un movimiento provechoso, y ya hay toreros que tocan el piano, toreros que hablan francés y toreros que bordan en cañamazo y hacen colchas á punto de aguja, con lo cual se hermanan la dulzura y la distinción con la destreza y el arrojo.

Vengan, pues, las mujeres á tomar parte en el concierto de cuernos nacionales que constituye nuestra fiesta popular; alentemos á las hijas de familia que se sienten con inclinación al ruedo, para que abandonen las labores domésticas y empuñen el estoque. Tiempo es ya de que el arte de Montes salga de los estrechos límites en que ha nacido.

Con el tiempo hemos de ver cuadrillas de niños sevillanos, niños cordobeses y niños de la bola, y habrá señoritas sensibles que, para olvidar desengaños amorosos, se lancen al campo de la tauromaquia, contratándose como banderilleras ó tomando la alternativa de espadas, ó dedicándose á la

arriesgada tarea de dar banderillas con exposición manifiesta, como sucede al Medrano, que es hoy dependiente de la Empresa y abastecedor de rehiletes por desesperación, y con el solo objeto de que le coja un toro; porque... ¡triste es decirlo! pero Medrano es una víctima del amor que busca la muerte como lenitivo á sus dolores.

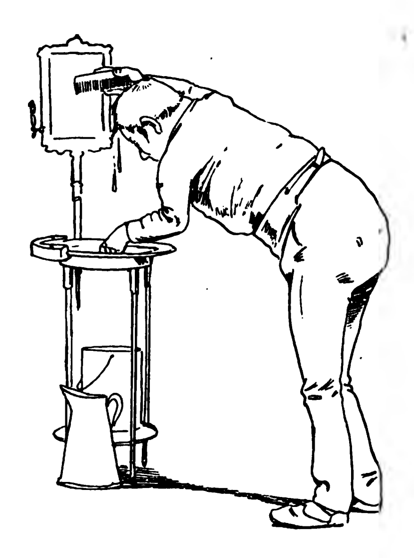
El nombre de la *Frascuela* durará tanto como el mundo, por el arrojo de que ha dado pruebas, y por haber estado en la cárcel.

Todos los que sufren persecución por la justicia adquieren á nuestros ojos títulos de respeto, y merecen figurar en el catálogo de héroes nacionales no comprendidos.

Que nos traigan, pues, á la *Frascuela*, para que podamos aplaudirla en el ruedo; y quiere decirse que, si no sirviese para matadora, servirá para fregar ó hacer las camas.

Porque, digan lo que quieran los detractores, la mujer es siempre aprovechable.





DÍA COMPLETO

Don Virgilio se levantó á las ocho, y lo primero que hizo fué pedir agua fresca para chapuzarse bien, porque había estado ocho días sin humedecerse á causa de un ataque de erisipela que le cogía desde la frente á la nuca.

—Nada de humedad, le había dicho el médico.

—Pero entonces... ¿cómo me lavo?

—Lo más que puede usted hacer es que le froten la cara con una rodilla seca.

El caso fué que don Virgilio, á fuerza de cuidados, logró que se bajara la hinchazón, y cuando llegó el domingo, quiso ir á los toros para celebrar el suceso.

Pero hay días aciagos.

Al ir á meter la cabeza en la palangana, tropezó con un peine que se había caído delante del aguamanil, y con la cabeza rompió el espejo.

—¡Malo! dijo él.

Y se puso á recoger los pedazos y á rezar una oración en verso que le había enseñado un picador de novillos, hombre temeroso de Dios, aunque cojo.

Después se lavó como pudo, porque le habían quedado dos ó tres grietas en el rostro y le dolían, y después comenzó á vestirse.

Pero estaba tan *azarado,* que no acertaba á ponerse la camisa, y se metió los pantalones por la cabeza.

Al salir de su casa para comprar un tendido de sombra, tropezó en la calle con un compañero de la infancia, que no hizo más que verle y le dijo:

—Me alegro de encontrarte, porque vas á hacerme un favor inmediatamente.

—¿Cuál?

—Vas á subir á mi casa para que me ayudes á sujetar á mi señora. He salido con

objeto de pedir auxilio, porque estoy solo en el mundo.

—Pero...

—La ha dado una convulsión horrible y la he dejado en el suelo golpeándose el rostro con las manos... Sube... ¡Hazme ese favor!

Don Virgilio no pudo excusarse, y penetró con su amigo en casa de éste, donde estaba la infeliz esposa con la cara debajo de un sofá y las piernas encogidas en forma de sacacorchos, revolviéndose en la estera.

—A ver si podemos llevarla á la cama, dijo el marido, cogiéndola por los pies como quien coge un tapete para doblarlo.

Don Virgilio cargó con la pobre señora, y entre los dos consiguieron tenderla en el lecho.

—¡Ay! decía ella echando espuma por la boca. La fuerza del dolor está aquí.

Y se apretaba el vientre.

—¿Quieres una tacita de flor de malva? le preguntó el esposo.

Ella hizo una señal afirmativa, porque era de las que toman todo lo que se les da, aunque sea engrudo.

—Voy en un periquete á la botica, dijo el esposo. Entretanto, cuida de que no se enfríe, amigo Virgilio, y si ves que le vuelve la convulsión, ponla boca abajo y sa-

cúdela con los zorros para promover el sudor.

Cuando don Virgilio se quedó solo con aquella mujer, comenzó á pensar en su mala estrella.

—¡Pero, hombre! se decía hablando á solas. ¿Quién me ha metido á mí en este atolladero? ¿No tengo bastante con mi erisipela? ¡Yo que pensaba comprar un billete para los toros y tomar un café tranquilamente en el Imperial, me veo ahora á la cabecera de un enfermo, en clase de beata aburrida!

En aquel momento la señora se puso á dar gritos espantosos, y á revolverse en la cama como una lagartija.

—¿Qué es eso? preguntó don Virgilio. ¿Se quiere usted bajar? Vamos, señora, tenga usted ánimos. Muerda usted este boliche, á ver si se desahoga.

—¡Ay! ¡ay! seguía diciendo ella.

Y echaba las piernas por alto y se agarraba á los hierros del catre, y en una de estas evoluciones le atizó una patada á don Virgilio en la boca del estómago, que á poco más lo tumba.

Pero no tuvo tiempo ni para quejarse, porque la señora acababa de lanzar un grito terrible, diciendo después con frases entrecortadas:

—Caballero, haga usted el favor... de.., levantar la colcha... y recoger... eso.

—¡Cielos! ¿Qué es eso? exclamó don Virgilio.

—Una criatura...

Efectivamente, la señora acababa de dar á luz un robusto infante, y don Virgilio, que no las había visto nunca más gordas, se puso á temblar y á dar vueltas por la habitación, sin saber qué hacer con el muchacho.

En aquel momento llegó el esposo de la víctima con la flor de malva, y se lanzó sobre la criatura como un demente.

—¡Hijo de mi corazón! ¡Ya estás aquí! gritaba cubriendo de besos al angelito, que parecía un perro desollado. Anda, Virgilio, corre á casa del médico: vive en la Ronda de Embajadores, núm. 104, y se llama don Aquilino. Si no puede venir él, que venga su señora, que también entiende en estas cosas. . No te detengas.

Don Virgilio, en vez de coger su sombrero, cogió la pantalla del quinqué y se la puso; después echó á correr, escaleras abajo.

Cuando salió á la calle, los transeuntes le miraban con asombro, y un guardia municipal le detuvo cogiéndole de un brazo.

—Venga usted con nosotros, le dijo.

—¿Adónde?

—¡Cuidado con morder!

—Pero...

Quieras que no, don Virgilio fué llevado á la Casa de Socorro, donde comenzaron los médicos á hacerle preguntas, y uno de ellos le ató un pañuelo á la cabeza. después de mojarlo en agua de vegeto.

A todo esto las horas iban pasando, y don Virgilio pensaba en que no había almorzado y en que quería ir á los toros y aún no tenía el billete.

A fuerza de explicaciones consiguió convencer á los médicos de que no estaba loco, y pudo verse en la calle, libre de persecuciones.

Pero tenía buen corazón y no quiso dejar á la esposa de su amigo sin asistencia facultativa. Corrió á la Ronda de Embajadores, y en el 104 preguntó por don Aquilino.

—Pase usted, le dijo una criada.

—No, no paso; dígale usted á don Aquilino que vaya corriendo á la calle de la Victoria, núm. 9. ¡Abur!

—¡Oiga usted!

—No oigo nada: tengo mucha prisa.

En la escalera tropezó con un aguador, y por poco se mata; pero en su deseo de comprar el billete para los toros, ni siquiera

quiso incomodarse, y corrió, corrió como un loco á la calle de Alcalá.

Allí tuvo que sostener una batalla con un revendedor para que le vendiese un tendiyo por dieciocho reales. Faltaba media hora para la corrida; los ómnibus estaban todos ocupados.

¿Qué hacer?

Don Virgilio se lanzó calle de Alcala arriba, con un palmo de lengua fuera.

—¡Demonio! iba diciendo. Voy á llegar tarde. Y todo ¿por qué? Por ese maldito Veremundo, que me ha obligado á ser comadrón, por primera vez en mi vida.

Al llegar junto á la *Cuba de los dos Francos*, don Virgilio llevaba la camisa hecha una esponja.

—Ya falta poco, dijo apretando el paso.

Y haciendo un supremo esfuerzo, llegó á las puertas de la Plaza.

Pero de pronto...

—¡Pum! hizo el bastón de un sujeto, cayendo pesadamente sobre las costillas de don Virgilio.

—¡Bruto! gritó éste dejándose caer de bruces sobre un vendedor de naranjas.

¿Qué había pasado?

Pues nada: que un sastre de la calle de Toledo había tomado á don Virgilio por un deudor de mala fe, á quien el burlado indus-

trial andaba persiguiendo con ánimo de vengarse.

Cuando notó la equivocación, el sastre quiso ofrecer sus disculpas; pero don Virgilio no oía nada. Con el golpe había caído encima de una cesta de naranjas, y de allí le condujeron á su domicilio en un simón.

Por el camino iba diciendo el pobre hombre:

—Pues, Señor, ¡día completo!





OS TOUROS DE PALHA

(AVENTURAS DE UN PORTUGUÉS)

SIMPLICIANO Guimaraes Vento de Vasconcelos llegó á la estación de las Delicias, procedente de Lisboa, y encarándose con un guardia de Orden público, le dijo:

—Eu venho á presençar á grande corrida de touros bravos. Eu son portuguez. ¿Habrá un hotel en Madrid bastante capaz para albergar á minha persoa?

El del Orden se echó á reir y dijo al lusitano:

—Sí, señor; pregunte usted por la Posada del Peine, que es cosa buena.

Entonces Guimaraes hizo señas á un cochero, y después de arrellanarse en la berlina, gritó con acento soberano:

—Rapaz, condúceme lixeiro ao grande hotel do Peine.

Y allí fué á dar con sus huesos el hijo de Lusitania.

—Pase usted, *musiú*, le dijo un camarero. ¿quiere usted habitación? ¿Va usted á comer, ó trae consigo los alimentos? ¿Necesita usted lavarse? Porque á algunos no les gusta.

Por toda contestación, Guimaraes se sentó en el baúl con la misma prosopopeya que se hubiera sentado en el trono de los Braganzas, y dijo al mozo sin mirarlo:

—O que quero e un copo de aguardente. Os filhos de Portugal somos fortes.

—¿De manera que es usted paisano de los toros de esta tarde?

—¡Oh qué touros! ¡Qué grandes touros! ¡Qué bravísimos touros! España nao ha visto jamais una cousa parecida. Eu venho desde Lisboa á presenciar as terribes ferocidades de esos touros estupendos.

Y fué á ápoyarse en la cama para dar mas

expresión á la frase; pero la cama, cediendo á la enorme pesadumbre de Guimaraes, se desvencijó completamente, haciéndole rodar por el suelo.

—¡Nao tembles, cama! exclamó el portugués.

Entretanto el mozo había ido por la botella de aguardiente y la colocaba sobre la mesa, en compañía de una copa.

Guimaraes se levantó ligero, y después de cambiar de traje salió en busca del billete para asistir á la corrida.

—Mucho ojo, le dijo antes de partir el camarero.

—¿Por qué? preguntó Guimaraes.

—Porque le pueden engañar. Hay billetes falsos.

—¿Engañar á un portuguez? exclamó Guimaraes, dirigiendo al mozo una mirada despreciativa.

En la calle tropezó con un hombrecillo tapado con un gorro, que le dijo al verle:

—¿Usted no es de aquí?

—Nao, señor. Eu sou de Lusitania.

—Bueno, no sé dónde es. ¿Quiere usted un billete *pa* los toros? Tome usted.

Y le largó una andanada de sol por tres duros y medio.

Guimaraes entregó una libra esterlina, y el de la gorra puso en sus manos el billete

y la vuelta, treinta reales en monedas de dos pesetas.

—Lleva usted la mejor localidad de la Plaza, y la mejor moneda que se acuña aquí, le dijo el vendedor.



Guimaraes sintió lisonjeado su amor propió, y regresó al hotel satisfecho.

Pidió de almorzar, y el mozo le sirvió una tortilla de hierbas y un biftec con patatas.

—¡Qué diferença! exclamó Guimaraes. En España os touros son borregos que se dexan matar para servir de alimento aos homes; en Portugal os touros son feras.

—¿Pues qué comen ustedes allí?

—Comemos pólvora é bebemos lumbre.

En aquel momento el mozo examinaba los treinta reales en monedas de dos pesetas que había dejado Guimaraes sobre el mantel.

—¿Quién le ha dado á usted eso? preguntó con asombro.

—¿Qué? dijo Guimaraes al notar la sorpresa del mozo.

—Estas monedas son falsas.

—¿Falsas?

Y el portugués volvió á dejarse caer sobre la cama, que se desvencijó de nuevo, obligándole á meter la cabeza en el vaso de noche.

Desesperado, fuera de sí, quiso salir á la calle y matar al revendedor; pero obedeciendo á las indicaciones del mozo, cogió la botella del aguardiente y bebió un sorbo para tranquilizarse.

¡Horror! En vez de aguardiente le habían servido aceite mineral, y Guimaraes comenzó á toser y á arrojar espuma por la boca.

Disculpóse el mozo, rabió el portugués, vinieron dos ó tres huéspedes á poner paz,

y el asunto terminó sin otros accidentes.

Ya en la calle, Guimaraes vió que los coches del tranvía se llenaban de gente, y tomó asiento en uno de ellos.

—Vamos á los toros, decía hablando á solas. Allí podré resarcirme de tantas contrariedades. Hoy es un gran día para nosotros, los portugueses. ¡Los toros de Palha! ¡Qué grandes toros!

Y engolfado en sus reflexiones, se dejó conducir al Puente de Vallecas.

—Pero ¿dónde está la plaza de toros? preguntó cuando hubo echado pie á tierra,

—¿Pero va usted á los toros? le dijo uno. Pues ha equivocado usted el camino.

¡Pobre Guimaraes! En vez de tomar el tranvía de la Plaza, se había metido en el de Estaciones y Mercados.

Volvió á la Puerta del Sol cuando el reloj señalaba las cinco y media. Allí alquiló un coche de punto, y á las seis se detenía ante el circo taurino.

—¿El billete? le preguntaron á la puerta,

—Aquí está, dijo Guimaraes, mostrando el que había adquirido por tres duros y medio.

—¡Este billete es falso! dijo uno de los dependientes.

—¡Falso! exclamó el portugués palideciendo.

Desde la Plaza le llevaron á la prevención, y allí Guimaraes, dejándose caer sobre una tarima, murmuraba tristemente:

—¿Y para esto he venido de Lisboa? ¿Y para esto me he gastado 80.000 reis? ¿Cómo digo yo ahora en mi país que no he visto los toros de Palha?... ¡Es muy posible que me declaren hijo espurio de Portugal!... ¡Oh!...

En vista de la falta de entusiasmo con que han sido recibidos los *touros de Palha*, y del atropello cometido con Guimaraes, es muy probable que Portugal nos declare la guerra.

¡No lo permita Dios!



NUESTRO IDEAL



Además de los niños sevillanos va á haber una cuadrilla de párvulos taurinos que acaban de dejar el pecho materno y se disponen á hacer la competencia y á llevarse las palmas y la *guita* nacional.

Estamos en el caso de fomentar la afición por todos los medios posibles, porque se ha averiguado que las corridas de toros es lo único que nos enaltece á los ojos de los archiduques que vienen por ahí abajo.

El día que se acabasen las reses bravas, porque hubiese una epizootia cruel, ó por-

que los ganaderos quisieran comerse á sus propios hijos, como Saturno, habría que buscar cornúpetos en el ramo de hombres de bien, y no faltarían entonces maestros de escuela ó contribuyentes aburridos que se prestasen á ser banderilleados con equidad y aseo.

Cada vez que se presenta en el ruedo patrio un nuevo matador, ó sabemos que va á echarse á torero cualquier joven afamado, de esos que desprecian la vida y al propio tiempo se ponen en las sienes unos parchecitos de hule para evitar neuralgias, nuestro corazón late con violencia

—¡Aún hay espíritu nacional, aparte del espíritu de vino y del espíritu de contradicción! gritamos.

Ya se ve que lo hay, á Dios gracias.

La nueva generación viene al mundo con el propósito sano de ponerle banderillas á cualquiera, y los niños no hacen más que nacer y preguntar al comadrón en su lenguaje rudimentario:

—¿Quién torea esta tarde?

Diga usted que los comadrones no les entienden; que lo demás, esta es la primera pregunta que hace todo español de buena cepa en cuanto abandona el claustro materno.

La formación de la cuadrilla infantil vie

ne á llenar un vacío y á producir en el alma de los buenos aficionados dulcísimo consuelo.

Los niños sevillanos están, como quien dice, en los linderos de la pubertad, y ya tienen sus dientecitos y su vacuna; alguno de ellos ha pasado ya la alfombrilla y el sarampión.

Los que debutarán en breve, según noticias ciertas, acaban de dejar los andadores y aún no han echado los colmillos.

El primer espada viene á tener ahora dos años y medio, y es una especialidad para los pases de pecho y para comer rosquillas de Santa Clara.

Hay un picador de catorce meses y un banderillero de once, que está todavía en la lactancia y tiene la tos ferina.

Ya nos parece estar presenciando el *debut* de estos angelitos.

Aparece la cuadrilla en el redondel, y el público rompe á aplaudir entusiasmado.

Las mamás de los diestros de leche ocupan los asientos de barrera para poderles dar, cuando lo necesiten, un poquito de jugo lácteo.

Sale el primer becerro, que es un recién nacido bravo, pero mimoso, y lo primero que hace es mugir con voz lastimera.

Los picadores de tanda se estremecen y

dirigen los ojos á sus mamás respectivas; una de ellas dice desde el asiento:

—Anda, rico, ponle tú una varita, que te he de comprar una caja de soldados y un peón de música.

Va á hacer un recorte el primer espada, y se le sale la camisa por detrás; él se ofende y trata de volver por su honra; pero el choto le embiste, y rompe á llorar el matador, diciendo:

—¡Pupa, pupa!

Entre barreras le ponen un pañito mojado en vinagre, porque tiene un chichón en la frente del tamaño de un huevo de paloma.

—Ya no juego, dice él.

—¡Vaya usted al toro! le dice un alguacil.

—Yo me *tero* ir á mi *tasa*, replica el diestro.

—¡A ver! añade el presidente. Dígale usted al matador que si no torea le voy á dar una azotaina como para él solo.

El primer espada se tira al suelo y empieza á patalear y á llamar á la madre.

Entretanto, los demás toreros se han olvidado de su misión, y andan por el redondel cogiendo chinitas y haciendo castillitos de arena. El toro, niño también, se ha echado junto á la puerta de arrastre, y

muge sin descanso, acordándose de la tetita materna y de los juegos infantiles que ha perdido.

Silba el público, enfurécense las mamás al ver el rigor con que son tratados sus hijos, y alguna se decide á bajar al redondel, diciendo:

—¡Hijo de mi corazón! ¿Quién te quiere á tí? Vámonos á casita, que esta gente no sabe distinguir ni conoce tu mérito. En lo sucesivo no saldrás á *torear* como no te den 18.000 y las salidas.

A pesar de este fracaso, el público seguirá creyendo que la nueva cuadrilla es cosa buena y que España debe enorgullecerse por tener en su seno hijos ilustres que dejan el biberón para coger el estoque.

Lo esencial es que no se pierdan las buenas prácticas, y que haya siempre toreros espontáneos, ya que desgraciadamente no hay Universidades taurinas,

Para los que amamos la fiesta nacional, los niños toreros representan un gran adelanto en las costumbres cornúpetas, y debemos trabajar en pro de la formación de cuadrillas, como otros trabajan en defensa de los trigos.

Si Gamazo hubiera dedicado su actividad y su celo á la creación de cátedras taurinas, otra sería hoy su posición social, y no

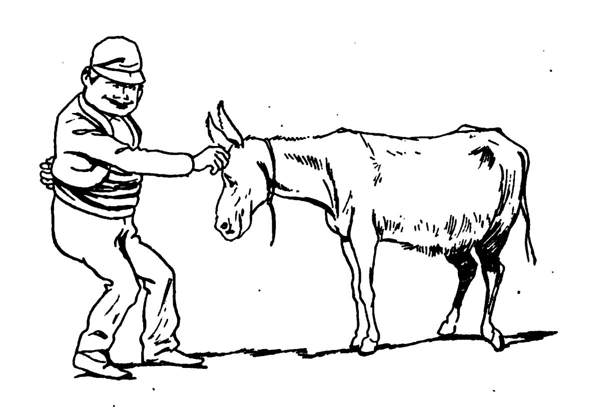
le veríamos en los bancos rojos, teniendo que pronunciar discursos todos los días para que no pase al olvido su nombre. Hubiera tomado la defensa de los toros, y á estas horas sería presidente del Consejo, ó patriarca de las Indias, ó reina madre.

Aún tenemos esperanzas de que todo se arregle á gusto de los verdaderos españoles. Todo lo que es justo y moral y levantado, al fin y á la postre acaba por imponerse. Pues bien: aquí tiene que suceder una cosa muy grande, y entonces se realizará el ideal supremo de nuestra vida.

Nos lo dice el corazón:

El *Buñolero* llegará á ser presidente de Consejo de Ministros.





AMIGO DE LA INFANCIA

No tenía Bonifacio la culpa de haber nacido tan bruto.

Estas son cosas que da la Providencia.

Pero el caso era que Bonifacio parecía una mula en el modo de discurrir.

Tanto, que andaba siempre entre caballerías, porque era hijo de chalán y tenía á gala el comunicarse con ellas y adivinar sus deseos. En cuanto un burro movía las orejas, ya estaba Bonifacio diciéndole al oído:

—Ya sé lo que quieres, monín; que te rasque la cabecita, ¿verdad? Pues voy á darte gusto.

Y se ponía á rascarle, como pudiera hacerlo una abuela cariñosa.

A Bonifacio se le metió en la cabeza hacerse picador de toros, y fué á un matador barato, que era modelo de personas amables y tomaba cada curda que parecían dos.

–¿Quiere usted echar unas copas? le dijo Bonifacio.

—No hay *deficultad*, contestó el otro.

—Pues sepa usted que yo tengo mucho *aquel* al toreo de á caballo y *quisiá* ser *picaor*.

—¿Tú montas? preguntó el matador.

—Ya se ve que monto.

—¿Y tienes coraje?

—¡Vaya si lo tengo! Aun ayer le pegué dos *patás* en los riñones á un hermano de mi madre porque quiso ofenderme en la *dinidaz*.

Entre copa y copa quedó resuelto que Bonifacio saldría á picar en una corrida de novillos, traídos expresamente de Miraflores para recreo de los aficionados de invierno.

Despidióse de su familia y de los caballos del padre, que le saludaron con relincho cariñoso, y se fué á la plaza montado en un jaco tordo que parecía forrado de papel secante.

Pero como se había criado entre caballe-

rías, no osaba clavar las espuelas en el vientre del jaco, y le dejaba caminar á su antojo, diciendo para sí:

—¡Quién sabe! Puede que este pobre animal sea un antiguo conocido, á quien quizás le deba algún favor. Sería una ingratitud imperdonable que yo le hiciese correr por fuerza. Si quiere andar, que ande; y si no, que se quede.

Pero el jaco tenía buenos sentimientos, y llegó á la plaza por su pie y espontáneamente.



Entonces Bonifacio se apeó con delicadeza para no molestarle; fué á estrechar la mano de su matador, que se disponía á comenzar la tarea y daba instrucciones á su gente, y después de saludar á varios amigos que esperaban á Bonifacio con impaciencia y deseaban verle lucir sus habilidades en el redondel, se lavó la cara en la cuba del corral, y dijo solemnemente:

—Ea, ya puede empezar la corrida, y vamos á ver si soy ó no soy *picaor*.

Sonaron los clarines para el despejo; formóse la cuadrilla en el patio; subieron á sus pencos los picadores, y abrióse la puerta del redondel.

Bonifacio figuraba en primera línea entre la gente de á caballo.

Estaba radiante de gentileza y de brutalidad.

Colocado cada cual en su sitio, descorrió el cerrojo el *Buñolero* y pisó la arena el primer cornúpeto.

Era negro, listón, botinegro, sacudido de carnes, etc., y se fué veloz como un rayo hacia los picadores.

Bonifacio le recibió valerosamente; pero el bruto, que lo era muchísimo, no respetó la bravura de su verdugo, y le marcó dos puntazos en el muslo derecho.

—¡Ay! exclamó Bonifacio, dejándose caer contra la barrera.

El jaco tordo, al sentirse libre del peso, comenzó á correr y á sacudir patadas, como si alguien le pidiera dinero para un apuro.

Varios monos se acercaron al picador, y no sin grandes esfuerzos pudieron levantarle.

—Esto no es nada, decía él. Que me traigan el jaco.

Pero el jaco había tenido un encuentro con el toro, y éste, que no reparaba en personalidades, le había metido el asta derecha por el bandullo.

—¡Mi jaco! ¡Mi jaco! gritaba el novel picador, dirigiendo la vista en todas direcciones.

—Está *esbandullado,* dijo uno.

—¿Dónde? preguntó Bonifacio.

Pero antes de recibir la respuesta ya había dado con el pobre animalito, que con la cabeza apoyada en la arena, lanzaba resoplidos de desesperación, y movía la cola lánguidamente, como si quisiera despedirse de este bajo mundo.

Bonifacio sintió dentro de sí el sacudimiento de las grandes simpatías; la fuerza de la sangre se reveló en aquel instante supremo, y acercándose al jaco, le contempló durante varios segundos.

—Es él, sí, dijo con acento de amargura. Es *Pajarito*...

—¡Venga usted á la enfermería! gritó un mono, cogiendo á Bonifacio por el cogote.

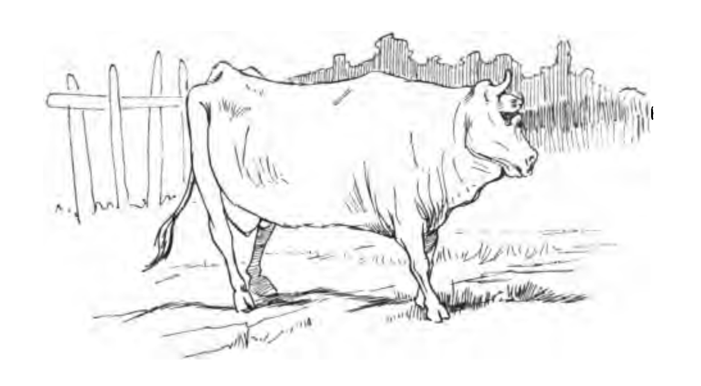
Pero Bonifacio no oía. Con los ojos fijos en el jaco moribundo, había echado en olvido sus propios puntazos para no pensar más que en el bandullo de *Pajarito.*

De pronto viósele palidecer y llevarse

las manos al estómago. Después lanzó un terno y cayó de bruces sobre el inanimado cuerpo del animal.

¡Se habían criado juntos!





CARTA ABIERTA

Señor director de EL TORERO CÓMICO.

MUY señor mío: Aunque me esté mal el decirlo, soy una vaca decente; y hago esta declaración para que no me confunda usted con una de esas reses sin principios, que viven en las lecherías en clase de abastecedoras inconscientes, y no tienen más propósito que el de dejarse ordeñar en beneficio de su dueño.

Yo soy brava y me dedico al fomento de la cría vacuna, como otros se dedican al mejoramiento y propagación de la raza hípica; sólo que no tengo, como ellos, relaciones bastantes para darme bombo en los

periódicos. Pues bien: siento la necesidad de dirigirme hoy á los aficionados á toros, para decirles que esto se pone cada día peor, y que, al paso que vamos, no va á quedar un toro para un remedio. Antes de que se desacredite la casta y lluevan censuras sobre el ramo vacuno, debo explicar las causas que motivan su decadencia.

No son los toros, señor director, los que han venido á menos: son los hombres. Antes los ganaderos cuidaban con toda escrupulosidad que no degenerasen las razas, y cifraban su orgullo en criar toros como castillos; ahora, en cuanto nace una res, sea ó no bien configurada, y tenga ó no tenga poder, la dedican á toro de plaza.

De mí puedo decir á usted que tuve un hijo, va á hacer ahora cinco años: fué una desgracia que me pasó por haber dado oídos á un berrendo bastante guapo, que me estuvo haciendo el amor durante cinco meses.

Como las hembras somos sensibles de corazón, acabé por aceptar sus galanteos, y un día... ¡día nefasto! me sentí madre.

Nació un chotillo colorado, botinero, ojo de perdiz y flacucho, que mamaba poco y buscaba la soledad como pudiera hacerlo uno de esos poetas sentimentales que ustedes poseen para las veladas del Círculo Mercantil.

El animalito no tuvo una sola cuestión durante su breve existencia. Si encontraba un amigo, le cedía el puesto para que pastara con toda libertad, y lo más que hacía era venir á confiarme sus penas.

—¡Pero, hijo mío! le decía yo. ¿Por qué dejas que te *sobajen?*

Y él me contestaba con lágrimas en los ojos:

- Porque no tengo carácter para sobreponerme... Además, todos mis compañeros tienen puntas afiladas, y yo soy mogón del derecho.

—¿Y qué?

—Nada, que no quiero exponerme á un puntazo.

Mi chico fué adquiriendo carnes, aunque pocas, y por último vino un día el mayoral y se lo llevó para ser lidiado en la plaza de Madrid.

—Señor Cipriano, le dijo uno de los vaqueros: ese toro no es toro.

—¿Qué es entonces?

—Una mona.

—Lo mismo da.

—¿Cómo?

—Lo que el amo quiere es vender toros.

—¡Pero si no embiste!

—Ya embestirá.

—¡Si es una res de buenos sentimientos,

que se ha pasado los cinco años comiendo hierba y saludándonos á todos con amabilidad como si fuera de la familia!...

—No importa.

El caso fué que se llevaron al chico, y cuando llegó á los corrales se puso á mugir como si le doliera el vientre, y no quería enchiquerarse por más que hacían. Después salió á la plaza y estuvo barbeando en las tablas como aquel que quiere dar un recado á los alguaciles de los burladeros.

—¡Otro toro! gritó el público indignado.

—¡Eso, eso! decía mi chico, hablando hacia adentro. Otro toro, y que me dejen volver á la dehesa.

Pero todo fué inútil. El presidente mandó que le pusieran banderillas de fuego, y al pobrecillo le dejaron clavados tres pares. Después el primer espada lió la muleta, y *¡pum!* le atizó una baja sin soltar, hasta dejarle exánime.

Yo, en cuanto supe todo esto, pasé un rato terrible, porque antes que madre soy vaca, y no puedo consentir que se desacredite la ganadería donde he visto la luz. Todos mis antepasados cumplieron como buenos, y mi difunto esposo, que en paz descanse, mató doce jacos en la plaza de Zaragoza, y le atizó una cornada á un banderillero que aún hoy tiene que rascar; y eso

que se da todas las noches una untura con vinagre y pimienta molida.

Pues bien; ¿no cree usted que debemos todos influir para que los ganaderos hagan las tientas como Dios manda? ¿No es un escándalo que dediquen á toros á algunos chicos de la especie vacuna que estarían mejor tirando de una carreta?

Aunque siempre son de lamentar las humillaciones, yo aseguro á usted, señor director, que hay aquí toros indignos de la consideración pública, y mañana ó el otro serán llevados á la plaza de Madrid en clase de fieras, y pondrán en ridículo á la ganadería y á la gloriosa raza de los cornúpetos españoles.

Conste, pues, que no han degenerado las razas, sino los ganaderos; y que si esto sigue así, la afición concluirá de mala manera, hasta que acaben por cerrar los circos taurinos y por cortarse el pelo los ilustres descendientes de *Costillares* y el *Lavi*.

Influya usted para que haya tientas, y así sabremos quién es toro y quién no lo es. Muchas veces cree una estar con un joven vigoroso y duro, y después resulta que es un pedazo de carne de membrillo con cuernos.

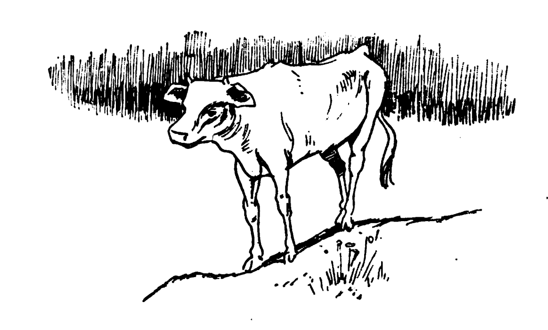
Hoy salen á la plaza toros que no lo son, créame usted á mí. Nosotras las vacas co-

nocemos esto perfectamente, y quedamos aquí lamentando la perversión moral de la época y la exagerada codicia de los ganaderos, que hacen toros como quien hace albondiguillas.

Y ha de llegar un día en que abrirán el chiquero, y en vez de toro aparecerá en el redondel el maestro de escuela de este pueblo, ó el presbítero, ó el boticario...

Porque, según la modesta teoría de los ganaderos, todo el que nace en este territorio municipal, es toro de lidia. ¡Ya ve usted qué vergüenza para nosotras las reses bravas!

Queda de usted afectísima servidora que lame sus manos y besa sus pies,—*Careta.*





MI SUPLICIO

FRAGMENTO DE LA VIDA DE UN TORO

Cuando me separaron de mis hermanos para encerrarme en un cuarto estrecho y oscuro, comprendí que algo grave querían hacer conmigo.

Yo era un toro de buenos sentimientos, negro, zaino, botinero, ancho de cuna, y casado. En la dehesa había dejado á mi señora, que me dijo en el momento de nuestra separación:

—*Careto,* ten mucho cuidado con los hombres, porque son muy brutos.

Las señoras, aun perteneciendo al ramo

vacuno, tienen una penetración superior á nosotros los machos, perdonándome á mí mismo la comparación.

¿Cuánto tiempo permanecí en el cuarto oscuro? Lo ignoro, porque aún no se ha dado el caso de que las reses usemos reloj pero no creo exagerar si digo que allí pasé cuatro ó cinco horas sin luz, sin aire y sin medio alguno de distracción.

Cuando ya comenzaba á impacientarme y me proponía tirar unos cuantos derrotes en la sombra para explorar el terreno, vi que abrían una ventanilla en el techo de mi calabozo, y levanté la cabeza sorprendido; pero antes de que pudiera enterarme, ya me habían clavado en el morrillo la divisa de nuestra casa solariega. Solté un par de coces y me estremecí.

—¡Bruto! dije después en mi idioma, sin poderme contener; y para desahogar la furia le di una cornada á la puerta, como si tuviese la culpa de aquella atrocidad.

Algunos minutos después la puerta se abrió rápidamente y me encontré en la plaza.

¡Qué gentío, qué estruendo y qué falta de consideración con uno!

A mi izquierda había dos hombres á caballo con una vara en la mano derecha. Cerca de ellos, y á pie, vi unos cuantos seres

vestidos de un modo extraño, que lucían las canillas y llevaban cubierta la cabeza con una especie de felpudo pequeño.

—Voy á ver qué gente es ésta, dije acercándome á uno de los jinetes; pero el muy salvaje sacó la vara y *¡rif!* me abrió un ojal en la paletilla. Entonces sentí que la sangre se agolpaba en mi cabeza, y ciego por la ira, metí todo el cuerno derecho en el vientre del caballo.

—¿Tengo yo la culpa? exclamó el pobre animal clavando en mí sus dulces ojos.

—Es cierto, dije yo sacando el cuerno; y me lancé contra los hombres.

Pero huían cobardemente, procurando taparme los ojos con unos pedazos de percal desteñido.

—¡Ah, granujas! iba diciendo yo mientras corría. ¿Es esta manera de tratar á un toro que no les ha inferido á ustedes ninguna ofensa?

A lo mejor llegaba un hombre despacito, despacito, hasta colocarse á poca distancia de mí; después soltaba el trapo y me lo pasaba por delante de las narices.

—Esto es tomarme el pelo, pensaba yo, y me lanzaba en su persecución; pero él, dando un brinco, desapareció detrás de una valla. ¡Qué valentía! ¿verdad?

A todo esto el público batía palmas y ex-

citaba el amor propio de los de á caballo.

—Vaya usted al toro... ¡so morral!

¡So morral! ¡Qué palabrotas!

Y los de á caballo, para echárselas de valientes... *¡rif, raf!* seguían abriéndome ojales en todo el cuerpo.

Oí sonar unas trompetas, y los de caballería se retiraron del redondel.

Dos hombres con un pincho en cada mano, revestido de papel de colores, empezaron á hacerme señas y á dar saltitos delante de mí.

—¿Qué querrán estos mamarrachos? pensé yo; pero no pude continuar haciendo reflexiones, porque uno de ellos vino y me clavó los pinchos en el lomo.

—¡Maldita sea mi suerte! grité, dando un mugido.

Después aquellos brutos me clavaron otro par de pinchos, y otro después, hasta que les ví retirarse tranquilamente, mientras el público aplaudía con todas sus fuerzas.

Yo estaba en medio de la plaza pensando en mi señora y en un primo suyo que suele pacer con ella por las tardes, cuando se me puso delante un mozo valentón, con cara de sacerdote, vestido de verde. Llevaba en la mano derecha un trapo colorado y un espadón en la otra.

Aquello fué lo que me dió más rabia; porque yo decía:

—Este sujeto no trae buenas intenciones. Á mí se me está faltando hace mucho rato, y no me quejo. Creí que ahora me dejarían en libertad de volverme á la dehesa ó avecindarme en Madrid, y veo, por el contrario, que continúa el jaleo. Cada vez me convenzo más y más de que los hombres son unos brutos. ¿No me han toreado bastante? Pues entonces...

El del trapo rojo comenzó á pasármelo por la cara, como si me estuviera espantando las moscas.

—¿Se quiere usted quitar de ahí? le decía yo con buenos modos.

Pero él no me entendía, ó fingía no entenderme, y seguía dale que dale con el trapito, hasta producir en mí tal mareo, que me quedé parado, con la lengua fuera, los ojos entreabiertos y el estómago removido.

De pronto sentí que me metían una cosa fría por uno de los lados del cuello. Era la espada.

¡Pif... pif... pif!... hacía el público silbando; y cayó sobre el redondel una lluvia de naranjas, algunas de las cuales vinieron á chocar contra mi cabeza.

El mozo vestido de verde volvió á ponérseme delante y á bailar un tango; quise darle una cornada sencilla para que me dejase en paz; pero él me tapó el rostro con el tra-

pito encarnado, y por segunda vez introdujo en mi cuerpo el chafarote.

No puedo recordar el número de estocadas recibidas, ni en dónde, ni por qué, ni cuándo.

Aquello era la fin del mundo. Oíanse silbidos, gritos é insultos tremendos; las naranjas caían á docenas sobre nosotros, y una botella lanzada desde un tendido vino á romperse sobre mis maceradas carnes, hiriéndome el amor propio.

Entonces me eché, y el mozo de lo verde se limpió el sudor con la mano izquierda, mientras decía á otro joven con cara de besugo:

—¡Anda ya!

El de la cara de besugo quiso meterme no sé qué cosa entre ambos cuernos, y yo me incorporé con ánimo de perjudicarle.

—¡Al corral, al corral! gritaba el público.

—¡Santa palabra! pensaba yo para mis adentros.

Me acerqué á la valla, apoyando en ella mi cabeza, y esperé resignado Algunos momentos después llegaban el señor de *Caminante* y el señor de *Gallardo*, dos respetables mansos, que me dijeron con cariñosa solicitud:

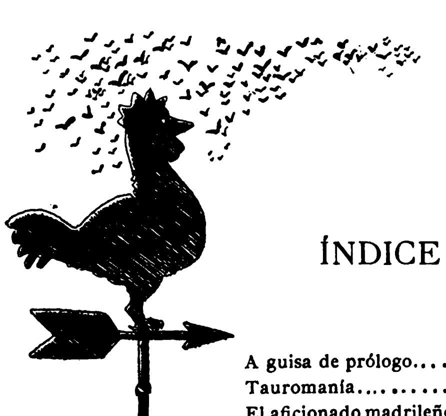
—Anda, chico; vente con nosotros, y deja á esa gentuza.

Obedecí sin replicar.

Hoy estoy en el período de la convalecencia, y escribo esta verídica historia para hacer saber al mundo que los hombres son mucho más animales que nosotros.—*Careto.*

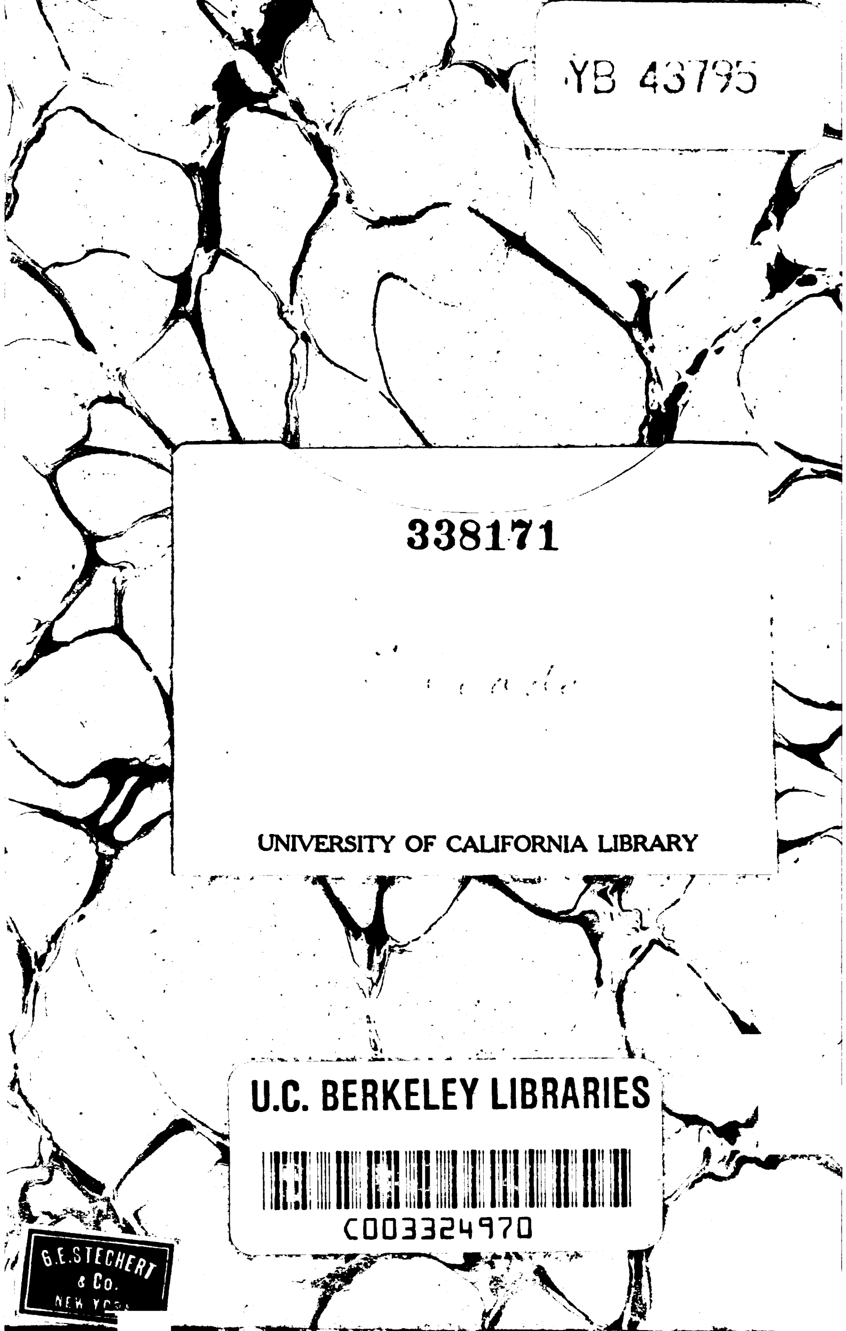
FIN





ÍNDICE

PÁGINAS


YB 43795
338171
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003324970
G.E.STECHERT
& Co.

